

## EL CORREO DEL DUQUE DE SAINT-SIMON

### ¿Historia de los grandes nombres, Historia en migajas? El territorio guipuzcoano durante una guerra y una paz dieciochescas (A. D. 1722)

*Carlos RILOVA JERICÓ*

Doctor en Historia Contemporánea por la UPV-EHU

#### **Resumen:**

Este trabajo trata de describir la situación vivida por el territorio guipuzcoano en el momento culminante de la Guerra de la Cuádruple Alianza que acarreará consecuencias transcendentales para toda Europa durante todo el Siglo XVIII, hasta 1789. Es decir, el restablecimiento de relaciones entre las dos ramas de la dinastía Borbón que se escenificará en el territorio guipuzcoano a partir del año 1722. Un incidente notable sufrido en esas coordenadas por el duque de Saint-Simon, uno de los principales cortesanos franceses implicados en los hechos, es el hilo conductor de este trabajo que, por esa vía, ahonda en esos acontecimientos en definitiva capitales para comprender el peculiar siglo XVIII europeo.

**Palabras clave:** San Sebastián. 1719. Duque de Berwick. Duque de Saint-Simon. Guerra de la Cuádruple Alianza. Pactos de Familia. matrimonios. María Ana Victoria de Borbón. Luisa Isabel de Orleans. Luis XV. Felipe V. Luis I. Isabel de Farnesio.

#### **Laburpena:**

Lan hau Gipuzkoak Aliantza Laukoitzaren Gerraren une gorenean bizi izan zuen egoera deskribatzen saiatzen da, garrantzi handiko ondorioak ekarriko baititu Europa osoarentzat XVIII. mende osoan 1789ra arte. Hau da, Borboi dinastiaren bi adarren arteko harremanak berrezarriko dira, eta hori Gipuzkoan 1722. urtetik aurrera agertuko da. Testuinguru horretan Saint-Simongo dukeak, gertaeretan inplikaturiko frantziar gortesau nagusietako batek, pairaturiko gorabehera ohargarri bat da lan honen hari gidaria, bide horretatik, gertaera haietan sakontzen baitu, azken batean garrantzi handikoak Europako XVIII. mendea ulertzeko.

**Gako-hitzak:** Donostia. 1719. Berwickeko dukea. Saint-Simongo dukea. Aliantza Laukoitzaren Gerra. Familia Itunak. Ezkontzak. Maria Ana Victoria Borboikoa. Luisa Isabel Orleansekoa. Luis XV.a. Filipe Va. Luis I.a. Isabel Farnesiokoa.

**Abstract:**

This work sets out to describe the situation existing in the territory of Gipuzkoa during the climax of the War of the Quadruple Alliance that brought in its wake far-reaching consequences for the whole of Europe during the 18<sup>th</sup> century up until 1789: the restoration of relations between the two branches of the Bourbon dynasty that was to be staged in the territory of Gipuzkoa after 1722. A significant incident that took place in this context involving the Duke of Saint-Simon, one of the principal French courtiers involved in the events, is the leitmotif of this work, which thus delves further into these events that, at the end of the day, were major ones when it comes to understanding the peculiar European 18<sup>th</sup> century.

**Key Words:** Donostia-San Sebastian. 1719. Duke of Berwick. Duke of Saint-Simon. War of the Quadruple Alliance. Family Pacts. Marriages. María Ana Victoria de Borbón. Louise Élisabeth d'Orléans. Louis XV. Philip V. Louis I. Elisabeth Farnese.

## 1. Introducción. ¿Un contratiempo irrelevante? La desaparición de la valija del duque de Saint-Simon en el año 1722

Desde los años 20 del siglo pasado el debate dentro del campo de la Historia, como Ciencia, no ha cesado.

Caben pocas dudas de que la que luego sería llamada “Escuela de los *Annales*” tuvo gran parte de culpa de ese debate interminable, aunque fructífero.

En efecto uno de sus dos creadores, Lucien Febvre, ya dejaba claro en muchos de los artículos que luego fueron publicados en español bajo el título de “Combates por la Historia”, que, hacia los comienzos del siglo XX, la Historia ya no podía ser escrita como se había estado escribiendo a lo largo del siglo XIX en el que, ella, como el resto de las ciencias, fueron tomando su forma actual, canónica.

Una opinión muy extendida. Corroborada por muchos colegas suyos. Por ejemplo por Marc Bloch, el otro —por describirlo de alguna forma— fundador de la revista “*Annales*” y creador de esa escuela de Historiografía que tanto hizo por cambiar la forma en la que se escribía, leía, investigaba, divulgaba... esa ciencia que llamamos Historia<sup>1</sup>.

Su obra póstuma e incompleta —a causa de la barbarie nazi— “El oficio de historiador”, en la que sería la traducción directa de su título original

---

1. Véase Lucien FEBVRE: *Combates por la Historia*. Ariel. Barcelona, 1982.

francés y publicado en español como “Introducción a la historia”, dejaba también clara esa necesidad de superar la Historia tal y como se concebía en el siglo XIX<sup>2</sup>.

Al otro lado del Canal, Edward Hallett Carr, otro de los autores fundamentales para aleccionar a los jóvenes historiadores, también planteaba, más o menos en las mismas fechas, esa necesidad de superar esa algo gastada, quizás incluso apollada —si alguien quisiera describirla con adjetivos más literarios— forma de hacer Historia del siglo en el que todas las ciencias —incluida la Historia— tomaron su forma más o menos actual.

Las conferencias pronunciadas por E. H. Carr agrupadas y publicadas en español, bajo el título “¿Qué es la Historia?” abundaban, como la obra de Febvre y Bloch, en esas cuestiones, en la necesidad de superar lo que este historiador británico calificaba como la escuela de la nariz de Cleopatra<sup>3</sup>.

Es decir, esa ingenua visión decimonónica de la Historia en la que se creía que determinados hechos anecdóticos, accidentales —como la forma de la nariz de la faraona Cleopatra— podían tener un peso sustancial, decisivo, en los grandes acontecimientos históricos. Como por ejemplo la derrota de Pompeyo a manos de los ejércitos de Julio César y Marco Antonio y la consiguiente deriva de la República romana a un imperio que tardaría muchos siglos en extinguirse.

Desde esa primera mitad del siglo XX se continuó discutiendo sobre esa necesidad de superar la Historia de los grandes nombres y de las grandes fechas. O de los pequeños detalles como la nariz de Cleopatra o la herradura por la que se perdió un caballo, que a su vez perdió a un rey, que a su vez perdió una batalla... según el conocido adagio, que trataría de demostrar que la Historia es una colección de anécdotas, de “historias de la Historia” más o menos amenas, más o menos divertidas. Incluso trascendentes para cualquiera que deseara hacerse con una verdadera cultura histórica de cierta calidad, con la que poder rodar por el ancho mundo hablando ante diversos públicos.

Los años setenta del siglo XX, cuando eclosiona la segunda generación de la que llamamos escuela de los “Annales”, dieron más que hablar sobre esta cuestión, revolviéndose en parte contra el dictamen de sus maestros.

---

2. Marc BLOCH: *Introducción a la historia*. F.C.E. México D. F., 1985. Sobre la muerte de Bloch, sus disensiones previas con Febvre motivadas por la ocupación alemana de 1944 y, finalmente, la interrupción de su obra y su ejecución a causa de su detención como miembro de la Resistencia, véase Carole FINK: *Marc Bloch. Una vida para la historia*. PUV. Valencia, 2004, pp. 249-250, 268 y 279-302 y Massimo MASTROGREGORI: *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología por la historia o el oficio de historiador*. F. C. E. México, 1998, que da cuenta detallada de cómo y en qué condiciones se escribió esa obra y del final de su autor a manos de las fuerzas de ocupación alemanas en Francia.

3. Véase Edward H. CARR: *¿Qué es la Historia?* Ariel. Barcelona, 2003, p. 178.

Aparece así la que se llamará “Nueva Historia” que, en realidad, si nos ceñimos a la obra canónica que la describía —titulada así precisamente, “La nueva historia”— es, en definitiva, una serie de nuevas formas de escribir la Historia<sup>4</sup>.

Desde la Historia que se alía con la Antropología para comprender mejor a las sociedades del pasado, hasta la controvertida Historia cuantitativa que, conjugada con la entonces novísima herramienta de la Informática, llega a considerarse como la única Historia científica posible. Excluyendo a la escrita tan sólo a base de acumulaciones de datos que no pueden —y en ocasiones ni siquiera deberían— ser reducidos a largas series estadísticas.

En medio de esas dos nuevas formas de hacer Historia se planteaban, por supuesto, muchas otras, como se demuestra con la sola lectura de “La nueva historia” o con los trabajos producidos por muchos de los autores que participan de ese volumen fundamental, matriz de la Historia científica tal y como se practica hoy día, a comienzos del siglo XXI.

Y así volvía a surgir el debate con el que tanto tuvieron que lidiar Febvre, Bloch, Carr... es decir, si realmente se podía —o se debía— hacer Historia de pequeños acontecimientos, o, incluso, de los grandes nombres, los grandes hombres o las grandes fechas...

Es así como con esa “Nueva Historia” aparecen en el horizonte la llamada nueva Historia política o la Microhistoria (la que algunos han definido como “Historia en migajas”) que trata de reconstruir, sobre todo a manos de historiadores italianos como Carlo Ginzburg o Carlo Maria Cipolla el pasado tomando hechos aislados, por lo general circunscritos a personas de baja condición social que hasta ese momento han sido una simple masa amorfa, subyugada y utilizada por esos grandes nombres de los que tanto sospechan Febvre, Bloch...<sup>5</sup>.

---

4. Véase Jacques LE GOFF-Roger CHARTIER-Jean REVEL (dirs.): *La nueva historia*. Ediciones Mensajero. Bilbao, 1988.

5. Sobre la llamada “Historia en migajas”, y la evolución de la práctica científica de la Historia desde Febvre y Bloch hasta la llamada “Nueva Historia”, en medio de la cual encajaría la Microhistoria, véase François DOSSE: *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*. Alfons el Magnànim. Valencia, 1988. Acerca de la Microhistoria, fundamentalmente italiana, véase Carlo Maria CIPOLLA: *¿Quién rompió las rejas de Monte Lupo?* Muchnik. Barcelona, 1984 y la que se considera obra fundacional de la misma Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Muchnik. Barcelona, 1982. Esta obra ha desatado no pocas polémicas y, de hecho, su propio impulsor, el profesor Ginzburg, ha reconocido recientemente sus limitaciones razonables. Es decir, que la Microhistoria no puede oponerse en todo momento a la Macrohistoria, aun siendo una herramienta de abordaje y análisis del pasado válida. Sobre esto véase Maria-Lúcia G. PALLARES-BURKE: *La nueva Historia. Nueve entrevistas*. PUV-Editorial de la Universidad de Granada. Valencia, 2005, pp. 238-239.

En ese nuevo ambiente surgen apuestas verdaderamente arriesgadas, como la firmada en esos momentos en los que se publica “La nueva historia” por uno de los historiadores convocados a ser parte de las muchas manos que escriben esa especie de libro-manifiesto de cómo se debe relatar la Historia a partir de la última parte del siglo XX.

Es el caso de Jean-Claude Schmitt, un decantado producto de la Universidad francesa surgida en la resaca producida por la Escuela de los Annales que en 1979 impresiona tanto al mundo académico como al público culto, lector —todavía— de libros de Historia con “La herejía del santo lebrél”, donde reconstruye el universo mental de la Francia medieval a partir de la leyenda de San Guinefort. El perro-santo y milagrero, capaz de curar determinadas dolencias que se convierte en una creencia popular en la Francia medieval, recuperada y diseccionada por este historiador hasta extraer de esa migaja de la Historia sus últimas consecuencias que permiten conocer la Francia medieval tan bien como una biografía, por ejemplo, de Felipe el Hermoso o Carlos el Temerario...<sup>6</sup>.

No es un único ejemplo, otro historiador de esa generación, reconstruye otro fragmento de la Francia —o lo que va a ser Francia— medieval a través de otro puñado de migajas. En este caso el proceso inquisitorial que se incoa contra Montaillou. Una aldea occitana donde la herejía cátara pervive años, fruto de una compleja red de relaciones sociales, inercias culturales... que Emmanuel Le Roy Ladurie, como Schmitt, disecciona con cuidado, ofreciendo a la vista un fresco histórico impresionante. Quizás inconcebible para historiadores como los decimonónicos Seignobos o los jóvenes airados —Febvre, Bloch...— que en los años 20 del siglo pasado, los arrumban<sup>7</sup>.

La polémica, sin embargo, quedaba servida y así sigue hoy día, cuando estas líneas son escritas. Hay escuelas históricas, como la ya mencionada Historia cuantitativa, incapaces de asumir que “eso” —la leyenda de un perro santificado por la cultura popular o un único proceso inquisitorial aplicado a una pequeña aldea occitana— pueda ser verdadera Historia digna de tal nombre y no un mero entretenimiento propio de esos historiadores-trapeiros denostados en “Los combates por la Historia” de Lucien Febvre; dedicados a recoger anécdotas y hacer con ellas ramilletes más o menos artísticos, más o menos entretenidos, pero siempre intrascendentes para una Historia digna de tal nombre y que pueda plantearse hacerse respetar como Ciencia.

---

6. Jean-Claude SCHMITT: *La herejía del santo lebrél. Guinefort, curandero de niños desde el siglo XIII*. Muchnik. Barcelona, 1984.

7. Emmanuel LE ROY LADURIE: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Taurus. Madrid, 1988.

Uno de los ejemplos más claros lo ofrece, tal vez, “La Historia después del fin de la Historia”, libro redactado a partir del año 1992 por el profesor Josep Fontana, Acaso uno de los pocos historiadores españoles influyentes más allá del medio académico y más allá de la frontera de los Pirineos.

La opinión de Fontana es demoledora a ese respecto, la Microhistoria derivada de esa nueva forma de hacer Historia propuesta por historiadores como Schmitt, Le Roy Ladurie o el aún más paradigmático caso del profesor italiano Carlo Ginzburg, no puede considerarse como una forma de escribir Historia realmente válida al querer reducir unos hechos colectivos a meras anécdotas aisladas que, como todo caso individual, sólo tienen una aplicación limitada. Justo lo contrario de toda Ciencia, que busca pautas de aplicación general<sup>8</sup>.

Una visión quizás en exceso reduccionista, demasiado rigorista, como demostraron otros respetados académicos coetáneos de Fontana. Caso del hispanista Bartolomé Bennassar que en compañía de su mujer Lucile, demostraría en un magnífico estudio sobre los renegados europeos de los siglos XVI y XVII que los casos particulares —como los propuestos por Ginzburg— podían ser una herramienta excelente complementada con estudios de la misma problemática de corte más general y reductibles a una pauta estadística. Algo que ambos autores dejaban meridianamente claro en “Los cristianos de Alá”<sup>9</sup>.

Es ahí, justo en esos debates aún no superados, donde entraría el caso del que vamos a hablar, largo y tendido, como es casi obligado, en las siguientes páginas.

Todo se puede reducir a una larga pregunta: ¿realmente tiene alguna importancia que al duque de Saint-Simon le fueran robados (o algo parecido) ciertos objetos personales en territorio guipuzcoano, en enero del año 1722?

---

8. Las críticas españolas hacia la Microhistoria han sido, en efecto, particularmente duras por parte de historiadores afines al estructuralismo marxista como Josep Fontana, si bien su argumentación coincide básicamente con las limitaciones que el propio Ginzburg admite para la Microhistoria. Véase Josep FONTANA: *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Crítica. Barcelona, 1992. Más recientemente Josep FONTANA: *La Historia de los hombres*. Crítica. Barcelona, 2001, pp. 315-317. Un buen resumen de toda la polémica desatada en el ámbito académico español en torno a la cuestión de la Microhistoria, en Bernard VINCENT: “Microhistoria a la española”. *Prohistoria*, nº 3, 1999, pp. 231-236. También puede resultar de interés María Luz GONZÁLEZ MEZQUITA: “¿Microhistoria o Macrohistoria? Carlo Ginzburg entre *I Benandanti* y la *Historia Nocturna*”. *Prohistoria*, nº 4, 2000, pp. 125-150.

9. Véase Bartolomé BENNASSAR-Lucile BENNASSAR: *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. Nerea. Madrid, 1989.

La forma en la que se puede responder a esa pregunta, una de esas con las que Febvre decía que empezaba todo buen estudio histórico, acaso tenga muchas claves sobre qué podemos considerar Historia como tal y que no.

Cualquiera que sepa quién era Louis de Rouvroy, el duque de Saint-Simon (no su descendiente, el conde de ideas socialistizantes, mucho más famoso), nacido en 1675 y muerto en 1755, deducirá que su presencia en territorio guipuzcoano en el año 1722 y cualquier cosa que le pasase —como el robo de unos papeles al parecer importantes— no es un asunto que, por simple y primaria prudencia, deba ser pasado por alto. Por más que a algunas mentes de la profesión, tal vez un tanto encajonadas, les parezca que ese incidente huele, demasiado, a “anécdota”, a migaja, a curiosidad recolectada por un chamarilero...

Sin embargo, no cabe esperar que todo el Mundo —incluidos muchos historiadores de otras especialidades que no son la Historia Moderna o el siglo XVIII en concreto— sepan quién era el duque de Saint-Simon y, derivado de ese conocimiento, que deduzcan la importancia de su presencia en la primera provincia al lado sur del Bidasoa en ese año tan delicado como el de 1722...

Eso es algo que ni siquiera aparece recogido en la prolífica obra del padre Lasa, que desde los años sesenta del siglo XX, de manera más intuitiva que profesional en el sentido estricto del término, ya estaba aplicando en una incipiente Historiografía vasca criterios propios de la Nueva Historia. Especialmente los relativos al interés en casos marginales o, aparentemente anecdóticos, relativos a incidentes muy similares al que afectará al duque de Saint-Simon en 1722<sup>10</sup>.

Así pues, antes de entrar en esa cuestión concreta, en la del robo (o algo parecido) de ciertos efectos personales de Louis de Rouvroy, el duque de Saint-Simon que vivió entre 1675 y 1755, en ese tiempo y lugar concretos,

---

10. El padre Lasa, en efecto, recopila a través de archivos como el General guipuzcoano y el de Protocolos de esa misma provincia, toda una serie de casos que va publicando entre los años sesenta y setenta del siglo XX. Material tratado con criterios de simple anécdota muchas veces, pero llevados hasta los límites de muchas de las reflexiones que ya está planteando en esos momentos la Nueva Historia heredera de Lucien Febvre y Marc Bloch y de la que trataremos a lo largo de este primer punto del trabajo. Así podemos encontrar, en el libro que recopilaba en 1977 esa obra dispersa, asuntos relacionados con salteadores de caminos, robos a grandes personalidades como el duque de Borbón en 1815 o el paso de distintas embajadas, con encuentros similares con salteadores o ladrones al que trataremos en este trabajo. Véase Fray José Ignacio LASA: *Tejiendo Historia (contribución a la pequeña Historia de Guipúzcoa)*. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. San Sebastián, 1977, pp. 41-46 y 80-86.

será bueno que nos preguntemos quién era el duque de Saint-Simon y cuál era su relieve personal, histórico, en esos momentos.

Afortunadamente para responder esa pregunta con la extensión necesaria contamos con numerosa información. Tanto escrita por él como sobre él. Tanto en castellano como en su francés original, como descubriremos en el apartado siguiente de este trabajo.

Para este trabajo de disección, o descripción, de la víctima principal del robo sufrido en ese año de 1722 en territorio guipuzcoano, contamos, además, con un libro verdaderamente excepcional y que resulta fundamental conocer antes de entrar en la voluminosa obra escrita por el propio duque de Saint-Simon.

Se trata de un producto de la breve primavera intelectual vivida en la España de la década de los setenta del siglo XX.

Su autor fue Carlos Pujol, filólogo catalán, profesor de la Universidad de Barcelona, estudioso de la obra de Ezra Pound, Shakespeare, Daniel Defoe, Walter Scott... y de filósofos y escritores franceses dieciochescos como Voltaire, Diderot o esa especie de epígono de la Ilustración francesa que fue el vizconde de Chateaubriand.

Una de las numerosas obras de Pujol fue, precisamente, la titulada “Leer a Saint-Simon” que, en cierto modo, es una biografía encubierta de ese cortesano versallesco al servicio de Luis XIV y después al de la Regencia de Felipe de Orleans en la Corte del paradigmático Luis XV<sup>11</sup>.

¿Qué es lo que ese esmerado trabajo de investigación nos puede revelar sobre toda esta cuestión?

Lo descubriremos a partir del siguiente punto de este trabajo.

## **2. ¿Quién era el duque de Saint-Simon y que hacía al Sur de la frontera del Bidasoa en el año 1722?**

Lo primero que descubrimos al abrir las páginas de “Leer a Saint-Simon” de Carlos Pujol, es que nos va a contar más, mucho más, sobre el duque de Saint-Simon de lo que, en efecto, puede contarnos un ordenador que, en cuestión de pocos segundos, tiene capacidad para conectarse a Wikipedia y decirnos que ese personaje sobre el que buscamos información fue Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon y que vivió y murió en París durante la mayor parte de una larga vida que se desarrolla entre el 16 de enero de 1675 y el 2 de marzo de 1755.

---

11. Véase Carlos PUJOL: *Leer a Saint-Simon*. Planeta. Barcelona, 1979.



Así es, la obra de Carlos Pujol tiene 259 páginas del tamaño de medio folio, exceptuando algunos apéndices e índices.

Es evidentemente mucha más información agrupada sobre el duque de Saint-Simon que la que puede ofrecer la enciclopedia electrónica, que no supera en extensión sobre el papel más allá de un folio y medio, como mucho.

Así Carlos Pujol ya advierte desde el comienzo de ese libro, que va a tratar de una materia que requiere bastante más tiempo del que estamos habituados a conceder a nuestra curiosidad en este mundo altamente informatizado, donde la rapidez empieza a desplazar a la consistencia. O cuando menos a exigir que la consistencia no sea un impedimento para conseguir información con bastante rapidez.

En efecto, el subtítulo de ese libro de 259 páginas hábiles nos revela que están dedicadas tanto al duque de Saint-Simon como a reflexionar sobre sus “Memorias” que, después de todo, parecen haber sido las que le han dado una fama más o menos inmortal que le ha sobrevivido nada menos que trescientos años.

El prólogo de Pujol es más explícito aún. Comienza con estas palabras exactamente: “Leer a Saint-Simon no es fácil, ni siquiera como simple hecho de lectura”<sup>12</sup>.

Eso, en el mundo informatizado de hoy día, es casi una invitación amable a abandonar este libro. O, cuando menos, a extraer de él lo principal en cuestión de unas pocas horas o días a lo sumo y saltar directamente a alguna de las ediciones francesas —las únicas completas— de las “Memorias” del duque para continuar avanzando rápidamente hacia el objetivo de un trabajo como éste. Uno que trata de descubrir cómo fue posible que diversos efectos personales del duque de Saint-Simon desaparecieran en una población guipuzcoana durante una ajetreada noche de enero del año 1722 y si ese hecho tenía, realmente, alguna relevancia.

Sin embargo, optar por pasar por encima del libro de Carlos Pujol, sería un verdadero error. Si se dispone de tiempo para dedicárselo, merece la pena leer con atención todo lo que viene tras las 250 páginas que siguen a ese retador prólogo en el que se dice que, en este libro, se hablará de un personaje que, sólo para empezar, no es fácil de leer.

Así es, el propio Carlos Pujol se pregunta en ese mismo prólogo si merece la pena leer, o intentar escribir una guía de lectura, que conduzca al fondo del que describe, sólo para empezar, como “un duque maniático” que

---

12. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 9.

escribe, en pleno Siglo de las Luces, nada menos que veinticinco volúmenes de esas “Memorias” en las que aparentemente sólo se estarían reuniendo lo que Pujol llama “viejos sucedidos de la antigua Corte”, refiriéndose en este caso, fundamentalmente, al Versalles de Luis XIV<sup>13</sup>.

Esas palabras de Carlos Pujol, por supuesto, están perfectamente calculadas no para evitar que sintamos curiosidad por su obra, sino justo para todo lo contrario.

Algo debe tener ese duque maniático, que escribe a contrapelo de la Ilustración dieciochesca, que parece ser de indudable valor para que un filólogo español de finales del siglo XX se haya tomado, al fin y al cabo, la molestia de leerlo. Y no sólo de leerlo sino de explicarlo para los lectores españoles de esas fechas que, en definitiva, a efectos prácticos, siguen siendo las nuestras<sup>14</sup>.

Carlos Pujol no deja nada al acaso en ese libro que, se supone, nos debe dar las claves para leer correctamente las “Memorias” de Saint-Simon.

En efecto, el libro se remonta hasta los más remotos orígenes del personaje que se verá despojado de unos, al parecer, valiosos efectos personales en un pueblo guipuzcoano durante una noche de enero del año 1722.

Así, el primer capítulo de “Leer a Saint-Simon”, está dedicado a describir al padre del futuro duque. El título de esa primera sección del libro es suficientemente sugerente: “Un favorito de Luis XIII”<sup>15</sup>.

El contenido del capítulo no defrauda las expectativas que abre ese título tan sugestivo ante los ojos de quienes lo leen. En efecto, Pujol no incluyó en él nada superfluo. Cuando terminamos de leerlo, tenemos la sensación de que es imprescindible haber leído primero esta microbiografía del viejo duque de Saint-Simon para saber quién es su hijo y descendiente. Ese hombre que, en 1722, ha desplegado un rico tren de viaje sobre territorio guipuzcoano. Y, como veremos a lo largo de este trabajo, sufrirá ciertas consecuencias que, tal vez sí, o tal vez no, pudieran tener alguna importancia histórica...

Para describir a ese padre tan imprescindible para saber quién es realmente el autor de las “Memorias”, el embajador extraordinario de Francia ante la corte de Madrid en el año 1722 en el que ambas coronas Borbón vuelven a reconciliarse, comienza por describir al rey, Luis XIII, al que ese progenitor del duque de Saint-Simon obedece y gracias al cual se labra la

---

13. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 9.

14. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 10.

15. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 13.

fortuna que llevará al joven duque al favor de Luis XV y, también, al título de Grande de España.

La descripción de Pujol es tan precisa como el resto de este libro dedicado a servir de biografía a Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, y, por tanto, de guía para leer sus “Memorias”.

Así nos describe a un rey, Luis XIII, como un muchacho enfermizo, casado a regañadientes con una princesa española cuando todavía es un adolescente de 14 años, dominado tanto por la corrosión política que medra en una corte gobernada por un rey menor de edad, como por varias enfermedades crónicas...<sup>16</sup>.

Un caldo de cultivo, concluye Pujol, del que sólo podía emerger un hombre de carácter desconfiado e inestable, oscilante entre ideas a veces muy contrapuestas.

Es decir, en palabras del propio Pujol, alguien tan contradictorio como para ser, al mismo tiempo, “Inteligente, piadosísimo, valeroso, dotado para las artes, con una gran conciencia de sus deberes de soberano, y también férreo e inexorable con los demás, encarcelando, decapitando, desoyendo todo género de súplicas, pero no menos severo consigo mismo”<sup>17</sup>.

Tanto, de hecho, que, siempre según el texto de Pujol, Luis XIII compagina todas esas características personales con un alto grado de sufrimiento íntimo por su papel de rey justiciero, consciente de ser una especie de padre de sus súbditos...<sup>18</sup>.

En ese medio tan hostil que, en definitiva, sólo refleja la Francia sobre la que debe gobernar ese rey tan atormentado —“inquieta, insumisa, a menudo traicionera”— es en el que tienen que ganar posiciones los antepasados inmediatos del duque de Saint-Simon que protagoniza esa pequeña historia guipuzcoana del invierno de 1722 que tanto nos dirá —o debería decirnos— sobre la Historia con “H” mayúscula de ese momento en el que las dos ramas de la dinastía Borbón vuelven a unirse tras una guerra que ha acabado con la ocupación —entre 1719 y 1721— de ese territorio guipuzcoano sobre el que se desarrollarán esos acontecimientos<sup>19</sup>.

En contra de lo que pudiera parecer, esos inconvenientes, finalmente, se tornan en ventajas. Relativas, pero ventajas, al fin y al cabo, para esos

---

16. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 13.

17. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 13.

18. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 13.

19. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 13.

Saint-Simon que preceden al duque que servirá de embajador extraordinario en la reconciliación entre las dos coronas Borbón en el año de 1722.

Así es, según Pujol, esos tormentos psicológicos del rey francés, lo convierten en alguien carente de afectos y por tanto ávido de amistades en las que apoyarse<sup>20</sup>.

La nómina de esas amistades, como dice el mismo Carlos Pujol, es de lo más variada. A veces incluso estrambótica, teniendo en cuenta la desigual calidad de esos amigos en los que el inseguro Luis XIII busca apoyo. Personajes que van desde cortesanos de la rancia nobleza francesa como el duque de Luynes o el célebre marqués de Cinq-Mars (ambos una decepción por su carácter taimado e interesado que llega, en el caso del último, a la traición) hasta personas de baja condición como el cochero Saint-Amour o el perrero llamado Haran. Un espectro en cuyo justo medio brillará, por supuesto, el cardenal Richelieu, bien distinto de unos y de otros, entregado al servicio de una gran misión política que quiere culminar en torno al trono del indeciso y, en el fondo, débil, Luis XIII<sup>21</sup>.

Es en ese peculiar medio cortesano —donde el favor del rey puede depender muchas veces de un mero capricho— en el que medrará la generación anterior al duque de Saint-Simon que en el año 1722 conseguirá recibir de manos del heredero de Luis XIII —es decir: Luis XV— el encargo, por demás delicado, de restañar las heridas abiertas entre las dos cortes borbónicas de España y Francia a causa de la Guerra de la Cuádruple Alianza.

Ese encumbramiento, tal y como lo describe con verdadera minuciosidad Carlos Pujol, no será sencillo. Ni lineal.

Estará, de hecho, sujeto a muchos altibajos normales en una corte de la época barroca y más aún en una regida por un rey relativamente débil y de carácter cambiante.

Así, el favor parece llegar, según todos los indicios, y en primera instancia, gracias a las habilidades como cazador del padre de Louis de Rouvroy. O al menos por ser alguien capaz de facilitar a Luis XIII todo lo necesario para que ejerza ese deporte cinegético que, al parecer, era lo único

---

20. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 14.

21. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 14. Sobre Richelieu y su ascendiente en la Corte y los negocios de la monarquía, incluidos asuntos como esa conspiración, la bibliografía es casi inabarcable. Véase una de las biografías más recientes y centradas en las cuestiones que describe Pujol en Anthony LEVI: *Cardinal Richelieu and the making of France*. Da Capo Press. Boston, 2000. A pesar de la celebridad del episodio de Cinq-Mars la bibliografía específica que se le ha dedicado es más bien escasa más allá de las obras generales. Puede consultarse Philippe ERLANGER: *The king's minion. Richelieu, Louis XIII and the affair of Cinq-Mars*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs (NJ), 1972.

que aliviaba ese aburrimiento crónico que Alejandro Dumas llegó a inmortalizar, con uno de sus leves toques de irónica crueldad, en las primeras páginas de “Los tres mosqueteros”.

Esa información sobre el ancestro del futuro embajador de Luis XV ante la corte española en 1722 procede, desde luego, de lo que Pujol no duda en llamar malas lenguas.

La primera de ellas la del protestante Gédéon Tallemant des Réaux, uno de los cronistas más despiadados del siglo XVII que, en sus célebres “Historiettes”, señala que Luis XIII, según se decía, había cobrado afecto al ancestro de Saint-Simon a causa de que siempre le facilitaba buenas noticias sobre la caza a abatir y a que no maltrataba demasiado a las monturas necesarias para ese deporte<sup>22</sup>.

La siguiente fuente de maledicencia que describe el ascenso de los Saint-Simon en la corte francesa de la primera mitad del siglo XVII, es un libelo de la época en la que el futuro embajador extraordinario de Luis XV ante la corte de Madrid, ya es un hombre hecho y derecho y navega en las procelosas aguas de la corte francesa bajo el poder del regente.

Se trata de lo que Pujol describe como un libelo fechado en el año 1716 y dirigido contra los duques y pares que pueblan ese enrarecido medio ambiente político. En él se dice que el ancestro del ya casi inminente embajador ante la corte española se había distinguido, sobre todo, por criar y amaestrar a las aves de cetrería que tanto ayudaban a entretener al melancólico Luis XIII<sup>23</sup>.

Una tercera fuente sobre ese encumbramiento es más oscura pero no por eso más elogiosa sobre los méritos que habrían ayudado a los Saint-Simon a abrirse paso en la corte de París primero y de Versalles después<sup>24</sup>.

Dice a ese respecto Pujol que otro libelo de comienzos del siglo XVIII, señalaba que el favor de Luis XIII hacia la familia procedía de que el ancestro del futuro embajador de 1722 no temía al trueno. A diferencia de lo que ocurría con su regio amo, que se aterrizzaba con ese sonido...<sup>25</sup>.

---

22. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 15.

23. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 15.

24. Sobre el Versalles de Luis XIV en el que tendrán que abrirse paso los Saint-Simon, especialmente Louis de Rouvroy, autor de las “Memorias” y futuro embajador en Madrid, véase Mathieu DA VINHA: *Le Versailles de Louis XIV*. Perrin. Paris, 2004. Obra en la que se hace un estudio muy minucioso de esa corte, especialmente del funcionamiento de los asuntos prácticos como alimentar, alojar, etc., a un número considerable de personas. El acceso a la misma del público, la vigilancia. Naturalmente los Saint-Simon, padre e hijo, así como la esposa de este último, son una fuente de información fundamental para esa obra.

25. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 15.

La Historiografía que Carlos Pujol define como oficial de la Corte, es decir, la “*Histoire de Louis XIII*” escrita por Charles Bernard, era la única que ponderaba méritos de mayor calidad para que este primer Saint-Simon cortesano, Claude de Rouvroy de Saint-Simon, nacido en una fecha imprecisa entre 1606 y 1607, accediera al favor del rey hasta poder ser considerado uno de sus validos<sup>26</sup>.

Así, esa Historia oficial del reinado de Luis XIII señalaba que ese primer Saint-Simon cortesano había ganado el favor de Luis XIII tanto gracias a su sagacidad como a sus buenas costumbres y “a una probidad que se transparentaba en todas sus acciones”...<sup>27</sup>.

Lo cierto es que, si seguimos leyendo la obra de Pujol, descubrimos que tanto los Rouvroy como los Saint-Simon —es decir los linajes de los que descende el futuro embajador de 1722— habían acumulado numerosos méritos durante siglos. De la clase que en la Europa del Antiguo Régimen consolidaban una alta posición que, en efecto, con el tiempo —y a veces el capricho de reyes como Luis XIII— podían convertirse en una buena posición en la Corte. Es decir, en el centro del poder político.

Así, esas dos familias que dan su apellido a quien ejercerá de embajador extraordinario de Luis XV ante la corte de Madrid, participarán en todas las grandes batallas de la Guerra de los Cien Años, cuando el estado francés se forja como tal a finales de la Baja Edad Media<sup>28</sup>.

Por ejemplo Mateo II (apodado “el Tuerto”) y su hermano Guillermo, ancestros del cortesano dieciochesco que transitará por territorio guipuzcoano —de manera algo accidentada como veremos— en 1722, morirán, con la flor de la Caballería feudal francesa, en la célebre Batalla de Azincourt en el año 1415<sup>29</sup>.

Sin embargo, los ancestros del futuro embajador del año 1722 pretendían alegar una nobleza verdaderamente antigua, reclamada, por supuesto por su descendiente.

Así, nos indica Pujol, la familia juraba descender, por vía femenina, nada menos que del mismísimo Carlomagno y su escudo portaba las flores de lis propias del linaje real francés, así como una cruz de plata con cinco

26. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 15-16.

27. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 16.

28. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 16.

29. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 16. Sobre Azincourt y su significado para la clase feudal que, como los Saint-Simon, acaba por prosperar en la corte francesa, véase Frédéric WITTNER: *L'ideal chevaleresque face à la guerre. Fuite et déshonneur à la fin du Moyen Âge*. Editions Astrolabe. Rognac, 2008.

conchas de gules que acreditaría la participación de los Saint-Simon en la primera cruzada<sup>30</sup>.

Fuera como fuese, lo cierto es que está bien probada la presencia de los Rouvroy y los Saint-Simon en el servicio de los reyes de Francia en calidad de capitanes de guerra, gobernadores de plazas fuertes y también como cortesanos. Aunque fuera en un segundo plano del que, evidentemente, el futuro embajador del año 1722 se zafaría. Al menos durante unos años<sup>31</sup>.

Fue a través de esa tenaz permanencia en la Corte como Claude de Saint-Simon, padre del duque de Saint-Simon robado en tierras guipuzcoanas en el año 1722, logrará finalmente ascender en el favor real a través de los controvertidos medios que ya se han señalado<sup>32</sup>.

Pese a la mala prensa —por así describirla— que padeció este primer Claude de Saint-Simon desde su llegada a la corte de Luis XIII, los resultados de su estancia en las altas esferas del Poder de esa Francia agitada, apenas salida de la convulsión de sus guerras de religión, no serán precisamente malos.

En efecto, Claude de Saint-Simon tiene enemigos múltiples en ese ambiente. Y algunos de ellos dotados de un más que peligroso acceso a los incipientes medios de comunicación de la época. Como es el caso del ya mencionado Gédéon Tallemant des Réaux o del mariscal de Bassompierre que casualmente también será embajador ante la corte española, exactamente 101 años antes que el hijo de Claude de Saint-Simon. Tanto uno como otro abundarán en cubrir de epítetos y descripciones poco amables a Claude de Saint-Simon<sup>33</sup>.

Así Tallemant lo calificará de hombre enclenque, “mal hecho”, de porte poco gallardo. Bassompierre dirá de él que era persona de aspecto lamentable y de ingenio más bien romo. Asimismo, aseguraba que el padre del futuro duque y embajador en el año 1722, exhalaba un olor corporal nada agradable, fruto de una precaria higiene personal. Opinión compartida en toda la Corte, donde se apodaba a Claude de Saint-Simon como “Stercoral”. Una culta manera, latinizante, de describir que el padre del futuro duque y embajador olía como un verdadero estercolero...<sup>34</sup>.

---

30. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 16.

31. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 16.

32. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 17.

33. Sobre Bassompierre véase Hugh Noel WILLIAMS: *A gallant of Lorraine: François, Seigneur of Bassompierre, Marquis D'Harouel, Maréchal de France, 1579-1646 (Complete)*. Palala Press, 2016.

34. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 17.

Pero, aun así, Carlos Pujol indica en esta detallada biografía del duque de Saint-Simon que Claude, el pequeño Claude, el maloliente Claude, logrará abrirse paso. Pese a esa mala prensa, pese al aspecto endeble que, en efecto, ofrece en uno de los pocos retratos que se han conservado de él y que Pujol analiza en detalle.

En efecto, pese a la maledicencia de Bassompierre en torno a su escaso ingenio, Claude de Saint-Simon sabrá bandearse con extraordinaria habilidad en las luchas de poder que se desarrollan en la corte de Luis XIII. Así, cuando la reina madre trata de utilizarlo para contrarrestar la peligrosa —sobre todo para ella— influencia del cardenal Richelieu sobre el rey, Claude de Saint-Simon supo esquivar esa maniobra, pidiendo al rey, en 1627, que le diera cargo de caballero mayor de su corte<sup>35</sup>.

Ese no será nada más que el primero de muchos otros cargos que irá acumulando a partir de ese año. Acaso de un modo menos altruista y desinteresado del que, como nos recuerda Carlos Pujol, refleja su hijo en sus célebres “Memorias” sobre las que, naturalmente, volveremos después a lo largo de este trabajo<sup>36</sup>.

En efecto, en 1628 Claude de Saint-Simon es ya, además de caballero mayor de Luis XIII, montero mayor y capitán de los palacios reales de Saint-Germain y Versalles. Apenas dos peldaños más de un fulgurante ascenso que lo llevan hasta el círculo de poder más próximo, en aquella corte, al propio rey<sup>37</sup>.

Es decir, el nombramiento como primer gentilhomme de cámara y, finalmente, consejero de Estado<sup>38</sup>.

La generosidad del rey no se detendrá ahí, consolidando la posición de Claude de Saint-Simon no sólo con nombramientos cortesanos, sino otorgándole una amplia base territorial. Fundamental en la época para que la nobleza titulada no fuera únicamente algo simplemente ornamental o sujeto a los vaivenes de cortes siempre agitadas por toda clase de conspiraciones y luchas de poder.

En efecto, en el mismo año 1628, en diciembre, cuando la fortaleza protestante de La Rochela es rendida por las fuerzas combinadas del rey de Francia y las enviadas por su cuñado Felipe IV de España, Luis XIII otorgará allí mismo al joven Saint-Simon el título de señor feudal de las tierras donde se habían erigido las fortificaciones de aquella plaza protestante.

---

35. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 17-18.

36. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18.

37. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18.

38. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18.



Asimismo, le dará el mando sobre las plazas fuertes de Meulan y Blaya. Esta última llave del estuario del Garona y, por tanto, de la entrada a una de las principales ciudades del reino: Burdeos<sup>39</sup>.

Aparte de estas posesiones inmuebles, el padre del futuro embajador recibirá numerosas mercedes en metálico por parte del mismo Luis XIII.

Carlos Pujol da una lista completa de las cifras exactas que Saint-Simon padre va recibiendo desde esa fecha: 24.000 libras en 1628, 35.000 en 1629, 31.000 en 1630 que aumentan con una pensión anual de 6000 libras. Al año siguiente recibirá, además de todo esto, 24.000 libras más y otra nueva pensión de 6000 libras anuales en 1634, más un regalo de 48.000 libras anuales en 1635 y una pensión de 8000 en 1636<sup>40</sup>.

Todo esto, naturalmente, implica una relación con la Corte muy estrecha y una lealtad cerrada que, como subraya Pujol, no siempre es fácil de mantener al enturbiarse esas aguas, muy a menudo, con las distintas intrigas cortesanas.

Así Saint-Simon padre se mostrará leal, cerradamente, durante la “Journée des Dupes” el 10 de noviembre de 1630. Pero tendrá que nadar en aguas turbulentas en esos momentos en los que la reina madre, María de Médicis, quiere acabar con la que sigue considerando excesiva influencia del cardenal Richelieu sobre su hijo. Un golpe palaciego frustrado que, según parece, acaba con Richelieu afectado por una intensa crisis nerviosa (en la que perderá el control hasta entregarse al llanto) pero totalmente rehabilitado y consolidado en el favor del rey gracias, precisamente, al consejo de Saint-Simon padre, que, al parecer, recomendó al indeciso Luis XIII que no dejase caer en desgracia a su ministro principal por las intrigas de María de Médicis<sup>41</sup>.

Una versión, todo hay que decirlo, de la que Carlos Pujol duda, pues la fuente es el mismo duque de Saint-Simon que, claro está, no podemos considerar como verdaderamente imparcial. Menos aún teniendo en cuenta que la descripción de los hechos es notoriamente hagiográfica para el padre del futuro embajador, señalando que durante nada menos que tres horas, el caballero que, como hemos visto, había ascendido en el favor real sobre todo por sus habilidades en la caza, conversa con el rey para convencerle de que

---

39. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18.

40. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18.

41. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 18. Sobre esa “Journée des Dupes” en la que tendrá que moverse con tacto Saint-Simon padre, véase Christian JOUHAUD: *Richelieu et l'écriture du pouvoir. Autour de la journée des Dupes*. Gallimard. Paris, 2015.

consERVE a su servicio, y por el bien del Estado, a una cabeza privilegiada, como él considera lo es la del cardenal Richelieu...<sup>42</sup>.

Pujol, sin embargo, no duda de que el padre del futuro duque de Saint-Simon destinado a ser embajador en 1722, es testigo del desasosiego del rey ante estas intrigas y asimismo de que será el mensajero del monarca, para advertir al cardenal de que sigue gozando de su confianza como valido<sup>43</sup>.

Asimismo, Carlos Pujol da por buenas las noticias de los Saint-Simon acerca del ascendiente que han ganado en la Corte desde esa realmente histórica jornada. Con un Richelieu inseguro como un adolescente, muy lejos del perfil más recordado de poderoso valido, acudiendo a la alcoba —incluso a altas horas de la noche— del padre del futuro embajador en la España de Felipe V para confesarle que siente peligrar, una vez más, su poder en la Corte y para solicitar la ayuda del joven señor de Saint-Simon, para que obre los efectos oportunos, como en la “Journée des Dupes”...<sup>44</sup>.

Algo que corroboraría, precisamente, el continuado ascenso en bienes materiales y honores del joven caballero: en 1633 había sido nombrado miembro de la codiciada Orden del Espíritu Santo y, finalmente, en enero de 1635 había sido nombrado duque y par del reino de Francia. Una recompensa a los buenos servicios y fidelidad que el ya duque de Saint-Simon (padre) había prodigado a la corona francesa<sup>45</sup>.

Algo que será asimilado por el duque hijo, el futuro embajador en la España de Felipe V, como uno de los mayores honores a los que se podía aspirar y lucir en los blasones de la familia. Amén de que con él se le reconocería igualmente grande de España. Por más que el duque hijo no tuviese, en esos momentos, en gran aprecio esa dignidad española equivalente a la de par de Francia; si bien en sus “Memorias” deberá reconocer esa equivalencia ordenada por Luis XIV y Felipe V desde que éste último se convierte en rey de España<sup>46</sup>.

En definitiva, para el verano del año 1636, concretamente para el 6 de agosto, el padre del futuro embajador y autor de las “Memorias” es un cortesano rico y poderoso. Tanto que ese mismo día pagará una gran suma —400.000 libras— para adquirir un extenso feudo, La Ferté-Vidame, estratégicamente situado, además, entre Normandía y el Perche, a escasa distancia de las principales residencias reales francesas. Es decir: Saint-Germain-en-Laye, Versalles, París... Aparte de que dicho feudo

---

42. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 18-19.

43. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 19.

44. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 19.

45. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 19.

46. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 20.

—verdaderamente gigantesco, que acumula más de cien feudos y señoríos— estaba asociado al cargo de vidamo —viceseñor— de la abadía de Chartres, lugar de coronación ocasional de los mismos reyes de Francia. Un título ese de vidamo, que el duque de Saint-Simon hijo (es decir, el futuro embajador de 1722) ostentará desde su nacimiento<sup>47</sup>.

Ese casi meteórico ascenso del padre del embajador, sin embargo, como nos advierte Carlos Pujol en su minucioso estudio, no será muy sólido.

En efecto, ese mismo año de 1636 Saint-Simon padre perderá, de manera notable, el favor real que ha disfrutado hasta ese mismo momento.

Al parecer es el mismo cardenal Richelieu, que, como hemos visto ya, buscaba su apoyo en las horas más bajas de su carrera política, el que se volverá contra Saint-Simon padre. Según parece el catalizador, o detonante, de esa caída en desgracia en el favor del rey y del reforzado valido de Luis XIII será la defensa, a ultranza, que el duque Claude de Saint-Simon, el padre del embajador, hace de un tío suyo, el barón de Saint-Léger, que, sin embargo, no había tenido una actuación militar demasiado brillante, entregando la fortaleza en Picardía de la que era gobernador<sup>48</sup>.

Desde luego el castigo —si así se puede llamar— impuesto por el rey al padre del autor de las “Memorias” y representante del joven Luis XV en Madrid, desde 1722 en adelante, es de carácter militar.

En efecto, Luis XIII rogará al recién creado duque de Saint-Simon que acuda a la fortaleza de Blaya, en el Sudoeste de Francia, que, como recordaremos, le había sido entregada como recompensa algunos años atrás, tras estar junto al rey en el asedio a la plaza protestante de La Rochela. La razón principal para que Luis XIII solicite ese favor al duque padre, es que se temía en esos momentos un ataque español<sup>49</sup>.

Cosa bastante cierta, como se experimentó en el País Vasco-Francés, que sufrirá diversos ataques desde el otro lado del Bidasoa que acaban con saqueos e incendios en la localidad de San Juan de Luz, preludio, dos años más tarde, de la contraofensiva francesa que culmina en el fiasco del asedio a Fuenterrabía (hoy Hondarribia)<sup>50</sup>.

---

47. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 20.

48. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 21.

49. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 21.

50. Para una visión de conjunto histórico de esas acciones —al fin y al cabo, batallas de la Guerra de los Treinta Años— véase David PARROTT: *Richelieu's Army. War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge University Press. Cambridge, 2001, p. 122. Sobre el asedio de 1638, más recientemente VV.AA.: *1638ko Hondarribiko setio handia-1638: el Gran Asedio de Hondarribia*. Gustav-eko Koadernoak. Erroteta, 2011.

La consecuencia de todo esto fue que Saint-Simon padre no recuperará el favor real. A pesar de sus intentos por congraciarse con el cardenal Richelieu y de su participación —brillante en la medida de lo posible— de las sucesivas campañas en torno a los Pirineos entre 1638 y 1640, desde el País Vasco hasta la zona del Rosellón catalán<sup>51</sup>.

De hecho, hasta la muerte del cardenal en 1642, no comenzará un deshielo en las relaciones entre el duque Claude de Saint-Simon y Luis XIII. La desaparición física del cardenal primero junto con la previa conspiración de Cinq-Mars (con la que el rey se sintió traicionado en lo más íntimo) hicieron que la figura del padre del futuro embajador ante Felipe V mejorase notablemente<sup>52</sup>.

Sin embargo, a pesar de que el rey nombrará al duque Claude caballero mayor para reemplazar al ejecutado Cinq-Mars, poco es ya lo que el padre del embajador en el Madrid de 1722 podrá hacer, pues el monarca muere poco después y comienza el largo período de turbulencias propiciado por la minoría de edad de Luis XIV y el ascenso imparable de la estrella del cardenal Mazarino, heredero del fallecido Richelieu. Circunstancias que obligarán al duque Claude a retirarse, una vez más, a sus posesiones feudales, alejado así, casi desterrado, de la Corte<sup>53</sup>.

Es en ese peculiar ambiente en el que nacerá el personaje que, por distintos avatares, pisará territorio guipuzcoano (y de un modo algo accidentado), de camino a Madrid, a partir del año 1721.

En efecto, retirado Claude de Saint-Simon de la Corte, decidirá casarse por primera vez en el año 1644. Sin embargo, el nacimiento del futuro embajador se pospondrá hasta una segunda boda, celebrada en el año 1672, cuando el antiguo joven favorito de Luis XIII, ha asistido al auge y caída de la rebelión nobiliar conocida como “la Fronda” (a la consiguiente defenestración de la familia Condé, a su rehabilitación tras la firma de la Paz de los Pirineos y al cese de las hostilidades franco-españolas que sobreviven once años al fin de la Guerra de los Treinta Años y culminan con el paso por la residencia de Blaya del séquito de Luis XIV volviendo de su boda en San Juan de Luz en el año 1660. Donde el viejo, y ya casi olvidado, cortesano agasaja al monarca, a la nueva reina, al cardenal Mazarino y al magnífico

---

51. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 21.

52. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 22.

53. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 22. Sobre esas circunstancias me remito a la bibliografía señalada en la nota 21 de este mismo trabajo.

séquito que llega desde las orillas de Behobia hasta las cercanías de Burdeos en su regreso a París<sup>54</sup>.

A pesar de los notables achaques de la edad, el padre del futuro embajador cuenta ya con sesenta y seis años —treinta y seis de diferencia con su joven esposa, lo cual lo convierte en blanco de la ahora tan estudiada práctica de las canciones satíricas del “charivari”— el matrimonio se consumará en 17 de octubre de 1672 con un propósito bastante claro: dotar al duque viudo de un heredero varón<sup>55</sup>.

Unos esfuerzos que se verán coronados por el éxito con el nacimiento, el 15 de enero de 1675 de Louis de Rouvroy de Saint-Simon, destinado a servir como embajador en el momento en el que la Guerra de la Cuádruple Alianza entre Francia y España llega a su fin en 1722 y a acompañar a la princesa francesa que debe sellar esa paz y devolver el territorio guipuzcoano a la corona española<sup>56</sup>.

El recién nacido en la mansión familiar de la calle de los Saints-Pères, en la parroquia de San Sulpicio, tendrá una niñez cuando menos compleja, tal y como el mismo Carlos Pujol nos cuenta en ese detallado ensayo dedicado a explicar cómo leer, correctamente, al autor de las “Memorias” y embajador ante Felipe V en un año tan destacado para la Historia vasca, y especialmente guipuzcoana, como el de 1722.

En efecto, Louis de Rouvroy considera esa fecha, 1675, como un punto de partida eminente para contar su vida en esa larga obra, las “Memorias”, a la que dedica una buena parte de su existencia tras retirarse de sus cometidos públicos.

Nos dice Pujol que es justo en ese punto en el que decide comenzar su narrativa. Es decir, en el primer tomo de esa obra en varios tomos se puede leer que él, Louis de Rouvroy, nace entre el 15 y el 16 de enero de 1675<sup>57</sup>.

---

54. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 23-24. Sobre la Fronda y los posteriores acontecimientos, existen pocos estudios actuales que recojan todos esos acontecimientos en una sola obra. A ese respecto la principal síntesis sobre estas cuestiones sigue siendo Jean-Baptiste CAPEFIGUE: *Richelieu, Mazarin, et La Fronde*. Belin-Leprieur. Paris, 1844.

55. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 24-25. Sobre la práctica del “charivari” véase uno de los debates más exhaustivos, con la colaboración de destacados historiadores vascos como Julio Caro Baroja, en Jacques LE GOFF-Jean Claude SCHMITT (eds.): *Le Charivari. Actes de la table ronde organisée à Paris (25-27 avril 1977) par L'École des Hautes Études en Sciences Sociales et le Centre Nationale de la Recherche Scientifique*. École des Hautes Études en Sciences Sociales-Mouton Éditeur. Paris-La Haye-New York, 1981.

56. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 25.

57. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 26.

Sin embargo, como también nos indica Pujol, Louis de Rouvroy apenas cuenta nada de su niñez. De hecho, de sus primeros dieciséis años de vida. Y, de hecho, también, apenas cuenta nada en esas largas “Memorias” sobre su vida personal, sobre su aspecto físico, sus inquietudes y opiniones acerca del mundo que le rodea y que, como dice el autor de “Leer a Saint-Simon”, fue un lugar en el que él, Louis de Rouvroy, actuó no pocas veces como protagonista<sup>58</sup>.

Algo que, sin embargo, no impide, como ocurre tantas veces en el campo de la Historia, completar esas páginas oscuras o inexistentes de una biografía por medio de otras fuentes.

Para empezar las pocas referencias que Saint-Simon da sobre sí mismo en las páginas de sus “Memorias” desde el momento en el que entra en la plena adolescencia, permiten esbozar —al menos esbozar— lo que pudo ser la Infancia del futuro embajador ante Felipe V, portador de la definitiva paz, para todo el siglo XVIII, entre las dos coronas Borbón que de ese modo impondrán sus criterios en la Europa de esa centuria<sup>59</sup>.

Así ese período infantil de un personaje clave en los comienzos de ese siglo ilustrado, apenas puede ser conocido, como bien subraya Carlos Pujol<sup>60</sup>.

De hecho, señala Pujol que Saint-Simon, el Saint-Simon autor de las “Memorias” y embajador en la España de 1722, parece haber carecido de niñez y juventud, reflejando esas páginas a un hombre de ideas más bien retrogradadas para su siglo, un viejo prematuro de hecho<sup>61</sup>.

La opinión, bastante categórica, de Carlos Pujol a este respecto es que el ambiente familiar en el que se cría el futuro embajador a la España de Felipe V que recupera la amistad con la Francia de Luis XV, es un hombre que nace y crece en un ambiente en el que se venera el pasado. Concretamente el ambiente de la corte de Luis XIII en el que su padre habría vivido sus momentos álgidos<sup>62</sup>.

Eso da a Saint-Simon lo que Pujol llama un acendrado “reaccionarismo mental”. Pero al mismo tiempo lo convierte en alguien desconfiado del futuro, sin ilusiones, sin entusiasmo incluso, hace de él esa educación un hombre con criterio independiente y lúcido<sup>63</sup>.

---

58. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 26.

59. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 27.

60. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 27.

61. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 27.

62. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 27.

63. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 27.

Pero el ambiente en el que crece y se cría el futuro embajador ante la Corte de Felipe V en 1722 es, en definitiva, tal y como lo define Carlos Pujol, el de una infancia perdida...<sup>64</sup>.

Tal y como él titula, precisamente, este capítulo dedicado a investigar esa etapa de formación del futuro embajador que, sin embargo, como vamos viendo y ya ha advertido este mismo autor, es menos conocida de lo que sería de desear, pero, sin embargo, parece tener unos claros perfiles.

A saber: la que vive Saint-Simon es una infancia algo lóbrega, con un padre del que le separan muchos años, un anciano —de hecho— cuando él nace y, además, un anciano apartado de la Corte y sus influencias y nostálgico de la sobriedad del reinado de Luis XIII en el que, como ya hemos visto, la familia Saint-Simon alcanza grandes cotas de poder. Unas que, sin embargo, no les librarán de ese relativo ostracismo en el que vendrá al Mundo, y se criará, el futuro embajador ante Felipe V<sup>65</sup>.

Sin embargo, ese aislamiento es bastante relativo. En efecto, a pesar de vivir casi al margen de los círculos de poder que rodean al Rey Sol a partir del año 1685, en el que el Saint-Simon alcanza su primera década de vida, a pesar de la vida retirada que su madre lleva, y la pérdida de poderosos apoyos, como Madame de Montespan que, por esas fechas, también pierde el favor real, Pujol nos indica, claramente, que los Saint-Simon no son en esas fechas nobleza versallesca. Pero tampoco provinciana<sup>66</sup>.

En efecto, la familia del futuro embajador encargado de reconciliar a las dos coronas que formarán una de las más poderosas alianzas militares del siglo XVIII europeo, tiene alquilada una mansión en el *faubourg* de Saint-Germain, no muy lejos del mismo centro de París (hoy, de hecho, una de las áreas más centrales de la capital francesa, junto al Sena), erigida, antes de su demolición a escasos cien metros de la abadía dedicada a ese mismo santo<sup>67</sup>.

Se conoce incluso el nombre de la mansión: Selvois, de reciente construcción en la época del joven Saint-Simon, ya que ha sido edificada en el año 1670. Curiosamente para un burgués parisino precisamente así apellidado —Selvois— que, además, la había encargado a Daniel Guittard, un arquitecto de creencias jansenistas. Unas que tan mal casaban con una corte tan disoluta como la de Luis XIV, que los Saint-Simon adultos rechazaban con algo de disgusto en esas décadas finales del siglo XVII<sup>68</sup>.

---

64. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 26.

65. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 28.

66. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 28.

67. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 29.

68. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 29.

La casa, su estructura, contenidos, etcétera... es bien conocida, a pesar de no existir ya en la actualidad, desaparecida en las sucesivas remodelaciones de esa zona que ha acabado convirtiéndose en el actual centro de la capital francesa, tal y como nos lo recuerda el propio Carlos Pujol.

En efecto, la mansión Selvois en la que va a crecer ese muchacho que llegará, en 1721, a ser embajador extraordinario ante la corte de Felipe V, se componía de, al menos, veintisiete estancias habitables, dejando aparte cuartos trasteros y roperos. Contaba además con siete habitaciones grandes, dedicadas, en parte, a dormitorios para el numeroso servicio que atendía a las necesidades de la familia Saint-Simon. Una estructura que, según las investigaciones al respecto de Hélène Himelfarb que cita Pujol, contaba con innumerables pasillos, rellanos, pasadizos, dos desvanes —uno para el heno y la avena, imprescindibles para alimentar a las caballerías de la familia— y otro que actuaba como colector de otras materias necesarias para el servicio de la mansión<sup>69</sup>.

Asimismo, hay en esta gran casa en la que se cría el encargado de reconciliar a las dos principales potencias borbónicas del siglo XVIII, tres despensas, dos bodegas, una gran escalera de entrada, un patio e incluso algo tan importante como símbolo de estatus y rango como un jardín. Una de las principales armas de la nobleza de la época para ostentar públicamente su categoría social preeminente<sup>70</sup>.

Como vemos es verdaderamente detallada la descripción que se puede hacer de la casa de los Saint-Simon en los años en los que nace y crece en ella el futuro embajador encargado de reconciliar, en Madrid, a las dos ramas de la monarquía Borbón, la francesa y la española.

En efecto, Carlos Pujol contó para llevar a cabo su ensayo con una cantidad de información notable a ese respecto que, en contra de lo que pudiera parecer, es algo más que una mera anécdota, pues nos permite reconstruir el entorno en el que se educará y desarrollará el futuro embajador ante la corte de Felipe V. Alguien que, como veremos en apartados posteriores, sufrirá curiosos incidentes en el desempeño de esa función. Y, además, en cuanto su tren de servicio pisa territorio guipuzcoano.

Esa descripción del palacete urbano —o al menos rurubano— de los Saint-Simon nos dice que en la casa había, para apenas tres miembros de familia, hasta treinta servidores así como un lujoso ajuar compuesto de obras

---

69. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 29.

70. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 29. Un tema estudiado, aunque sea más ocasional que sistemáticamente, por la Historiografía desde hace años. A ese respecto puede resultar interesante cotejar las observaciones hechas en Henri CARRÉ: *La Noblesse de France et l'opinion publique au XVIIIe siècle*. Slatkine reprints. Genève, 1977, pp. 65 y 100-104.



de Arte. Tales como una serie de tapices flamencos, porcelanas chinas, al menos dos cuadros atribuibles a un maestro de primer orden como Jordaens (“Santa Catalina de Siena” y “Muerte de Séneca”), muebles de madera maciza de nogal y algunas piezas verdaderamente apreciables en la época por más que hoy nos parezcan objetos banales y de fácil acceso. Es decir: varios mapas. Algo no al alcance de todos en aquella Europa en la que la impresión de imágenes de cierta precisión no era tan sencilla como en la actualidad<sup>71</sup>.

Entre esos objetos que componen un rico ajuar doméstico, como vemos, el joven Saint-Simon crece rodeados de otros de menor valor artístico que un Jordaens, pero, sin embargo, dotados de una historia que, muy probablemente, sirvió para su temprano aprendizaje en la sinuosa política en la que se tendrá que desenvolver entre los finales del siglo XVII y los comienzos del XVIII.

Ese sería el caso del cuadro que el mariscal de Montmorency lega al padre del futuro embajador antes de ser ejecutado por participar en una conspiración contra el cardenal Richelieu...<sup>72</sup>.

La biblioteca paterna, sin embargo, no parece haber guardado grandes secretos políticos para el futuro embajador. Pujol nos indica que estaba formada como muchas otras bibliotecas de esa época presentes en casas de burgueses o nobles<sup>73</sup>.

Así es, se componía de unos ciento treinta títulos que Pujol distribuye entre: obras religiosas como un Nuevo Testamento, una Historia de la Iglesia, el inevitable catecismo de Kempis, la “Introducción a la vida devota” de San Francisco de Sales (curiosamente patrón de periodistas y escritores...). Junto a estas obras de devoción y religiosas. La biblioteca a la que tiene acceso el futuro embajador Saint-Simon se componía de volúmenes sobre Geografía, Genealogía, Historia y viajes. No faltaban, como también era de esperar en el lugar y la época, las obras de autores clásicos

---

71. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 29.

72. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 29-30. Ciertamente la ríspida relación entre el duque y el cardenal, y su fatal desenlace, eran todo un ejemplo para alguien que, como el futuro embajador en la España de Felipe V, quisiera vivir, y sobrevivir, en un ambiente tan viciado como la Corte. Sin duda el cuadro presente en la mansión Selvois y la historia que debía rodearlo pudieron ser una buena fuente de aprendizaje político para el joven Saint-Simon. Sobre esto véase Joseph BERGIN: *Cardinal Richelieu. Power and the pursuit of wealth*. Yale University Press. New Haven-London, 1985, pp. 77, 112, 137 y 139.

73. Sobre esto véase, por ejemplo, Roger CHARTIER: *Libros, lecturas y lectores en la Europa moderna*. Alianza. Madrid, 1993.

—Virgilio, Lucano, Horacio, Séneca, Ovidio, Juvenal, César, Cicerón...— acompañados de varios diccionarios<sup>74</sup>.

No faltan tampoco autores franceses más o menos contemporáneos del padre del futuro embajador: Ronsard, Michel de Montaigne, Corneille, Voiture, Racine, Molière y La Fontaine. Más allá de esto señala Carlos Pujol que la biblioteca de los Saint-Simon contaba con lo que él describe como “novelones” equiparables a nuestros actuales best-seller: “La Astrea”, “Clelia” y otros similares e incluso algún que otro libro escandaloso como “La Historia amorosa de las Galias”, del atrabiliario Bussy-Rabutin que, como bien recuerda Pujol, había merecido la Bastilla y el destierro junto con la conversión de su obra en un libro prohibido que, sin embargo, paraba en las estanterías a las que pudo acceder el joven Saint-Simon<sup>75</sup>.

En la prolija descripción del mundo que rodea a ese joven Saint-Simon desde la infancia, Carlos Pujol nos recuerda que en la biblioteca a su disposición en su mansión cercana a París había al menos tres volúmenes de los que ahora se considera clásicos de la Literatura barroca española: dos de Fray Luis de León (que Pujol no identifica) y “Los Sueños” de Francisco de Quevedo<sup>76</sup>.

Sin duda unas lecturas que, aunque parcas, le debieron ayudar a aproximarse a ese país en el que desempeñaría una de sus más altas misiones políticas años después, a partir de 1721...

En cualquier caso, Carlos Pujol nos advierte, a renglón seguido, que, por poco que se sepa de lo que ocurre entre el nacimiento del futuro embajador extraordinario de Luis XV en España y su presentación ante la corte de Luis XIV con 16 años, queda claro que su educación será, cuando menos, de amplio criterio<sup>77</sup>.

En efecto, una vez que el heredero de los Saint-Simon, bautizado un 29 de junio de 1677 en la capilla provisional de Versalles y contando como padrino a Luis XIV y a la reina, deja de estar en manos de amas y nodrizas y pasa a estar en las de un ayo, René Gogué de Saint-Jean, de origen protestante. Sin embargo, el futuro embajador también será educado por un sacerdote oratoriano y tendrá como confesor a un jesuita...<sup>78</sup>.

---

74. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 30.

75. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 30. Sobre Bussy-Rabutin, su vida y obra y el alcance histórico de la misma, véase Jacqueline DUCHÊNE: *Bussy-Rabutin*. Fayard. Paris, 2012.

76. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 30.

77. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 30.

78. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 31.

Según señala Carlos Pujol, la instrucción que el futuro embajador de Luis XV en Madrid recibe a manos de Saint-Jean, es tan estricta como cabría esperar de un antiguo hugonote. Con tan sólo 9 años, nos dice Pujol, el joven Saint-Simon es aleccionado por este ayo en la idea de la vida como un constante deber; hacia Dios, hacia su rey, sus padres, sus maestros... Incluso para con sus propios servidores...<sup>79</sup>.

Saint-Jean no se conforma con leer a su pupilo tal listado de obligaciones a tan temprana edad, Pujol nos dice que, además, el joven Saint-Simon debía hacer examen de conciencia semanal sobre cómo había cumplido esas obligaciones., poner por escrito sus conclusiones y leerlas cada sábado ante sus padres...<sup>80</sup>.

Aun así, lo que se sabe de ese pequeño futuro duque de Saint-Simon en esa época indica, como Pujol subraya, que poco había que lo diferenciase de un niño de esa edad. Es decir, era propenso a encolerizarse, bastante distraído y no muy aplicado en materias como el latín<sup>81</sup>.

Pero en conjunto nos viene a decir Carlos Pujol que la etapa de crecimiento y educación del futuro embajador de Luis XV en Madrid, será un tanto peculiar.

Además de ese ayo de rígida moral protestante, aplicada sobre un niño que, como el mismo Pujol indica, viene a coincidir en su carácter con el de muchos otros niños de esa edad que a lo largo de los siglos han sido (al menos en nuestra cultura occidental), el joven Saint-Simon acabará acudiendo, como tantos otros miembros de la nobleza, a una de las dos academias en las que se formaba, en París, a los jóvenes de su estamento.

Él, concretamente, será enviado a la de Mesmont y Rochefort, donde aprenderá materias tales como equitación, esgrima, heráldica, Historia, Geografía, Matemáticas y Poliorcética (es decir, Arte de la Fortificación)<sup>82</sup>.

Todo esto recaerá en un joven educado anteriormente a ese momento en un ambiente cuando menos algo extraño, misantrópico, alejado de la bulliosa vida del París que crece y se expande en el Marais. En la orilla contraria a aquella en la que se erige la mansión de los Saint-Simon, en un terreno que Pujol define como un arrabal de París en esa época, lejos aún del barrio residencial y elegante en el que se convertirá desde el siglo XIX, siendo, por el contrario, en esos momentos de la infancia del futuro embajador, un lugar más bien desolado y dominado por la ominosa presencia de la abadía

---

79. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 30-31.

80. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 31.

81. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 31.

82. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 31.

medieval de Saint-Germain-des-Prés. En esos momentos todavía compuesta por un recinto amurallado, almenado, con torres y fosos llenados por el Sena a través de un canal<sup>83</sup>.

El joven Saint-Simon, sin embargo, conocerá un nuevo auge de esa zona apenas comienza ese siglo XVIII al que la Francia cortesana imprimirá carácter.

En efecto, Carlos Pujol señala que, ya para 1700, ese apartado barrio parisino, dominado todavía por un medieval Saint-Germain-des-Prés, pasa a convertirse en un espacio urbanizado. Con muros de contención para evitar las periódicas inundaciones de la zona, calles pavimentadas y acaso lo más importante: cada vez más lleno de palacetes para alojar a una élite parisina deseosa de ocupar ese nuevo espacio urbano<sup>84</sup>.

Esa confusión de un pasado casi medieval, desde luego barroco y más bien sombrío, con un presente rutilante, versallesco (en el más amplio sentido de ese adjetivo) es algo que el futuro embajador ante la corte española en 1722, vive no tan sólo ante sus ojos sino en su propia psicología personal.

En efecto, Pujol nos indica que Louis de Saint-Simon se moverá hasta su primera juventud a caballo de las enseñanzas de un estricto ayo —ya lo hemos mencionado— y de un padre y una madre igual de rígidos en su moral, afectos a la sombría corte de Luis XIII antes que a la de su hijo Luis XIV, llena de amantes del rey y de bastardos reales, además de otras cuestiones de moral relajada, sumida en un lujo ostentoso, casi insultante. Gran parte de la vida del joven Saint-Simon transcurre, pues, en un duro aprendizaje en el que el deber hacia el propio apellido y hacia instancias morales superiores se entremezcla con temporadas y visitas a instituciones religiosas como la cercana abadía de la Trapa, controlada por el abad Rancé, antiguo libertino que expía en ella sus culpas devolviéndola a la estricta observancia de esa rigurosa orden. Las visitas a la fortaleza de La Ferté-Vidame, que le recuerdan los orígenes medievales de su linaje, pesan también sobre el futuro embajador<sup>85</sup>.

Sin embargo, en esas mismas fechas, el joven Saint-Simon empieza a entrar en contacto con la Corte y, es más, con el que en 1719 es el hombre fuerte de Francia, aquel que hace de él un embajador que viaja hacia España en 1721 y tendrá un accidentado periplo por tierras guipuzcoanas apenas cruza la frontera del Bidasoa.

---

83. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 31.

84. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 33.

85. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 33.

Es decir, no otro que Felipe de Orleans, el sobrino de Luis XIV, al que visita a menudo en el Palais-Royal, cerca del Louvre, no muy lejos de su residencia de Selvois, al otro lado del río. Allí el futuro embajador conoce los fundamentos de los que será la Francia de Luis XV, libertina, abierta a las nuevas ideas de los “filósofos”, ambiciosa y arrogante, prácticamente sin límites en todo aquello que le parece bien acometer. Saint-Simon tendrá buenas pruebas de todo ello en el que será su más fiel amigo y valedor desde esos años de infancia y juventud. Es decir, en Felipe de Orleans, que se convertirá en el regente de Francia desde 1715 en adelante<sup>86</sup>.

Carlos Pujol, siguiendo a otro biógrafo del duque, Georges Poisson, señala que los caracteres de ambos muchachos, Saint-Simon y Felipe de Orleans, parecen complementarse. Uno educado en la austeridad casi hugonote (cuando menos jansenista o similar) de la mansión Selvois, el otro en el palacio de un padre completamente disipado y con unas costumbres personales que escandalizan incluso a su propio hermano Luis XIV, aunque sólo desapruera, ante todo, la dirección en la que se manifiesta el libertinaje del padre del futuro regente. Algo en lo que está completamente de acuerdo su sobrino, Felipe de Orleans que imitará a su tío con una temprana carrera como mujeriego empedernido hasta el final de sus días. Una que empieza con un hijo natural ya reconocido en 1690, cuando ni tan siquiera está en edad de prestar servicio militar como caballero miembro de la Casa Real francesa<sup>87</sup>.

Pujol nos dice que el joven Saint-Simon, como era de esperar se mostrará mucho más comedido. Tanto que desaprobará esa libertina y prolífica conducta en su amigo Felipe de Orleans, aunque no por eso se separará de una corte donde tal actitud es de buen tono, casi obligatoria. La misma en la que el jocundo Felipe de Orleans le abrirá camino haciendo honor al significado más estricto de la palabra “amistad”<sup>88</sup>.

Un papel como cortesano que, después de todo, no encaja tan mal con Louis de Rouvroy. Como lo revelaría el cuadro que hacia 1690 lo retrataría de un modo bastante similar al que, por las mismas fechas, el pintor de origen catalán Rigaud (en realidad Rigau i Ros) realizaría para un también muy joven, casi niño, Felipe de Orleans. Ambas telas muestran a los muchachos en pose muy similar a la que el mismo Rigaud utiliza para retratar al tío de Felipe, Luis XIV. Es decir, vestidos con una armadura barroca de piezas,

---

86. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 34.

87. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 34-35. Se refiere, naturalmente, a Georges POISSON: *Monsieur de Saint-Simon*. Nouveau Monde. Paris, 2007. Obra que ha conocido diversas ediciones pero que fue originalmente publicada en 1973.

88. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 35-36.

sujetando bengalas de mando y peinados en la desafiante moda versallesca de melena de león. Pujol subraya en ese retrato del joven Saint-Simon una mirada de alguien ya muy seguro de sí mismo y con un esbozo de la mueca de orgullo satisfecho que, años más tarde, exhibirá en otros retratos el que ya es duque de Saint-Simon, embajador en la España de 1722<sup>89</sup>.

Los objetivos para el futuro duque de Saint-Simon, en cualquier caso, estaban bien claros. Porque así lo habían querido sus estrictos preceptores.

En efecto, Carlos Pujol nos recuerda que su ayo René Gogué de Saint-Jean recomendaba a su joven pupilo, con sólo siete años, ocho todo lo más, que debía esforzarse por triunfar en la Corte y en el Ejército. Todo lo demás, incluidas las profesiones liberales, estaba muy por debajo de su dignidad de par de Francia, de, en definitiva, primo del rey de esa corona<sup>90</sup>.

Así pues, su origen y la educación severamente inculcada desde esa tierna infancia, hacían que la carrera en la Corte fuera el destino, prácticamente manifiesto, de Louis de Rouvroy, futuro duque de Saint-Simon y embajador de Luis XV ante la corte de Felipe V tras la Guerra de la Cuádruple Alianza.

Su padre, pese a sus reticencias frente a la corte de Luis XIV, no dudará, de hecho, en construir una residencia secundaria cerca de Versalles, en 1685, cuando el joven Louis sólo cuenta 8 años y su ayo, como decíamos, le persuadía de que lo único digno para un futuro duque de Saint-Simon sería ocupar un puesto en esa corte o en el Ejército. O, mejor aún, en ambos lugares a la vez<sup>91</sup>.

Se unían así los Saint-Simon a muchos otros miembros de la nobleza francesa que querían girar en torno al Rey Sol y, por supuesto, obtener su favor...<sup>92</sup>.

Todo ello, como nos subraya una vez más Carlos Pujol, sin por eso dejar de tener toda clase de reservas hacia una corte que este autor describe

---

89. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 36. Sobre Rigaud y el retrato de Felipe de Orleans, véase Lilian H. ZIRPOLO: *Historical Dictionary of Baroque Art and Architecture*. The Scarecrow Press. Lanham-Toronto-Plymouth, UK, 2010, p. 447. De hecho, señala esta autora, es el retrato del padre del muchacho el que, en 1689, le abre las puertas de la corte de Versalles. La biografía de referencia sobre el futuro regente sigue siendo, en buena medida, Philippe ERLANGER, *Le régent*, Gallimard. Paris, 1966.

90. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 37.

91. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 37.

92. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 37.

como envuelta en un lujo casi sacrílegamente divinizador, muy lejos de la todavía contenida austeridad barroca de la de Luis XIII<sup>93</sup>.

Una ambivalencia hacia esa corte, que trata de dirigir desde entonces los destinos de Europa, bien reflejada en las “Memorias” del futuro duque de Saint-Simon, que describe Versalles como un lugar malsano, pantanoso, lleno de un aire que no puede ser bueno<sup>94</sup>.

Algo que, sin embargo, no aleja de allí a la familia y menos aún al pequeño Louis de Rouvroy, que desde 1690 aparece en los actos protocolarios de esa corte. Tales como la “toilette” de María Ana Cristina de Baviera, mujer del heredero (en esas fechas) de Luis XIV, y asimismo a las honras fúnebres que en abril se celebrarán por esta princesa, fallecida en ese año en el que un adolescente Louis de Rouvroy empieza su ascenso en esa corte de Versalles<sup>95</sup>.

Un terreno resbaladizo en el que él no siempre sabrá situarse en el lugar más conveniente, pesando en esa decisión impolítica (por más que fuera correcta desde el punto de vista del honor nobiliar) la estricta educación aristocrática recibida en su familia. Así nos dice Pujol que el futuro duque de Saint-Simon no ve con buenos ojos —ni acepta— que en esa corte de Versalles en la que espera medrar, los hijos bastardos de Luis XIV sean convertidos en príncipes legitimados y de ese modo pasen a tener más preeminencia en ese pequeño —pero decisivo— universo político que ocupan —por tradición— los pares de Francia, los primos del rey. Exclusiva casta superior nobiliar a la que él, Louis de Rouvroy, futuro duque de Saint-Simon pertenece...<sup>96</sup>.

Una toma de posición en tan delicado tejido político que, sin duda, puede resultar capital para entender lo que el futuro duque y embajador dejará escrito en sus “Memorias” o cualquier otro acontecimiento en el que se vea envuelto.

Por ejemplo, su misión diplomática en Madrid y Lerma en el año 1722. O el incidente que le seguirá de cerca en su viaje a Madrid, tras atravesar la frontera guipuzcoana, que describiremos más adelante en este mismo trabajo y que podemos considerar como meramente anecdótico o como, cuando menos, revelador de todo lo que rodeó al duque en esa misión capital para restaurar la unión entre las dos coronas y variar así el rumbo de la Historia europea —y de rechazo mundial— a lo largo del decisivo siglo XVIII...

---

93. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 37.

94. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 38.

95. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 38.

96. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 38-39.

Aparte de esas primeras escaramuzas cortesanas, el futuro duque y embajador no descuidará la otra vía profesional —por así decir— que se le ha señalado como única aceptable para alguien de su rango.

Es decir, la de servir a la Corona francesa como militar. Algo que se ha complicado un tanto en esos momentos en los que el joven Saint-Simon da sus primeros pasos en Versalles.

En efecto, según nos indica Carlos Pujol, a partir de 1691 una nueva ley exigía que tanto los príncipes de sangre real (como era el caso de Saint-Simon) así como los legitimados, debían servir un año entero en una de las dos compañías de mosqueteros que formaban la guardia personal al rey como paso previo a poder entrar en batalla al frente de un regimiento. Tal y como su rango nobiliar les autorizaba a hacer...<sup>97</sup>.

Una circunstancia que va a retrasar un tanto la obtención de honores militares, tan útil para subir más peldaños en el escalafón cortesano de Versalles. Eso a pesar de que, como nos recuerda Pujol, en esas fechas, en el año 1691, otra de las interminables guerras de Luis XIV (la llamada de la Liga de Augsburgo) facilitaba bastante el abrirse camino en la Corte merced a la suerte y el valor puestos a disposición por cada joven aspirante en el campo de batalla<sup>98</sup>.

Para solventar este problema era preciso que el joven Louis de Rouvroy fuera presentado antes al rey. Algo a lo que los Saint-Simon se apresuraron. Tanto por despejar el camino de la carrera militar de Louis, como por el delicado estado de salud de su padre, que abría las puertas a las ambiciones de otros cortesanos —como el hermano de Madame de Maintenon— que ansiaban despojar a la familia de alguno de los feudos concedidos por la Corona. Como era el caso del de Blaya<sup>99</sup>.

Eso ocurrirá en extrañas circunstancias. O quizás no tan extrañas teniendo en cuenta que hablamos del Versalles de Luis XIV.

Nos cuenta Pujol que el futuro duque y embajador en Madrid es alentado en el verano de ese año de 1691 a acercarse al, hasta ese momento, todopoderoso ministro de la Guerra de Luis XIV. Esto es: François Michel Le Tellier de Louvois<sup>100</sup>.

Justo en esos momentos en los que el joven Saint-Simon adula al ministro Louvois, éste morirá. Y lo hará justo antes de caer en desgracia. Dicen

---

97. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 39.

98. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 39.

99. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 39.

100. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 40.



que por el desagrado que producía a la mujer de Luis XIV, Madame de Maintenon, desaconsejada al rey como esposa por este ministro. Algo que habría desencadenado el envenenamiento de Louvois. Una sospecha que el futuro duque y embajador en la España de Felipe V, barajará en su imaginación de adolescente que trata de sobrevivir en una corte de tan delicadas circunstancias...<sup>101</sup>.

En cualquier caso, al margen de estas lucubraciones sobre un posible envenenamiento de Louvois —procedimiento letal nada raro en el Versalles de la época— Pujol nos dice que el joven Saint-Simon finalmente logrará que el rey se fije en él y le dé un destino que le abrirá las puertas de la carrera militar y, por ende, cortesana. El encuentro será de la mano de su padre, que lo presentará al Rey Sol a las 12 y media del 28 de octubre de 1691, cuando el monarca salía de su sala de Consejo<sup>102</sup>.

Según nos dice Carlos Pujol, Luis XIV encontrará al futuro embajador extraordinario de su heredero Luis XV de corta estatura —lo cual es de destacar teniendo en cuenta que el propio rey no era un hombre precisamente alto— y de aire delicado. Sin embargo, eso no mermará su confianza

---

101. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 40. Sobre la controvertida relación entre Luis XIV y Louvois, véase Jean-Philippe CÉNAT: *Louvois. Le double de Louis XIV*. Tallandier. Paris 2015.

102. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 40. Sobre la cuestión de los venenos y el envenenamiento como arma política en la Francia de Luis XIV, véase Arlette LEBIGRE: *1679-1682, L’Affaire des Poisons*. Éditions Complexe. Bruxelles, 2006. En esta obra la autora, profesora de Historia del Derecho, examinaba la cuestión del célebre intento de envenenamiento del rey en esas fechas, pero contextualizando el episodio en una Francia donde ese tipo de procedimientos criminales estarán a la orden del día Sobre la sumaria justicia que el rey ejerce en casos como estos, puede resultar de interés Michel VERGÉ-FRANCESCHI: *Le masque de fer*. Fayard. Paris, 2009, especialmente pp. 253-255. En esta voluminosa monografía el autor considera los mecanismos de una Justicia real que elimina expeditivamente toda amenaza para el soberano por medio de métodos que hoy día consideraríamos de dudosa legalidad. Como se supone ocurrió en el misterioso caso del hombre de la máscara de hierro, encerrado por orden directa del rey sin que se supieran con exactitud los motivos, salvo que el prisionero suponía una grave amenaza para la corona francesa... Una que, precisamente, Louvois estará encargado de contrarrestar, despachando órdenes para conducir, vigilar y mantener vivo, pero completamente aislado, a ese prisionero de estado. Tanto un trabajo como otro pueden así ayudarnos a situar en un contexto más exacto las sospechas del joven Saint-Simon acerca de lo que realmente pudo ocurrir con Louvois en esas fechas...

Para esclarecer el asunto, Luis XIV convocará una Cámara Ardiente (tribunal similar al de la Inquisición española). No será la última. El propio Saint-Simon tuvo que saber de la convocada en 1716 para otros asuntos... Sobre esta Cámara Ardiente de mediados del reinado de Luis XIV véase Roger GOULARD: “À propos de l’affaire des poisons. Le célèbre édit de 1682”. *Bulletin de la Société française d’histoire de la médecine*, 1914, pp. 260-268. El objetivo, como recuerda el autor de ese trabajo, era tanto suprimir los abundantes envenenamientos con fines sucesorios como la práctica de la Brujería amparada por esas maniobras...

en él como futuro oficial de sus ejércitos en casi constante tensión bélica. De hecho, desde ese encuentro le da su permiso para entrar en una de las compañías de mosqueteros, aunque sólo pare ejercer, durante un año, como soldado raso. Paso previo, en cualquier caso, para cualquier joven de su condición antes de poder acceder a un puesto como oficial de alto rango comprando una comisión<sup>103</sup>.

El aprendizaje militar del futuro embajador, será satisfactorio según todos los indicios. Así, tras acabar ese año de aprendizaje como mosquetero raso, es destinado ya al frente.

En el sitio de Namur se distinguirá de manera notable, al cargar en su caballo unos sacos que la Guardia Real se había negado a llevar por considerar indigno de su rango tal cometido. Con ese gesto bizarro Saint-Simon conseguirá que el monarca se fije en él, ganando así mucho terreno a otros jóvenes nobles aspirantes a prosperar en esa carrera militar<sup>104</sup>.

Así las cosas, tras la toma de Namur, cuando el Ejército, y la Corte en campaña se retirarán de nuevo hacia Francia, a los cuarteles de invierno, el rey promete que el joven mosquetero Saint-Simon pronto obtendrá el mando de toda una compañía de Caballería. Esa es la palabra de rey que Luis XIV da al duque Claude de Saint-Simon, padre del interesado...<sup>105</sup>.

Durante ese compás de espera, el joven Saint-Simon tomará contacto, acaso por primera vez, con personalidades que serán capitales en el destino de la España dieciochesca, especialmente en el cambio de manos del trono de la dinastía Habsburgo a la dinastía Borbón tras la muerte sin herederos de Carlos II.

En efecto, Pujol nos dice que el futuro embajador ante Felipe V frecuentará en ese invierno de 1692-1693 la casa de la señora de Bracciano, la que más adelante se convertirá en la princesa de los Ursinos<sup>106</sup>.

Una mujer de considerable influencia, efectivamente, en el asentamiento de la nueva dinastía. Designada como agente por Luis XIV para

103. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 42.

104. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 42. Existe una completa relación de los hechos de este asedio en Denis THIERRY: *Relation de ce qui s'est passé au siège de Namur*. Paris, 1692. Sobre la deriva bélica durante el reinado de Luis XIV que el joven Saint-Simon se encuentra en un estado ya maduro, concitando en su contra prácticamente una alianza general de los restantes reinos europeos, puede ser de interés Charles-Edouard LEVILLAIN: *Vaincre Louis XIV. Angleterre-Hollande-France: Histoire d'une relation triangulaire*, 1665-1688. Champ Vallon. Seyssel, 2010, si bien este trabajo se centra en la confrontación sucesiva de Luis XIV con Holanda primero y Gran Bretaña después.

105. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 42-43.

106. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 43.

tutelar al joven Felipe V, asegurar la influencia de la corte francesa en España y, en definitiva, cuando la Guerra de Sucesión estalla, sostenedora de ésta, hasta el punto de influir en las decisiones del joven rey de no dar por perdida esa partida e influir en las decisiones tomadas en los tratados de Utrecht y Rastatt<sup>107</sup>.

Apenas llega la primavera del año 1693, el Rey Sol hará honor a su palabra y nombrará al joven Saint-Simon, en efecto, capitán de una compañía de Caballería. Concretamente una del regimiento Royal-Roussillon. Uno de los que años después, en 1719, será lanzado sobre la frontera vasca para invadir el territorio guipuzcoano, desencadenando el acontecimiento que el propio Saint-Simon deberá restañar diplomáticamente, como embajador francés ante la corte de Felipe V<sup>108</sup>.

Es justo a partir de ese mismo momento en el que Louis de Rouvroy se convertirá en duque de Saint-Simon. En efecto, su padre, el duque Claude, considera que desde que recibe ese nombramiento como oficial del Royal-Roussillon, ya se le debe considerar como un adulto emancipado. Para ello le hará donación inter vivos de todos sus bienes. Algo que venía verdaderamente bien al joven capitán ya que, según los usos y costumbres militares de la época, debía equipar personalmente a los hombres de su compañía. Algo que no era precisamente barato. Especialmente en unidades de Caballería como la suya. Justo después de esa emancipación legal que tiene lugar el

---

107. Sobre la princesa, naturalmente, como personaje rodeado de cierta aureola novelesca, existe una extensa bibliografía, aparte de numerosas novelas en las que su frenética actividad aparece como eje de esas narrativas. Para un abordaje más ponderado de esta relevante figura histórica, véase, por ejemplo, María Luz GONZÁLEZ MEZQUITA: "La princesa de los Ursinos: Poder y privanza en la corte española a comienzos del siglo XVIII". La aljaba, vol. 13, nº 13, enero-diciembre 2009, recurso online <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-princesa-de-los-ursinos-poder-y-privanza-en-la-corte-espanola-a-comienzos-del-siglo-xviii-888721>. Los "Cahiers Saint-Simon", dedicados desde 1973 a publicar toda clase de estudios sobre Louis de Rouvroy y su obra, ofrecen, desde su segundo número, un interesante retrato de la estrecha relación entre el joven duque y la intrigante y poderosa princesa con la que como vemos, le une una estrecha relación desde sus años iniciales en la carrera cortesana. Véase Marianne CERMAKIAN: "Le dessous des cartes: Saint-Simon et la princesse des Ursins". Cahiers Saint-Simon, nº 2, 1974, pp. 31-40. En la misma publicación también puede resultar de interés Marcel LOYAU: "La princesse des Ursins et Madame de Maintenon, entre la gloire et le renoncement". Cahiers Saint-Simon, nº 35, 2007, pp. 54-60. Sobre el paso de la princesa de los Ursinos y de numerosas tropas durante la Guerra de Sucesión por el territorio guipuzcoano, especialmente en Tolosa, véase LASA: *Tejiendo Historia (contribución a la pequeña Historia de Guipúzcoa)*, pp. 327-328.

108. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 43. Sobre la presencia del Royal-Roussillon en territorio guipuzcoano, durante la campaña de 1719, véase José Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS: *El asedio de San Sebastián (1719) por el duque de Berwick. Una guerra dentro de otra guerra*. Instituto dr. Camino de Historia Donostiarra-Fundación Kutxa. Donostia-San Sebastián, 2003, p. 35.

2 de mayo, el duque Claude morirá, dejando así a su hijo convertido ya, de manera fehaciente, en duque de Saint-Simon, cuando el rey le reconozca —de manera casi inmediata— como tal heredero y confirme todos sus títulos y señoríos<sup>109</sup>.

El nuevo duque servirá fielmente a su rey, pese a que, fiel también a las lealtades de su padre, no pierda una sola misa de aniversario por Luis XIII cada 14 de mayo, hasta el fin de sus días<sup>110</sup>.

En efecto, el 25 de julio el ya duque de Saint-Simon se incorpora a las operaciones de la Guerra de los Nueve Años que sigue su curso. En ese verano de 1693 combatirá en Lieja y en la batalla de Neerwinden<sup>111</sup>.

Participa así en una de las últimas grandes victorias de Luis XIV en la que, nos dice Pujol, mostrará un muy buen comportamiento bélico, desplegado, además, ante los ojos de su ayo. Aquel que, como recordaremos, le había inculcado la idea del servicio al rey como uno de sus principales objetivos en esta vida, y que estará ese día en el séquito que acompaña al recién estrenado duque de Saint-Simon y, de hecho, tan cerca de la acción que, como nos dice Carlos Pujol, el sufrido preceptor está a punto de perder la vida, junto con muchos de los integrantes del Royal-Roussillon que morirán ese día. Incluido el coronel que manda el regimiento<sup>112</sup>.

El relato de los acontecimientos que hace a partir de este punto Carlos Pujol es verdaderamente interesante para conocer al personaje histórico que, en el año 1721, pasa por tierras guipuzcoanas de camino a una embajada ante la corte de Felipe V que pesará, y mucho, en el resto de los acontecimientos históricos del siglo XVIII.

En efecto, cuando llega el otoño, tras la resonante victoria de Neerwinden, Saint-Simon y el resto del Ejército se retiran a sus cuarteles de invierno en París. Eso significa, una vez más, volver a la vida cortesana<sup>113</sup>.

---

109. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 43.

110. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 43.

111. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 43.

112. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 44. Sobre la batalla y las características del mando en el Ejército de Luis XIV que ejercen hijos de la nobleza como Louis de Rouvroy, véase Bertrand FONCK: *Le Maréchal de Luxembourg et le commandement des armées sous Louis XIV*. Champ Vallon, Ceyzérieu, 2014. Obra en la que, a través de la biografía del mariscal de Luxemburgo, primer comandante en jefe del joven duque de Saint-Simon se reconstruyen estas circunstancias que tanto afectarán a la biografía del futuro embajador francés ante la corte de Felipe V.

113. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 44.

En ese campo de batalla que es París, a veces peor —en cierto sentido— que el de Neerwinden, el joven duque se mostrará como un consumado cortesano.

Así, con apenas 20 años, se comporta en las calles de París y en los pasillos de Versalles como un auténtico veterano, curtido en las mil batallas oscuras que se libran en esos centros de poder.

Ateniéndose a la lógica propia de la época y de su estrato social, busca, en primer lugar, casarse para evitar que el linaje quede sin descendencia caso de que él caiga en el campo de batalla. Como bien temía su madre que hubiera ocurrido en Neerwinden<sup>114</sup>.

El planteamiento que hace de la cuestión Saint-Simon es casi de corte militar, como quien asedia una plaza fuerte de alto valor estratégico. Como lo serán, para su rey, antes de la misión diplomática de Louis de Rouvroy en 1722, las de Fuenterrabía o San Sebastián en 1719.

En este caso la fortaleza a asediar y rendir, es una buena familia con la que emparentar. Es decir, una de un linaje similar —aunque preferiblemente no superior— al suyo. La elegida será la familia del duque de Beauvillier<sup>115</sup>.

Como nos señala Pujol aquí el joven duque actúa sin contemplaciones, como hubiera actuado, de hecho, en uno de los asedios de la Guerra de los Nueve Años. No corteja a ninguna de las tres hijas de Beauvillier. Por el contrario, habla directamente con él y le expone sinceramente que cualquiera de ellas le parecerá bien, que a él, al joven duque de Saint-Simon, nacido Louis de Rouvroy, lo único que le importa es casarse con el ducado de Beauvillier. Sea como sea<sup>116</sup>.

Las cortesías evasivas del titular de ese otro ducado —la mayor de las hijas acaso desea hacerse monja, la segunda es demasiado contrahecha, la más pequeña podría plantear un conflicto de intereses por su dote— harán que Saint-Simon decida retirarse, dando por perdida esa batalla. Aunque no la guerra y no sin lanzar antes andanadas verdaderamente audaces contra los pretextos de Beauvillier. Por ejemplo, diciendo que la hija mayor del duque podría sentirse como en un convento viviendo con el joven duque, tras haber cumplido, eso sí, con la obligación de dar un heredero a los Saint-Simon<sup>117</sup>.

El segundo intento del joven Louis de Rouvroy tendrá más éxito, consiguiendo casarse con la hija del duque de Lorges, en un matrimonio

---

114. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 44.

115. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 45.

116. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 45.

117. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 45.

planteado, poco más o menos, en los mismos términos que se habían propuesto a los Beauvillier... El objetivo, como señalan el mismo Pujol y otros especialistas en la sociedad barroca, es, para Saint-Simon, obtener, aparte de esa esposa que perpetúe el linaje que podría extinguirse en él —en plena juventud, por un azar de la guerra— una red de apoyo familiar. Saint-Simon lo reconocerá así sin ambages: la alianza con el ducado de Lorges lo refuerza, le dota de apoyos...<sup>118</sup>.

Bien necesarios por otra parte, ya que en esas mismas fechas el joven duque se ve obligado a librar otra importante batalla. En este caso para que ese mismo linaje no descienda en la escala social a cuenta de las ambiciones desatadas por otros cortesanos.

Algunos de ellos tan poderosos como su propio comandante en jefe durante la Batalla de Neerwinden, el mariscal de Luxemburgo.

La guerra intestina que se declara durante ese invierno de 1693-1694 en París y Versalles en torno a esta cuestión ilustra bastante bien —casi tanto como la pensada estrategia matrimonial de Louis de Rouvroy— sobre qué clase de persona es la que en el año 1722, tras un viaje algo accidentado por tierras guipuzcoanas del que nos ocuparemos más adelante, estaba entre Madrid y Lerma encargado de la delicada misión diplomática de conseguir que las dos ramas de la dinastía Borbón volvieran a unir sus fuerzas.

En efecto, en el invierno de 1693-1694 el joven duque debe de enfrentarse a una de las mayores intrigas cortesanas del Versalles de Luis XIV: el mariscal de Luxemburgo, así como los príncipes legitimados —es decir, los numerosos hijos bastardos del Rey Sol— desean que la lista de precedencias en la corte francesa se altere, pasando a ocupar puestos que antes correspondían a la más rancia nobleza francesa. Es decir, a los pares, a familias como la de los Saint-Simon.

El joven duque, como nos dice Carlos Pujol, será de los más combativos en esta cuestión que se desarrolla de acuerdo a la siniestra cortesía versallesca. Esa es la que Louis de Rouvroy pedirá amablemente permiso a su antiguo comandante en jefe, el mariscal de Luxemburgo, para oponerse públicamente a esas pretensiones de adelantar en la lista de precedencias y honores de la corte y, al mismo tiempo, lo combate encarnizadamente. Tanto que, como ocurre en el caso del joven duque, la muerte del mariscal de Luxemburgo en 1695 le llenará de una alegría que no se recatará nada en ocultar. Pues esa muerte supone el triunfo (al menos parcial) de su causa. Es

---

118. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 45. El caso de Saint-Simon se ha vuelto verdaderamente paradigmático, como ejemplo de la manera de hacer las cosas a ese respecto en su rango social y época. Véase al respecto André BURGIERE-François LEBRUN: *La Famille en Occident du XVIIe a XVIIIe siècle*. Éditions Complexe. Bruxelles, 2005, pp. 88-89.

decir, la de que familias como la de Saint-Simon quedasen en el inveterado lugar de honor que les había correspondido hasta que arribistas —desde su punto de vista— como el mariscal o los príncipes legitimados (alguno de los cuales, por cierto, jugará un gran papel en la campaña guipuzcoana de 1719) habían tratado de demoler tal orden de cosas...<sup>119</sup>.

Se trata de una cuestión verdaderamente importante en la época y, especialmente, para el joven duque de Saint-Simon que, curiosamente, comparará con el propio duque de Berwick, enfrentado él también a un problema de precedencia, en tanto que par de Francia (aunque de origen ilegítimo) en el año 1720, cuando dirige la ocupación del territorio guipuzcoano como comandante militar supremo de la provincia de Guyena. Mal paso en el que recibirá una desinteresada —y hasta cierto punto entusiasta— ayuda de un Louis de Rouvroy casi a punto de convertirse en embajador francés ante la corte de Felipe V<sup>120</sup>.

Nada de que extrañarse, por otra parte, pues, tal y como nos recuerda Carlos Pujol, Saint-Simon ha emparentado, por vía matrimonial, con los Estuardo de quienes desciende directamente James Fitz-James Stuart, el mariscal duque de Berwick. Lo cual, sin duda, le lleva a esa comunión política con Berwick en este asunto de los príncipes legitimados ya que la mujer con la que el joven Saint-Simon se casa, Marie-Gabrielle de Lorges, hija del mariscal duque de ese mismo apellido, está emparentada con los Orange que, a su vez, están emparentados con los Estuardo por el matrimonio entre

---

119. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 46-49. Sobre esta cuestión de la precedencia en la corte existe bibliografía específica, una vez más, en los “Cahiers Saint-Simon”. Véase Jean DUQUESNE: “Le point de vue de Saint-Simon sur les rangs”. *Cahiers Saint-Simon*, nº 27, 1999, pp. 71-78 y más recientemente Delphine DE GARIDEL: “Le Mémoire sur les Légitimés: Saint-Simon face à l’indicible”. *Cahiers Saint-Simon*, nº 32, 2004, pp. 43-58. Véase también Frédérique LEFERME-FALGUIÈRES: “Les rangs et préséances des princes étrangers et des princes légitimés”. *Cahiers Saint-Simon*, nº 39, 2011, pp. 73-88. El problema no era menor en otras partes de Europa, y a ese respecto el territorio guipuzcoano no será ninguna excepción, como lo muestra una vez más el exhaustivo florilegio de casos reunidos en su día por el padre Lasa. Véase LASA: *Tejiendo Historia (contribución a la pequeña Historia de Guipúzcoa)*, pp. 185-188, donde hace unas interesantes reflexiones acerca de la llamada Historia de las mentalidades y el valor para interpretar ésta que pueden dar casos como los que él trata que reflejan, perfectamente, lo extendido de estos usos también en la sociedad guipuzcoana, a mediados del siglo XVIII o a comienzos del XIX, con la misma intensidad, aunque a otro nivel, con la que Saint-Simon la afronta en el Versalles de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.

120. Sobre esa ayuda epistolar que Saint-Simon facilitará al duque de Berwick enmarcado en esa cuestión de precedencias en Burdeos, véase François FORMEL: “Le “greffier des Pairs” en alerte, d’après une lettre autographe inédite du duc de Saint-Simon”. *Cahiers Saint-Simon*, nº 1, 1973, pp. 41-51. El tema será tratado posteriormente en esta misma revista. Véase Yves COIRALT: “En passant par la Guyenne...: Saint-Simon et les maréchaux de Montrevel et de Berwick (fragments inédits)”. *Cahiers Saint-Simon*, 1974, pp. 51-58.

María Estuardo y Guillermo de Orange que, desde 1688, fueron reyes de Inglaterra, Escocia e Irlanda...<sup>121</sup>.

Este es, pues, el retrato del hombre que escribirá unas famosas “Memorias” capitales para entender la Europa y el Mundo del siglo XVIII cuando apenas cuenta 20 años de edad. Cuando es tan sólo un joven aristócrata que se abre camino en la corte de Luis XIV hasta llegar a ser el embajador responsable de que las dos coronas borbónicas se reconcilien tras la Guerra de la Cuádruple Alianza y la subsiguiente invasión, derrota y ocupación militar del territorio guipuzcoano en el año 1719.

Pero, naturalmente, las cosas no se detienen ahí, en ese momento álgido de los comienzos de su larga carrera en el intenso invierno del año 1694.

La primavera de 1695 es, de hecho, un punto de inflexión en la carrera política del futuro embajador de Luis XV ante su tío Felipe V.

En efecto, el 6 de abril de ese año, Saint-Simon consuma su boda con la hija del duque de Lorges tras obtener el permiso preceptivo del rey. Se trata de una unión que, en lo personal, y en contra de lo que se podría pensar desde nuestro punto de vista actual —más romántico— le hará muy feliz. Por la discreción y sensatez de su esposa que, como nos señala Pujol, el joven duque no se olvidará, galantemente, de recordar en sus “Memorias”<sup>122</sup>.

Se trata, también, sin embargo de esto, de la unión de conveniencia que se esperaba de todo joven de la alta nobleza europea de la época. Más, como en el caso de Saint-Simon, si se trataba de un par del rey. La familia de la novia, como ya se ha señalado, tiene un rango notable. Aunque no el de par de Francia, como ocurre con los Saint-Simon. Y, por otra parte, cuenta con notables cantidades de dinero nada desdeñables, a pesar de tener un origen ciertamente plebeyo debidas por esa familia a sus lazos con un hombre del que se rumorea que fue tiempo atrás —antes de convertirse en un prospero negociante— un simple lacayo. Condición que no le impide casar a su hija con el mismísimo mariscal duque de Lorges<sup>123</sup>.

Y eso pese a la diferencia de abolengo y de edad del viejo duque con respecto a la joven novia. De esa unión nace la mujer de Louis de Rouvroy, que casa finalmente con él en abril de 1695 y, pese a ese sombrío origen por parte de madre, le entrega una dote —de medio millón de libras— a la que el joven Saint-Simon, después de todo, no hará ascos pues, como nos señala Carlos Pujol, ayuda a pagar la deudas que su padre, el difunto duque Claude,

---

121. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 50.

122. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 51-52.

123. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 50.



había contraído en los últimos años para mantener el tren de vida lujoso adecuado a su rango de duque y par de Francia<sup>124</sup>.

Con ese considerable colchón financiero en su poder, más la influencia de su noble suegro, Lorges, el joven duque de Saint-Simon continuará alternando, entre ese año de 1695 y 1702, el servicio al rey en el Ejército con su carrera de cortesano que, en definitiva, será lo que lo traiga a él, y a su séquito, a tierras guipuzcoanas en el año 1721. Cuestión que, como veremos en otro apartado de este trabajo, quizás no hemos considerado en todos sus detalles y a la luz de lo que nos pueden decir ciertos documentos conservados en el Archivo General guipuzcoano sobre esa embajada de 1722.

Saint-Simon, de hecho, conseguirá así ser admitido al círculo de confianza del Rey Sol, que le autoriza a acudir a los pabellones de Marly donde, como nos cuenta Carlos Pujol, sólo tienen acceso aquellos que el rey considera más dignos de su confianza<sup>125</sup>.

Desde la Corte, retirado a ella tras la firma de la Paz de Ryswick en 1697, el joven Saint-Simon será testigo directo del cambio de dinastía en España, tras la llegada, a principios de noviembre de 1700, de un correo procedente de Madrid que informaba que el rey de España, Carlos II de Habsburgo, había muerto sin descendencia y su testamento dictaba que Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, se convertiría en rey de España. Tal y como el propio Saint-Simon verá, oyendo las palabras que el Rey Sol dirige a su nieto diciéndole, el 16 de noviembre de 1700, “Sois el Rey de España”<sup>126</sup>.

Así, y con la presentación oficial ante la corte de Versalles del nuevo rey, Saint-Simon constata en persona el desarrollo de los acontecimientos que, veintidós años después, acaban con él convertido en la persona encargada de suturar la herida que se había abierto en ese prometedor negocio político que creaba una formidable confederación política y militar con los Borbones ocupando buena parte de la Europa continental. De España a Francia, pasando por el Sur de Italia<sup>127</sup>.

Asunto que, como el mismo Saint-Simon constataba en 1702, empezaba mal. Con una guerra en la que los partidarios de la casa de Habsburgo avanzaban en todos los frentes, haciendo retroceder a las, sin embargo,

---

124. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 51.

125. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 52-54 y 60.

126. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 60-61.

127. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 61.

acrecidas fuerzas de los Borbones ya asentados tanto en Francia como en España<sup>128</sup>.

En esas fechas también es testigo Saint-Simon de la supervivencia política de su viejo amigo, el futuro duque de Orleans y regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV, que queda a merced de la bondad de su tío, Luis XIV, tras la muerte por apoplejía de su padre el 8 de junio de 1701. Una ocasión que el Rey Sol no aprovechará sino para favorecer tanto a este huérfano desdichado —que también sabrá aprovechar bien esa generosidad— y la de la viuda de su malquerido hermano<sup>129</sup>.

Nos señala Pujol que, sin embargo, para ese año de 1702 en el que la corona francesa está en grave peligro —y con ella la española que ahora ciñe Felipe V— Saint-Simon decidirá retirarse del Ejército. En principio por haber sido preterido en el ascenso a general de brigada frente a otros nobles. En la práctica Pujol sospecha que porque no ve futuro alguno para él en continuar en la carrera militar<sup>130</sup>.

Lo cual, como bien señala Carlos Pujol, lo pone ante tres alternativas inequívocas al tomar esa grave decisión.

Por un lado, si un par y duque como él no hace la guerra, pasa a convertirse en una mera figura decorativa. Por otra parte, al concentrarse en la carrera cortesana debe afrontar que será para dedicarse a las intrigas cortesanas. La tercera alternativa sería dedicarse a sus entregadas labores intelectuales. Es decir, a la redacción de sus “Memorias”<sup>131</sup>.

Eso es precisamente, según Carlos Pujol, lo que determina la acción de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, desde ese momento. Por ello desafía la cólera del rey que se duele de perder otro oficial más y que así —durante un tiempo al menos— lo aparta de su círculo de confianza. Ese selecto grupo que tenía acceso a las fiestas de los pabellones de caza de Marly. Enfado real que, sin embargo, para Pujol, Saint-Simon acaso exagera, pues no tendrá mayores consecuencias para él que esa especie de reprimenda que Carlos Pujol, humorísticamente, compara con dejar a los niños rebeldes sin postre...<sup>132</sup>.

En definitiva, la decisión de Saint-Simon de pasar a ser un mero cortesano sin implicaciones en el Ejército, aun en esa hora de necesidad, se resolverá sin mayor problema que esa frialdad en el trato de Luis XIV hacia él.

---

128. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 64.

129. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 63-64.

130. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 65.

131. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 66.

132. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 66.

Una que ni siquiera afecta a la mujer de Saint-Simon que, por el contrario y acaso para subrayar más el castigo de Saint-Simon por parte del rey, *sí* es invitada a participar en las fiestas de la reina en el Trianón. Equivalentes al alto honor de ser invitado, por el rey, a Marly<sup>133</sup>.

Todo esto, sin embargo, es poco más que una tormenta en un vaso de agua. De hecho, a través de lo que Carlos Pujol va espigando de las “Memorias” del propio Saint-Simon y de otras fuentes de la época, queda claro que el rey siente por el joven duque una deferencia que a veces incluso parece el amor que un padre siente por su hijo.

En efecto, a lo largo de los años en los que se está desarrollando una poco halagüeña guerra para Francia —y para Luis XIV— como lo es la de sucesión española, los desencuentros entre el rey y ese joven cortesano que ha abandonado en un momento tan crítico el servicio de las armas, se multiplican. Siempre por la misma razón. A saber: una de las grandes obsesiones de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon. Es decir, la de las precedencias a las que cree tener derecho sobre los príncipes bastardos y sobre los que pueden considerarse como extranjeros. Caso de los de la Casa de Lorena, todavía no anexionada formalmente a Francia pero en la órbita de Versalles, siempre muy cerca del rey en todo el complejo ceremonial cortesano<sup>134</sup>.

Ese tipo de desencuentros lleva al rey a situaciones verdaderamente irritantes que, además, tienen su punto de origen, claro, inequívoco, en un Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, que, por decirlo en lenguaje coloquial, no pasa ni una de esas variaciones en un ceremonial de corte en el que los pares, como él, tienen que tener la preeminencia sobre cualquier otro alto rango de la nobleza. Más si dicho rango está manchado por la traza de bastardía roja sobre los escudos que ostentan esos pretendientes a tales honores.

Así, entre finales del año 1703 y la primavera del año 1704, Saint-Simon se verá envuelto en disputas por estas cuestiones de rango que llevan al rey primero a amenazarle con mandarle tan lejos de la corte que tardará mucho tiempo en importunarle y a que tanto Saint-Simon (y los demás duques) como los príncipes de Lorena sean expulsados —todos ellos— de la ceremonia de la Adoración de la Cruz tras la Semana Santa de ese año. Todo porque los duques abominan de la idea de que los príncipes loreneses

---

133. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 66.

134. Para una visión de conjunto de ese conflicto, capital para España, y para el resto de Europa, empezando por Francia, a lo largo del siglo XVIII, véase Joaquim ALBAREDA SALVADÓ: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*. Crítica. Barcelona, 2010.

pretendan asistir a esa festividad religiosa, hasta entonces reservada a la familia real, a los bastardos reales y a los duques<sup>135</sup>.

Antes de que eso ocurra Louis de Rouvroy, tal y como relata en sus “Memorias”, se atreverá a pedir audiencia ante el rey y, según dice, en esa reunión privada llegará a levantarle la voz al soberano por estas cuestiones que, por supuesto, ya venían de antes<sup>136</sup>.

Sin embargo, pese a estos desencuentros —aunque incluso hayan sido menores de lo que Saint-Simon quiere contar en sus “Memorias” como insinúa Pujol— no empañarán su ascendiente en la Corte ni, de hecho, en el aprecio personal del rey.

Varios hechos confirman ese panorama que explica la posterior misión, en 1722, que lo llevará a ser el embajador francés en Madrid y restaurar desde allí la unión entre las dos coronas que tan determinante va a ser para la Historia del siglo XVIII europeo.

Tras el desencuentro de la primavera de 1704 por la cuestión de las precedencias, Saint-Simon sufrirá una infección en uno de sus brazos —producto de una de las numerosas sangrías aplicada como remedio habitual en la época— y el rey no dudará en enviarle a uno de sus mejores cirujanos —cuando el cuñado de Saint-Simon así se lo pida— para que le salve cuando menos el brazo y la vida, que parece estar en peligro también<sup>137</sup>.

En 1706, por otra parte, Luis XIV se fija en él para ocupar la embajada francesa en los Estados Pontificios, en Roma. Un puesto altamente honorífico, pero ante el que, el que será en 1722 embajador en Madrid, duda. Tanto porque le puede alejar de la corte de Versalles como porque, en la época, esos puestos no tienen remuneración económica. Todo lo contrario: pueden ser ruinosos para quien los ostenta, pues todos los cargos y fastos de la misión diplomática corren a su cuenta<sup>138</sup>.

Sin embargo, en esta misma época, probablemente sin saberlo, Saint-Simon ya está echando en esa corte de las postrimerías de Luis XIV, las bases para la que será su gran misión diplomática antes de retirarse de la vida pública y concentrarse en sus célebres “Memorias”.

En efecto, Pujol nos dice que Saint-Simon sigue manteniendo en esas fechas estrechas relaciones con la controvertida princesa de los Ursinos, verdadera dictadora de lo que ocurre en la corte de Madrid y, por esa misma

---

135. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 69.

136. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 69.

137. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 70.

138. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 73-74.

razón, retirada de ese punto caliente del mapa político y bélico del momento en el que la guerra no va precisamente bien para Versalles<sup>139</sup>.

Antes de que vuelva a España, tras disuadir a Luis XIV de lo erróneo de retirarla de Madrid, Saint-Simon ha afianzado con ella la relación ya existente desde finales del siglo XVII, cuando apenas es un recién llegado a la corte de París.

Otro tanto ocurre en esos momentos con quien va a ser el verdadero poder en la Francia del año 1719 a 1722. Es decir, su viejo amigo el duque de Orleans, el futuro regente tras la muerte de Luis XIV. A quien permanecerá fiel incluso cuando su imprudencia le lleve a perder el favor del rey por sus irreflexivas bromas en la Corte que desatan las iras de Madame de Maintenon y de la propia princesa de los Ursinos<sup>140</sup>.

Desde esa posición que podemos considerar como privilegiada, Louis de Rouvroy contempla unos acontecimientos que se precipitan a partir del año 1709 y que, como vamos a ver, son todo un aprendizaje —tan elemental como fundamental— para alguien que en 1722 tendrá que ser el embajador francés antes la corte española.

En efecto, 1709 es el punto más bajo de la Guerra de Sucesión para la corte de Versalles. Las cosas no van bien en el campo de batalla. Y tampoco en retaguardia, donde un clima implacable aumenta, por doquier, el hambre y toda clase de necesidades de una población ya extenuada, hastiada de un largo ciclo de guerras. Hasta el inaudito punto de volverse contra el propio rey, aunque sea de manera anónima, rompiendo así la vieja norma de todo motín o rebelión antiguorregimental, donde, siempre, el problema no era el rey sino el mal gobierno, los malos ministros...

Así es, Carlos Pujol indica que en ese negro invierno de 1709 comienzan a aparecer panfletos y anónimos en Francia que se vuelven contra el propio Luis XIV. Algo un tanto injusto, pues el propio monarca sufre las consecuencias de esa necesaria afición a la guerra (la que tanto lamentará en su lecho de muerte) obligado a fundir su propia vajilla de metal precioso para subvenir a una Hacienda exhausta. Un sacrificio que se exige también a duques como Saint-Simon que, como nos dice Pujol, la cumplirá un tanto a regañadientes y sólo a medias<sup>141</sup>.

---

139. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 71-72.

140. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 67 y 77.

141. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 79-80. Sobre ese duro año de 1709 y las circunstancias míseras en las que desemboca el reinado de Luis XIV, véase, por ejemplo, Michel LACHIVER: *Les années de misère. La famine au temps du Grand Roi*. Fayard. Paris, 1991, que hace un estudio a fondo y en base a fuentes documentales primarias de esas duras circunstancias materiales en las que acaba ese reinado tan deslumbrante en otros aspectos.

Es también en esos duros tiempos, en los que Louis de Rouvroy sabrá sobrevivir, cuando queda perfectamente enterado de que el futuro regente de Francia, el duque de Orleans, su amigo desde los tiempos de la adolescencia, sigue caído en desgracia por su imprudente sentido del humor —recordemos como concita las iras tanto de Madame de Maintenon como de la princesa de los Ursinos— y, además, por su afición a la alquimia y las artes ocultas<sup>142</sup>.

Poco apreciadas por un rey que ha estado a punto de ser víctima de las mismas —a cuenta del llamado “asunto de los venenos”— unas décadas atrás. Sombras de sospecha que caen sobre Felipe de Orleans, al que en ese año terrible de 1709 se le acusa de haber querido deshacerse de su esposa por medio de esas artes. Cuestión que se complica al descubrirse una conspiración más cierta: aquella en la que el futuro regente de Francia se ofrecía, por medio de diversas intrigas, como rey de España en caso de que Felipe V perdiera la guerra...<sup>143</sup>.

En ese ambiente cortesano tan revuelto, en momentos en los que parece que las fuerzas aliadas podrían llegar hasta las puertas de Versalles, Saint-Simon seguirá poniendo a prueba la paciencia del Rey Sol y, con esto, sus posibilidades de prosperar en la Corte y así ocupar el puesto que finalmente ocupará en el último, pero definitivo, acto de la Guerra de la Cuádruple Alianza<sup>144</sup>.

A saber: ser destinado como embajador a Madrid en 1721 para ejercer allí unas funciones similares a las que ejerce en estas mismas fechas —el año fatídico de 1709, del Gran Invierno, de la derrota de Malplaquet...— su gran amiga, la princesa de los Ursinos. Una misión que, como veremos más adelante, no estará exenta de desconocidos accidentes que tendrán como escenario precisamente el territorio guipuzcoano, hasta esa fecha manzana de la discordia en el enfado que se alza entre las dos ramas de la dinastía Borbón desde 1717<sup>145</sup>.

Por lo que nos indica Carlos Pujol queda claro que el año de 1710 es verdaderamente clave para que el duque de Saint-Simon adquiera ese relieve en la corte de Luis XIV y, posteriormente, durante la Regencia de su amigo Felipe de Orleans, que, en 1721, lo pondrá rumbo a la corte de Madrid

---

142. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 81.

143. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 81. Acerca de la cuestión de los envenenamientos en la Francia de Luis XIV, me remito a la bibliografía ya señalada en la nota 102 de este mismo trabajo.

144. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 81.

145. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 82.

pasando por unas agitadas jornadas en territorio guipuzcoano sobre las que entraremos en más detalles en otro apartado de este trabajo.

En efecto, en 1710 Saint-Simon conseguirá que su amigo, el futuro regente de Francia durante la minoría de edad de Luis XV (en definitiva, el hombre fuerte de Francia en los momentos en los que se desarrolla la Guerra de la Cuádruple Alianza) se separe de su amante, Madame de Argenton, que es la que ha causado su caída en desgracia ante Luis XIV<sup>146</sup>.

Tendrá éxito en esta misión. Y también en la de obtener de nuevo él mismo, Saint-Simon, el favor real. Lo conseguirá tras una larga entrevista con Luis XIV en la que éste le hará reproches por la acidez de sus comentarios sobre personas y cosas, pero, sin embargo, según opinión de testigos de los hechos, será un encuentro verdaderamente cordial; invitando el rey a Marly al duque de Saint-Simon y mirándolo con buenos ojos ya hasta los últimos días del reinado<sup>147</sup>.

Ese real aprecio parece multiplicarse, nos dice Carlos Pujol, cuando tanto el rey como Madame de Maintenon, llegan a saber que Felipe de Orleans ha vuelto, por así decir, al buen camino abandonando a su amante por consejo de Saint-Simon, que así demuestra seguir siendo el mismo incorregible entrometido de siempre pero, en esta ocasión, por una causa que tanto el rey como Madame de Maintenon consideran plenamente justificada y de su real agrado<sup>148</sup>.

Sin embargo, Pujol nos indica que, pese a ese restablecimiento del favor del rey, Saint-Simon continúa aferrándose a sus querellas de rango. De manera casi obsesiva, hasta los límites de la imprudencia,

Tan sólo hay una diferencia con respecto a episodios anteriores. En esta ocasión el duque callará. Al menos en público, aunque en privado no duda en despacharse a su gusto, hablando de “amargo despecho”, de que la corte de Luis el Grande se ha sumido en “la bajeza”. ¿El motivo de este desagrado tan agudo en el futuro embajador de Luis XV en Madrid? Algo que va a influir extraordinariamente en las circunstancias que Louis de Rouvroy va a tener que afrontar a partir de 1722, cuando su séquito cruce por tierras guipuzcoanas provocando un incidente cuando menos llamativo y del que nos ocuparemos más adelante<sup>149</sup>.

Se trata de un momento que podríamos considerar cargado de simbolismo a ese respecto. En efecto, Carlos Pujol nos indica que justo en 1710,

---

146. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 83.

147. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 84.

148. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 84.

149. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 84.

en el momento en el que nace el futuro Luis XV (que, en breve será nombrado delfín en lugar del Gran Delfín, el hijo de Luis XIV y María Teresa al que Saint-Simon desprecia y ve como un peligro para el estado) recibe, tras esa buena noticia, otra mucho menos agradable: Luis XIV ha decidido que las prerrogativas otorgadas a los príncipes bastardos legitimados deben pasar a sus herederos. Es lo que ocurre con el duque del Maine, que será nombrado también corregente del reino a la muerte de Luis XIV, junto con el duque de Orleans, gran amigo personal de Saint-Simon, como recordaremos<sup>150</sup>.

Más adelante, cuando muera Luis XIV, Orleans, precisamente, será quien consiga que el bastardo del que tanto abominan rancios nobles como su amigo Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon y futuro embajador de Luis XV en Madrid, sea apartado de esa regencia, ostentando él sólo ese omnímodo poder sobre la Francia que en 1719 invadirá y ocupará, hasta casi 1722, todo el territorio guipuzcoano convirtiéndolo en una provincia francesa. Unos acontecimientos que habían sido desencadenados precisamente por el despecho del duque del Maine al ser apartado de la regencia. Eso lo llevará a organizar la conspiración llamada de Cellamare. La misma que servirá de pretexto para declarar la guerra a España que acabará en la subsiguiente invasión y ocupación en 1719 del territorio guipuzcoano...<sup>151</sup>.

Aun así, sin embargo, el duque, el par de Francia, sabrá contemporizar ante esos acontecimientos, callar ante esto... sellando así su futuro como embajador ante Felipe V en el año 1722, una vez que todas esas tormentas cortesanas hayan descargado y sus consecuencias finales queden convertidas en líneas y más líneas de las crónicas e Historias del reinado de Luis XV.

Algo que, sin duda, debió influir notablemente en que Saint-Simon acabase finalmente, en 1721, atravesando las fronteras guipuzcoanas como embajador de este joven rey.

Pero para esos acontecimientos aún faltan doce años y una guerra de por medio. Hasta entonces el duque continuará con una accidentada carrera de cortesano que parece capaz de sobrevivir a todo mientras sus "Memorias" se van elaborando en un Versalles en el que Luis XIV consume sus últimos días.

En él recibirá un estipendio de 20.000 libras anuales y un apartamento en el Palacio porque su mujer es nombrada dama de honor de la hija del

---

150. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 84.

151. Sobre la conspiración de Cellamare no existen demasiadas monografías actuales, abundando más las referencias genéricas incluidas en obras generales sobre la época de Luis XV. Véase Pierre LABRACHERIE-François MILLEPIERRES: *La conspiration de Cellamare. Quand la duchesse du Maine conspirait*. Del Duca. Paris, 1963.



duque de Orleans que, merced a ciertas maniobras del propio duque de Saint-Simon, ha acabado casándose con el duque de Berry, tercer nieto de Luis XIV. Un puesto que, como nos dice Carlos Pujol, la pareja no aprecia demasiado. Por las razones habituales en Louis de Rouvroy. Es decir: porque consideran que ese puesto no es lo bastante honorífico para un linaje como el suyo<sup>152</sup>.

Pero finalmente el nombramiento, las habitaciones en Versalles..., todo será aceptado y desde allí el duque de Saint-Simon continuará escribiendo y asistiendo a episodios que tontan su frágil paciencia en lo tocante a asuntos de precedencia y que, por otra parte, van a repercutir en su futura misión diplomática en Madrid.

Por ejemplo, uno de esos hechos del año 1710 de los que es testigo y cronista Saint-Simon, es el nombramiento como duque y par de Francia de James Fitz-James Stuart, el conocido desde ese momento como duque de Berwick, general en jefe de las tropas que atacarán, invadirán y, finalmente, ocuparán territorio guipuzcoano entre el verano de 1719 y el año 1722<sup>153</sup>.

Con esto un descendiente ilegítimo de un rey —ese es el caso de Berwick— accede al mismo rango y dignidad que el propio Saint-Simon. Algo que no parece hacerle ni la más mínima mella. No una, al menos, que Pujol considere digna de apuntar en su libro<sup>154</sup>.

De hecho, las relaciones entre los dos duques serán excelentes en todo momento, como han comprobado otros investigadores. Especialmente en el momento en el que Berwick ejerce como gobernador de Guyena, que en esa fecha gobierna también desde allí sobre el territorio guipuzcoano ocupado tras la invasión de 1719. Una situación que se mantiene hasta que el propio Saint-Simon es enviado a Madrid por esa misma ruta encargado de restañar las heridas causadas entre las dos ramas de la dinastía Borbón a causa de esa campaña desarrollada en esa provincia<sup>155</sup>.

Por lo demás, nos dice Pujol que Saint-Simon continúa, entre 1710 y 1711, observando los acontecimientos desde su atalaya versallesca. Por ejemplo, el casi inesperado vuelco en la suerte de las armas en España, que hace renacer la esperanza en la corte francesa, con victorias como las de Brihuega y Villaviciosa, lo cual, sumado al entusiasmo de los españoles

---

152. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 85-86.

153. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 86.

154. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 86.

155. Sobre esa buena relación entre Berwick y Saint-Simon véase la bibliografía señalada en la nota 120 de este mismo trabajo.

por la causa borbónica (uno que Saint-Simon generosamente no deja de plasmar en sus escritos) hacen que el declinante sol de Luis XIV vuelva a brillar en la hora que parecía más desesperada para sus apuestas políticas en España<sup>156</sup>.

Esa mejoría de los asuntos del estado, no implica necesariamente que las cosas vayan a mejor para Saint-Simon y su futura carrera en la Corte. Como nos indica Pujol, en 1710, el Gran Delfín, el hijo de María Teresa de Austria y Luis XIV, todavía vive. Eso no son buenas noticias para Louis de Rouvroy y la camarilla cortesana de la que se ha rodeado y que, como ya sabemos, tiene por objetivo primordial hacer que en Versalles todo siguiera igual. Es decir, que las prerrogativas y la preeminencia de las antiguas familias de duques y pares del reino estén por encima de cualquier otra advenediza, de nobleza dudosa o incluso de nobleza barrada con la traza roja de bastardía.

En esas intrigas continúa Saint-Simon cuando se inicia el año 1711. Tan sólo se ha vuelto un poco más prudente que en anteriores ocasiones, pues esta vez el que trata de arrebatar la precedencia a familias como la suya es el hijo de la esposa de Luis XIV. Tamaña ofensa a duques y pares, es respondida con nuevas intrigas que Saint-Simon ahora, y según confesión propia, prefiere dirigir —en sus propias palabras— desde detrás del tapiz, porque no quiere desafiar abiertamente, y de nuevo, la cólera de Luis XIV por estas cuestiones en las que el rey y el duque tienen un punto de vista diametralmente opuesto y contrario<sup>157</sup>.

Más allá de estas cuestiones, tan esenciales para Saint-Simon, las propias de su clase y su época, el duque vigila. Sobre todo que Luis XIV no vivirá mucho, pero eso no implicará, en esos momentos iniciales de 1711, que las cosas vayan a mejorar en estos aspectos que tanto le preocupan, con la muerte de Luis el Grande.

En efecto, quien, en principio, le iba a sustituir en esos momentos en el trono es Luis de Francia, conocido como el Gran Delfín. Un personaje al que Saint-Simon describe despiadadamente, señalando que es un delfín con nada menos que medio siglo de existencia a la espalda y que, entre otros defectos más o menos objetivos —se trata de un hombre obeso, que se entrega a los excesos de la mesa y la bebida sin tasa ni freno y carece de virtudes políticas— tiene otros más subjetivos como el de reunir en

---

156. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 86.

157. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 86.

torno a él otra camarilla de cortesanos que Saint-Simon sabe bien lo odian cordialmente<sup>158</sup>.

La muerte del Gran Delfín hace renacer en Saint-Simon no sólo la esperanza, sino las perspectivas de una gran carrera cortesana.

En efecto, Pujol nos dice que el siguiente en la línea sucesoria es el duque de Borgoña, padre del futuro Luis XV. Un hombre que comparte, siquiera parcialmente, los puntos de vista de Saint-Simon sobre las precedencias de los duques. Así, el de Borgoña prestará atento oído a todas las quejas que a ese respecto le quiere llevar el duque de Saint-Simon. La ilusión no tarda en arraigar en el pecho de Louis de Rouvroy. De hecho, se postula incluso para ser capitán de la guardia de Luis XIV. Su ascendencia con el nuevo delfín le granjea la admiración y, sobre todo, la adulación de la Corte que ve en él a un hombre fuerte del nuevo rey que, a no tardar mucho, deberá subir al trono tras la muerte de Luis XIV<sup>159</sup>.

Pero esa dicha ha de durar poco. En medio de una corte que recupera el pulso en el año 1712, cuando la guerra en España poco a poco va decantándose a favor de la causa de los Borbón (especialmente tras el ascenso al trono imperial del archiduque Carlos, que lo convierte en una amenaza para Inglaterra y Holanda aún peor que los Borbón), Saint-Simon vivirá el rápido desmoronamiento de las grandes esperanzas que le ha traído el nombramiento del duque de Borgoña como nuevo delfín de Francia. Primero morirá la mujer del de Borgoña. Se habla de envenenamiento, de una misteriosa tabaquera de España ofrecida a la duquesa que luego desaparecerá, cuando ésta empiece a mostrar síntomas graves que han pasado a la Historia como una feroz escarlatina que acaba en pocos días con ella y poco después con el duque de Borgoña, su marido, que no quiere separarse de su lecho de muerte hasta el final...<sup>160</sup>.

Esas circunstancias están a punto de truncar la carrera cortesana de Saint-Simon (y, de rechazo, con su presencia en ese drama histórico que se desarrollará en 1719-1722 en gran medida sobre territorio guipuzcoano).

---

158. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 87. Sobre la muerte del Gran Delfín, véase Marie-Paule DE WEERDT-PILOGE “‘La trompette forcée du désespoir’ ou la mort en comédie. La mort de Monseigneur dans les *Mémoires* de Saint-Simon”. Cahiers Saint-Simon, n° 36, 2008, pp. 12-19. Esta autora aborda en toda su barroca complejidad la actitud de Saint-Simon ante la muerte de ese gran rival y temible (al menos para él) heredero de Luis el Grande. Por un lado, Saint-Simon se expresa de manera alambicada, ambigua, sobre esa muerte, por otra le resulta difícil ocultar en sus diversas manifestaciones escritas el alivio y la alegría que le produce la muerte del Gran Delfín.

159. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 89-90.

160. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 91-92.

Eso, naturalmente, no llega a ocurrir. La duquesa consorte de Saint-Simon convencerá a su tozudo marido, Louis de Rouvroy, que anteponía las cuestiones de rango —ser el primero, como duque y par, en ciertas ceremonias, volver a ser tratado como “Monseigneur”...— de que no debe abandonar la corte tan sólo porque el que él creía iba a ser el gran valedor de esa causa —el nuevo delfín, el duque de Borgoña— ha fallecido<sup>161</sup>.

Carlos Pujol nos indica que, de hecho, el duque de Saint-Simon es verdaderamente afortunado a ese respecto. En medio de una sucesión de muertes casi consecutivas entre los príncipes herederos al ya casi extinto Luis XIV, Louis de Rouvroy, después de haber asimilado el consejo de su esposa de mantenerse en la Corte, pese a todo, teme en esos momentos que sea el rey quien, en definitiva, decida despacharlo de Versalles; desterrándolo si llega a descubrir entre los papeles del difunto duque de Borgoña los planes —un tanto atrevidos— que le había hecho llegar al difunto sobre restaurar el poder de los duques y pares frente a los príncipes legitimados<sup>162</sup>.

Algo que, desde luego, no le iba a favorecer en absoluto ante Luis XIV, autor precisamente de esa medida que ponía a los reales bastardos por delante, o cuando menos a la par, con duques como los Saint-Simon.

Trance del que, sin embargo, una vez más se libra el entrometido duque gracias a que Beauvillier —gran amigo suyo después de todo— persuade al rey de que nada hay de interés entre los papeles del duque de Borgoña. Tan persuasivo es Beauvillier, que Luis XIV le ordenará quemar inmediatamente y ante él esas resmas de papel en las que van incluidos los proyectos de Louis de Rouvroy<sup>163</sup>.

Pero aún queda un largo y arduo camino hasta que se afiance la situación que lleva al duque de Saint-Simon hasta la corte de Madrid en 1722.

En efecto, el que realmente va a ser su principal valedor, su amigo de la infancia, el duque de Orleans, es quien verdaderamente ha caído en desgracia en el año 1712. Tanto por su intemperancia e inmoralidad, que lo vuelven nuevamente indeseable a los ojos de Luis XIV, como porque se le acusa de haber sido quién ha provocado la muerte del nuevo delfín, de su mujer y de uno de sus hijos. La autopsia de los tres médicos que se encargan de los regios cuerpos se inclina por esa hipótesis. A partir de ahí la maledicencia contra el duque de Orleans corre como la pólvora. No sólo en la Corte. También en las calles e incluso en el extranjero. Se habla de la afición del duque de Orleans por las artes ocultas, de sus experimentos de Alquimia, de

---

161. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 89 y 92.

162. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 93.

163. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 93.

magia y asesinos, de su ambición por hacerse con el poder en Francia a la muerte de Luis XIV...<sup>164</sup>.

Saint-Simon, en un gesto que le honra, una vez más no abandona a su amigo en esta hora de necesidad para él que amenaza con barrerlo no ya de la Corte, sino del mundo de los vivos si el rey finalmente considera que es autor de otro caso de envenenamiento como el que él mismo sufrió años atrás<sup>165</sup>.

Y es así, sin moverse ni un ápice de tan curiosa posición, entre el desafío al rey por cuestiones que Louis de Rouvroy considera irrenunciables —como que los pares estén por encima de los bastardos legitimados— y apoyando a viejas amistades como el duque de Orleans o la también caída en desgracia princesa de los Ursinos (expulsada de España por la reina Isabel de Farnesio) es como el duque de Saint-Simon asiste a los últimos compases del reinado de Luis XIV que agonizará en el verano de 1715 ante sus propios ojos<sup>166</sup>.

Saint-Simon se muestra leal al duque de Orleans incluso cuando parece a punto de caer en desgracia, una vez más, ante el rey. Moribundo, pero que aún conserva suficiente fuerza como para despreciar a su sobrino diciendo de él que es “un fanfarrón de crímenes”. Dando a entender así que ni siquiera sirve para ser un verdadero malvado, mostrando tan sólo que parece a punto de autodestruirse con una vida llena de vicios y disolución que, en noviembre de 1714, parece a punto de acabar con él<sup>167</sup>.

Aun en circunstancias tan sensibles, Louis de Rouvroy sigue dando vueltas en torno a tan inestable amigo que, sin embargo, apunta a ser el verdadero poder de Francia en cuanto el rey muera. Cosa que todos, empezando por el mismo monarca, sospechan —en mayor o menor grado— sucederá sin demasiada tardanza.

En efecto, Pujol nos indica, a través de la lectura de la propia obra de Saint-Simon, cómo se acerca a Felipe de Orleans para proponerle ideas tan arriesgadas como convocar los Estados Generales (para causar buena impresión al público, a pesar de que carecen de poder efectivo desde 1614) o su habitual caballo de batalla. Es decir, dar más poder efectivo a la alta nobleza. Sobre todo, frente a los bastardos legitimados. Proyectos todos ellos que son oídos con bastante desgana por el futuro regente, que también tiene sus propias ideas más o menos descabelladas para cuando su tío

---

164. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 94.

165. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 94.

166. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 102-106.

167. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 101.

haya muerto y él sea el poder efectivo en Francia. Por ejemplo, demoler Versalles y llevar todos sus tesoros a Saint-Germain, lugar que a él, a Felipe de Orleans, le parece más salubre<sup>168</sup>.

Sin embargo, y de manera muy significativa, Saint-Simon no parece atreverse a formar parte del nuevo gobierno de Francia que ya se perfila en el horizonte bajo la égida de su amigo Felipe de Orleans.

En efecto, no quiere saber nada de ser parte de un Consejo de Finanzas para rehacer la maltrecha economía del reino, para la que sólo tiene como solución declarar la bancarrota. Tampoco quiere, cosa sorprendente en un futuro embajador, entrar en el Consejo de Asuntos Exteriores<sup>169</sup>.

Es así, en esa situación, como recibirá la noticia de la muerte de Luis XIV en 1715. Sabiendo también que una de las últimas disposiciones del monarca ha sido redactar un codicilo en el que quita toda autoridad efectiva a Felipe de Orleans...<sup>170</sup>.

Una situación que, como nos explica Pujol, Felipe de Orleans no tarda en revertir apenas el cadáver de su tío ha sido enterrado con no demasiada pompa ni esplendor.

En efecto, visto a la luz de los escritos de Saint-Simon, el duque de Orleans parece revestirse de una energía inusitada para zafarse de todos los límites a su autoridad como regente que Luis XIV había impuesto casi en su lecho de muerte<sup>171</sup>.

Así se deshará rápidamente del duque del Maine, anulando el codicilo de Luis XIV. Pero esa energía es pura apariencias. Para desesperación de Saint-Simon, su amigo sigue con sus costumbres disolutas y, sabiendo que su posición política es débil, reparte sus favores en demasiadas manos, fortaleciendo por igual a todos los partidos y no sólo al de aquellos que lo podrían apoyar de manera más o menos incondicional<sup>172</sup>.

De hecho, el regente instaura un gobierno en el que todo parece valer. Las buenas ideas como las malas —por ejemplo las de Saint-Simon de apartar a los ministros burgueses de los consejos, que se revelará catastrófica dada la ineficacia de los nobles para esas funciones— y en la que medran en

---

168. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 103-105.

169. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 104.

170. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 105-106.

171. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 107-108.

172. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 108-112.

la corte del regente personajes intrigantes y sinuosos, verdaderos granujas como la propia madre de Felipe de Orleans advierte sobre el abate Dubois<sup>173</sup>.

Saint-Simon es testigo, preocupado, desde luego, del auge de semejantes personas. De especial interés respecto al tema que nos ocupa en este trabajo son, aparte del intrigante Dubois, pieza clave en desarticular la conspiración de Cellamare que detona la guerra y con ella la campaña guipuzcoana de 1719, los agentes británicos Stair y Rémond, naturalmente muy bien apoyados por el propio Dubois<sup>174</sup>.

En ese punto Pujol deja bien clara con su atenta lectura de los textos de Saint-Simon en qué posición se encuentra Louis de Rouvroy ante la cadena de acontecimientos que, en unos años, lo conducirán hasta la frontera del Bidasoa y de allí hasta la corte de Madrid.

En efecto, el auge de personajes como Stair y Rémond en la corte del regente no es casual. Es parte del carácter peculiar que tendrá ese período de la Historia de Francia conocido, precisamente, como la Regencia y que, como acabamos de ver, con tanta minuciosidad describe el libro de Carlos Pujol merced a los escritos del duque de Saint-Simon.

La norma de la Regencia, o más bien del regente, será, como ya se ha dicho, apoyarse por medio de cadenas de favores en personas de lo más diverso. Stair y Rémond son parte de la misma. Y aunque parezca que no es más que una cesión más del descuidado y despreocupado regente, la manobra política en este caso —como en otros que hacen fuerte y eficaz a ese sistema en apariencia ineficiente y débil— tenía como fin ganarse el apoyo de Jorge I de Inglaterra<sup>175</sup>.

Y las razones no se ocultan a Saint-Simon y Pujol las explica de una manera meridianamente clara en su libro: si el regente necesita el apoyo del enemigo tradicional de Francia desde la Edad Media (con escasas excepciones) es porque tanto él, Felipe de Orleans, como el propio Jorge I pueden ser considerados como usurpadores si se aplica en estricto sentido la ley. El regente, con su habitual desenfado y cinismo llega a decir que “*los usurpadores que además eran vecinos debían apoyarse mutuamente contra todos*”<sup>176</sup>.

Esa frase resume perfectamente la libertad con la que los agentes de Jorge I actúan en la Francia del regente bajo la benevolente mirada del abate Dubois. Si el joven rey moría, el duque de Orleans sabía que tendría que

---

173. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 108.

174. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 112.

175. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 112.

176. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 112. La cursiva es mía.

disputarse el control de Francia con Felipe V, que reclamaría, de nuevo, sus derechos al trono francés, denunciando los tratados de Utrecht y Rastatt en los que había renunciado a tales prerrogativas. El único aliado, pues, en el que podía apoyarse Felipe de Orleans era Jorge I que, elevado al trono por las decisiones tomadas tras la revolución gloriosa de 1688, se encontraba en una situación legal cuando menos dudosa ante el pretendiente jacobita al trono inglés y escocés<sup>177</sup>.

Ante esa situación, Jorge I es, desde luego, el primer interesado en fortalecer a la regencia de Felipe de Orleans. Y éste el primer interesado, a su vez, en tranquilizar a su nuevo, e inopinado, aliado haciéndole notorias concesiones.

Por ejemplo, permitiendo que sus agentes traten al menos de dar caza y captura al pretendiente jacobita que, hasta ese momento, ha encontrado refugio en la corte francesa.

En efecto, Stair y Rémond tratan en noviembre de 1715 de secuestrar al pretendiente jacobita en un audaz golpe de mano que, como veremos más adelante, recuerda bastante al incidente en el que se verá envuelto en territorio guipuzcoano el séquito (o parte de él) de Saint-Simon ya devenido embajador ante la corte de Madrid<sup>178</sup>.

Stair y varios sicarios a su sueldo acecharán al pretendiente cuando viaja por territorio francés con el fin de pasar secretamente a Escocia para atizar allí el fuego de una nueva insurrección jacobita. El punto en el que se le pensaba capturar es la casa de postas de Nonancourt. No lo conseguirán gracias, precisamente, a la decidida actuación de la mujer al cargo de ella y a la que el propio Saint-Simon interrogará sobre tan curioso suceso (que tan similar es a lo que le ocurrirá a él años después en tierras guipuzcoanas) pues la casa de postas está muy cercana a sus dominios en La Ferté<sup>179</sup>.

Esa fallida aventura es el modo, en cualquier caso, con el que su gran amigo, el regente Felipe de Orleans, está demostrando a Jorge I que claramente está de su lado, tratando de contrarrestar la política agresiva

---

177. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 112. Sobre la llamada revolución gloriosa el texto fundamental continúa siendo George Macaulay TREVELYAN: *La revolución inglesa 1688-1689*. F.C.E. México D. F. 1996.

178. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 111.

179. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 111. Sobre esta insurrección jacobita de 1715, véase, para una visión general, y reciente, del levantamiento de esa fecha, Daniel SZECHI: *1715. The great jacobite rebellion*. Yale University Press. New Haven-London, 2006.

Resulta también de interés Michael HOOK-Walter ROSS: *The Forty-Five. The last jacobite rebellion*. The National Library of Scotland-HMSO. Edinburgh, 1995, que examina en perspectiva los distintos levantamientos desde 1715 hasta llegar al último, el del año 1745.



del cardenal Alberoni que atiza la guerra civil británica apoyando a los jacobitas<sup>180</sup>.

De ese modo, casi como si se tratase de una premonición sobre los acontecimientos que se van a desarrollar a partir de 1719, Saint-Simon es testigo, ya en 1715, de muchos de los hechos e inercias históricas que van a marcar su vida a partir de 1721, cuando sea nombrado embajador de Luis XV en España y se vea envuelto en incidentes diversos. Desde que su séquito comienza a atravesar territorio guipuzcoano. Como veremos en un apartado posterior de este trabajo...

Es así como sus “Memorias” recogen los años que restan hasta que es nombrado embajador. Saint-Simon, nos dice Pujol, no se moverá de donde siempre ha estado. Es decir, aferrado así a sus obsesiones personales —la cuestión del rango de los nobles originales como él ante los legitimados— asiste al desarrollo de los acontecimientos que jalonan esa Francia de la Regencia.

Verá con simpatía —como la mayoría de la corte del regente— al escocés Law, a pesar de que su sistema, más que dudoso, basado en el consabido truco piramidal, esté a punto de llevar a Francia a la bancarrota<sup>181</sup>.

Soportará estoicamente la vida disoluta y la debilidad —al menos aparente— de Felipe de Orleans, pero no dirá que no a los honores y dádivas que éste le hará. Incluso soportará convertirse en objeto de sus bromas —al menos en una ocasión— cuando le asegure que se ha cansado de su vida de crápula y está dispuesto a llevar una más morigerada. Un precio pequeño a pagar para alguien que, como el duque de Saint-Simon, es feliz recibiendo honores sin mayor retribución monetaria pero que lo convierten en uno de los cortesanos con acceso prácticamente ilimitado, a todas horas, a la persona del joven rey. A quien presentará a sus hijos, que convertirá en coroneles de dos regimientos de Caballería, pagando de su propio bolsillo ducal el coste. Tal y como sus padres habían hecho con él en su momento<sup>182</sup>.

Pero, tal y como subraya Pujol, lo que más llama la atención de Saint-Simon en esas fechas, las que van de 1716 a 1718, es la evolución de los acontecimientos que llevan al paulatino aislamiento internacional de España, a

---

180. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 112. Sobre la implicación de España en ese levantamiento jacobita de 1715 y hasta 1719, véase Lawrence BARTLAM SMITH: *Spain and Britain 1715-1719. The jacobite issue*. Garland Publishing. New York, 1987.

181. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 116-117. Sobre Law existen casi innumerables referencias en diversos estudios de Economía y de Historia de la Economía. Se puede encontrar, sin embargo, una biografía bastante razonada sobre él y su tiempo en Antoin E. MURPHY: *John Law Économiste et homme d'État*. P.I.E. Bruxelles, 2007.

182. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 118 y 121-123.

la creación de la Cuádruple Alianza y a la precipitación de la guerra, tras la conspiración de los duques del Maine con el embajador español príncipe de Cellamare que, finalmente, lo traerá a él como embajador a Madrid en 1722<sup>183</sup>.

Algo que no tiene nada de extraño teniendo en cuenta las conclusiones a las que llega Saint-Simon acerca de esa guerra. Se trata de una opinión tajante: por culpa de la debilidad del regente, y también de Felipe V, España y Francia han dividido sus fuerzas, especialmente las navales. Lo cual sólo ha ido en beneficio de Gran Bretaña. Una lamentable deuda histórica que Saint-Simon, con bastante acierto, ve prolongarse hasta la madurez del reinado de Luis XV. La culpa de tal error es la de haber permitido que dos individuos salidos de “la hez del pueblo” —esas son sus propias palabras, perfectamente lógicas con su manera de pensar descrita hasta aquí— hayan sido quienes han diseñado la política exterior de las dos coronas. Los dos individuos no son otros, por supuesto, que el cardenal Alberoni y el abate Dubois...<sup>184</sup>.

Así, disimulando sus verdaderos sentimientos —tal y como nos lo cuenta él mismo en sus “Memorias”— Saint-Simon verá pasar, en el verano de 1718, bastantes cadáveres de bastantes enemigos personales ante él.

En efecto, ese verano del año 1718 es el momento en el que consigue un raro ascendiente sobre el regente y logra que actúe con firmeza contra todo aquello que Saint-Simon, ya miembro del consejo de Regencia, considera como enemigo del estado francés. Al menos bajo la forma de monarquía absolutista que, desde luego, es aquella que el duque considera como apropiada.

En una sola sesión del consejo de Regencia, Saint-Simon, disimulando apenas una satisfacción y una alegría casi demenciales, ve como el duque del Maine —bastardo real— es barrido de toda autoridad en esa Francia en la que Luis XV es todavía un menor de edad. Igualmente ve cómo la odiosa burguesía atrincherada tras el Parlamento y sus togas de magistrados es también neutralizada<sup>185</sup>.

Es también testigo en 1718 de la reacción del duque de Maine, su gran rival, todavía más resentido por lo ocurrido en esa sesión del consejo de Regencia que lo defenestrará, aun contra la voluntad del testamento de Luis XIV. Es decir, la conspiración de Cellamare en la que Maine tratará de repartirse el control de Francia —al menos hasta la mayoría de edad de Luis XV— con Felipe V tras acabar —por los medios que sean precisos— con el regente Felipe de Orleans<sup>186</sup>.

---

183. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 121-123.

184. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 117-118 y 121-125.

185. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 125-129.

186. Sobre la conspiración y los manejos de Alberoni, etc. véase Consuelo MAQUEDA ABREU: *Alberoni: Entorno jurídico de un poder singular*. UNED. Madrid, 2010.

Carlos Pujol nos indica, siguiendo siempre las vastas “Memorias” de Saint-Simon, que el plan era más bien descabellado y difícil de poner en práctica, pero que fue astutamente utilizado por el abate Dubois para precipitar, en apenas unas semanas, la guerra contra España —y a favor de Gran Bretaña— entre diciembre de 1718 y enero de 1719<sup>187</sup>.

A ese respecto nos indica Pujol, el duque de Saint-Simon perderá, en gran parte, el ascendiente sobre el regente Felipe de Orleans que parecía haber adquirido tras los sucesos del verano de 1718. En efecto, las “Memorias” reconocen con verdadera sinceridad que Louis de Rouvroy apenas pudo enterarse de los escabrosos pormenores de la conspiración, pues toda la gestión del complot quedó en manos del ubicuo abate Dubois, que manejó el asunto a su antojo. Saint-Simon tampoco podrá evitar que el regente haga caso omiso de sus consejos para detener la declaración de la guerra contra España. Un enfrentamiento entre las dos ramas de la casa de Borbón que, como insistía una y otra vez Saint-Simon, sólo beneficiaría a Gran Bretaña...<sup>188</sup>.

Desde esa posición, a medio camino entre un poder casi absoluto y ese zarandeo bajo los planes y maquinaciones del verdadero hombre fuerte de la Regencia —esto es: el abate Dubois— Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, será igualmente testigo de las campañas del año 1719 en las que la frontera, tanto vasca como catalana, son atacadas<sup>189</sup>.

---

187. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 129-131.

188. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 129.

189. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 136-138. Los acontecimientos de 1719 en ambas fronteras no han obtenido mucho predicamento historiográfico. Tal y como señala uno de los pocos historiadores que ha dedicado algo de atención a los hechos, para Cataluña, la campaña de 1719, es una guerra olvidada. Véase, para el caso vasco, Sebastián INSAUSTI TREVIÑO (comp.): “El asedio de San Sebastián de 1719. Una fuente inédita del Dr. Camino”. BEHSS, nº 12, 1978, pp. 259-274, José Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS: *El asedio de San Sebastián (1719) por el duque de Berwick. Una guerra dentro de otra guerra*. Instituto dr. Camino de Historia Donostiarra-Fundación Kutxa. Donostia-San Sebastián, 2003 y Juan Carlos MORA AFÁN (ed.)-Larraitx ARRETXEIA-Carlos RILOVA JERICÓ: *Gerra ilustratua Hondarribian. Hiriaren setioa 1719an-La guerra ilustrada en Hondarribia. El asedio de la plaza en 1719*. Hondarribiko Udala. Hondarribia, 2005. También puede resultar de interés por su carácter comparativo, y pese a su breve extensión, Carlos RILOVA JERICÓ: “Guerra “a la ilustrada”, guerra revolucionaria. Un pequeño apunte comparativo entre los estragos causados en San Sebastián durante los asedios de 1719 y 1813. El caso del puente de Santa Catalina”. BEHSS, nº 46, 2013, pp. 559-573. Para el caso de Cataluña, véase Josep María TORRAS I RIBÉ: “Efectes sobre Catalunya de les guerres d’Itàlia (1717-1719)”. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, nº 52, 2009-2010, pp. 217-235 y Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ: “La Guerra olvidada de Cataluña. La cuádruple alianza frente al revisionismo de Utrecht (1719-1720)”, en Agustín GUIMERÁ-Victor PERALTA (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. (Madrid, 2-4 de junio de 2004)*. Fundación Española de Historia Moderna. Madrid, 2005. Vol. 2, pp. 21-40.

Así contempla los acontecimientos entre 1719 y 1721 el duque de Saint-Simon, alzado sobre un consejo de Regencia prácticamente inútil, en el que sólo él parece insistir en hacerse oír para, en definitiva, recibir tan sólo ofertas de cargos honoríficos por parte del duque de Orleans, pero que, sin embargo, igualmente rechaza. Aceptando tan sólo subir notablemente sus emolumentos por el cargo de gobernador de la plaza de Senlis hasta 12.000 libras anuales desde sus 1800 originales<sup>190</sup>.

Desde esa extraña posición será testigo de los éxitos militares de Berwick. Tanto en territorio guipuzcoano como catalán. Así como en la Corte, donde el mariscal duque introduce al barón de Montesquieu valiéndose tanto de la gloria militar conquistada, como de su presencia, hombro con hombro con Saint-Simon, en el consejo de Regencia. Eso a pesar de que Montesquieu acaba de poner en circulación las “Cartas persas” que la Regencia —especialmente el abate Dubois— consideran tan sediciosas como peligrosas<sup>191</sup>.

Igualmente verá Saint-Simon el colapso del Sistema de Law que causará la mayor conmoción social en una Francia que, sin embargo, merced a él (y a los éxitos diplomáticos y bélicos de la Cuádruple Alianza) se creía ya recuperada de todos sus problemas arrastrados desde los últimos años del reinado de Luis XIV. Tal y como nos señala Pujol, el duque de Saint-Simon, pese a considerar repelentes estas especulaciones, las sabrá interpretar con notable tino, casi al nivel de historiadores modernos como Pierre Chaunu...<sup>192</sup>.

Como vemos, es evidente, que, para 1721, la agudeza y la paciencia de Saint-Simon (sostenidas durante tantos años en la corte de Luis XIV primero y en la del regente después) hacen de él la persona más indicada para ese viaje a España, a través de la frontera del Bidasoa.

Algo de lo que nos ocuparemos finalmente con detalle en el siguiente punto de este mismo trabajo. Tanto siguiendo las observaciones de Carlos Pujol como lo que directamente decían, o callaban, las “Memorias” del duque de Saint-Simon sobre ese viaje. Uno que, sólo para empezar, dará lugar a un incidente en apariencia irrelevante pero que, insertado en la corriente general de la (como hemos ido viendo) sinuosa, cortesana y compleja vida del duque de Saint-Simon, puede (tal vez incluso debe) adquirir otro significado menos banal y anecdótico<sup>193</sup>.

---

190. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 136-138.

191. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 136 y 142.

192. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 139-141

193. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 158.

### 3. Las “Memorias” y el viaje a España

Si continuamos dejándonos guiar por Carlos Pujol en la lectura de las “Memorias” de Saint-Simon, nada descubriremos respecto a lo relacionado con el incidente que su séquito, o más bien uno de los miembros de ese séquito que tan caro le va a costar (nada menos que 840.000 libras entre noviembre de 1721 y abril de 1722) experimentará en el mes de enero de ese último año en ese territorio guipuzcoano que hasta hacía poco habían estado bajo ocupación militar francesa desde 1719.

En efecto, Pujol se centra, sobre todo, en la parte de las “Memorias” que describen un viaje que empieza a primeros de junio de 1721.

Sin embargo, la descripción de Pujol de esos hechos es detallista y, antes de entrar directamente en las “Memorias”, sin intermediarios, para cotejar si el duque se dio cuenta o no de lo ocurrido a su séquito en tierras guipuzcoanas en enero de 1722, no está de más que recojamos las siempre agudas observaciones de “Leer a Saint-Simon” que nos hace el profesor barcelonés.

Un primer detalle de interés mencionado por Carlos Pujol, es que Saint-Simon es uno de los primeros en ser informado en la corte del regente de que hay un proyecto de reconciliación de las dos coronas, la española y la francesa. Esto ocurre en el mes de junio de 1721 y Felipe de Orleans encarece a su gran amigo, el puntilloso y metomentodo duque de Saint-Simon que hemos ido describiendo en las páginas anteriores, que guarde el secreto de ese plan reducido a casar al adolescente Luis XV con una infanta española —que en esos momentos sólo tiene tres años— y al príncipe de Asturias con una de las hijas del propio regente...<sup>194</sup>.

Ese plan de reconciliación había partido de Dubois, que ya en esos momentos está a punto de alcanzar la cima de todas sus ambiciones al obtener, aparte de su más que notable ascendencia en la corte del regente, el capelo cardenalicio. Como no pierde ocasión de revelarlo en sus “Memorias” Saint-Simon, Cuya ojeriza frente a este advenedizo de rango social inferior al suyo no decrece<sup>195</sup>.

Y eso a pesar de que, como nos hace notar Carlos Pujol, Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, par de Francia y amigo personal del regente de Francia, cae en esos momentos en cuenta de que los sibilinos planes de Dubois vuelven a coincidir con los suyos, pues reviven la malograda, desde 1718, alianza entre las dos ramas de la dinastía Borbón<sup>196</sup>.

---

194. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 143.

195. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 143-144.

196. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 143.

Aun así, una vez más fiel a su carácter, Saint-Simon en lugar de entrar en cuestiones prácticas de gobierno respecto a ese importante asunto, se dedica inmediatamente a dar consejos a Felipe de Orleans sobre cómo educar a la infanta. Consejos que, como nos dice Pujol, son un engorro para el regente y entorpecen los planes de un hombre tan peligroso como el ya casi cardenal Dubois<sup>197</sup>.

Tras esto que, naturalmente, no es recibido con mucho entusiasmo por el regente, sin embargo, y, una vez más, fiel a su carácter, Saint-Simon se embarca en el proyecto tal y como está. No por medrar en la Corte, sino, una vez más, porque ve en esa oportunidad de actuar como embajador extraordinario en España con ocasión del intercambio de princesas, una gran ocasión para conseguir que su linaje se sitúe en lo más alto de la jerarquía palaciega francesa<sup>198</sup>.

El plan personal de Saint-Simon a ese respecto pasa por conseguir que, en compensación por esa labor de embajador extraordinario, acompañando hasta Madrid a la futura reina de España, se le otorgue a uno de sus hijos la dignidad de grande de España. Lo cual lo convierte automáticamente en par de Francia, de acuerdo a los acuerdos estipulados por Luis XIV una vez que Felipe V accede al trono de Madrid a partir de 1700...<sup>199</sup>.

Dicho y hecho, el regente le concede lo que pide que, para él, al fin y al cabo, es un favor que cuesta bien poco y concede así también la recomendación que Saint-Simon le pide para que Felipe V le otorgue ese real favor<sup>200</sup>.

Es así como el duque de Saint-Simon, en el verano de 1721, se convierte, extraoficialmente, en embajador extraordinario de la corte francesa en Madrid y como, de rechazo, se pone de camino hacia la frontera del Bidasoa en la que, en el invierno de 1722, tendrá lugar un curioso incidente que podemos considerar más o menos anecdótico en el marco de esta embajada más protocolaria que política.

El viaje como tal no comenzará hasta el 23 de octubre de 1721. Será una larga marcha ya que, hasta el 11 de noviembre, no llegará la cabeza del séquito a Bayona. Desde allí el duque saldrá por mar con dirección a la costa guipuzcoana, donde desembarca ese mismo día para hacer una primera etapa con rumbo a Azpeitia, con el fin de visitar el santuario de Loyola que en

---

197. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 143.

198. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 143.

199. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 143-144.

200. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 143.

esos momentos se está construyendo y Saint-Simon considera como uno de los más soberbios de Europa...<sup>201</sup>.

Comienza así un viaje que, siguiendo a Carlos Pujol, podemos considerar como carente de peso político específico, dado el poco rendimiento que el duque de Saint-Simon esperaba sacarle; limitándose a obtener el rango de grande de España y par de Francia para uno de sus hijos pero que, ciertamente, debemos considerar que implicaba también escenificar la reconciliación de dos coronas que así se iban a convertir en una poderosa potencia en la Europa del Siglo de las Luces.

Esa es, de hecho, una de las dos cosas más importantes a constatar a partir de la lectura que Carlos Pujol hace a partir de las “Memorias” de Saint-Simon.

Es decir, que Pujol, que escribe en un momento en el que la Nueva Historia no está aún bien asentada en España, parece no captar la cuestión del peso que tiene la llamada “Historia de las mentalidades” en todo este asunto, juzgando como demasiado baladí la preocupación de Saint-Simon por la cuestión de rango. Algo que, es cierto, pudo ser así incluso para los contemporáneos del propio Saint-Simon. Como el mismísimo Luis XIV que, como hemos visto hasta aquí —y precisamente gracias a la incisiva lectura de Pujol a partir de las “Memorias”— no duda en postergar el rango al capricho real o incluso a la eficacia de burgueses ennoblecidos pero imprescindibles para el funcionamiento de un estado cada vez más complejo y que no puede vivir tan sólo de protocolos que ascienden hasta la Edad Media. Tal y como parecía pensar el propio duque de Saint-Simon<sup>202</sup>.

Pero aun considerando la cuestión desde este ángulo, desde la propia opinión de contemporáneos de Saint-Simon, no hay duda, sin embargo, de que no podemos juzgar todo el asunto del viaje del duque a España en 1722, como una mera cuestión protocolaria y de medro palaciego, sin ninguna consecuencia práctica más allá de asegurar a los Saint-Simon su ascendiente en la corte francesa.

En efecto, la llamada Historia de las mentalidades se ha demostrado —más allá de simples querellas de escuela— como una herramienta eficaz para desentrañar el verdadero significado de muchos hechos que sería

---

201. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 146-147. Sobre ese proceso de construcción que el duque observa en plena marcha, véase, por ejemplo, José Ramón EGUILLOR: “Los maestros Ibero de Azpeitia en la construcción del santuario de Loyola”. BRSBAP, tomo 43, nº 1-4, 1987, pp. 281-297.

202. Sobre la problemática de la Nueva Historia me remito a lo señalado ya en las notas 1 a 8 de este mismo trabajo. Sobre las querellas por cuestión de rango me remito a la bibliografía específica recogida en la nota 119 de este trabajo.

erróneo interpretar desde una mentalidad como la nuestra, completamente pasada ya por el tamiz de 200 años de revolución burguesa<sup>203</sup>.

A ese respecto, aun aparentemente envuelto tan sólo en sueños de grandeza cortesanos, el viaje de Saint-Simon es también, definitivamente, el viaje de un emisario de la Regencia francesa que desea establecer —o mejor dicho: restablecer— una firme alianza con la corte de Madrid. Incluso si consideramos el torpedeo sistemático que el embajador francés titular en Madrid, Maulévrier, desata contra la embajada extraordinaria de Saint-Simon, que Pujol recuerda, sin falta, en las páginas de su libro<sup>204</sup>.

Las consecuencias de esa misión diplomática con Saint-Simon como jefe supremo, pronto quedarán a la vista, cuando las guerras de supremacía dieciochescas pongan en marcha —en diversas ocasiones— aquello que tanto se temía en el momento de dar por zanjada la Guerra de Sucesión en 1714.

Es decir, la formación de un combinado hispano-francés que pondrá en jaque finalmente incluso a Gran Bretaña, que pasa por salir de ese Siglo de las Luces como la gran potencia mundial.

De un modo u otro, eso es consecuencia directa de la misión de Saint-Simon. Estuviere o no entre la lista de prioridades de Louis de Rouvroy el día que se postula ante su gran amigo Felipe de Orleans como embajador para llevar a la princesa francesa a la corte de Madrid.

La segunda cosa que hay que constatar de la lectura de la obra de Carlos Pujol sobre esa parte de las “Memorias” de Saint-Simon, es que, en ese capítulo dedicado a la embajada extraordinaria ante la corte de Madrid, nada se dice de lo ocurrido en enero de 1722 en territorio guipuzcoano.

En efecto, Pujol disecciona las páginas de las “Memorias” relativas a la embajada para descubrir a un Saint-Simon que tiende a comportarse como la mayoría de los viajeros europeos por España, ansiosos de descubrir exóticas diferencias con respecto a Francia o a su país de origen. Buscando únicamente exagerados (y más bien pretendidos) choques culturales de un país que le hace oscilar entre la admiración —cuando es recibido en el Palacio Real por una multitud que lo aclama en medio de un espectáculo que considera majestuoso o al ver la Plaza Mayor de Madrid, más grandiosa que ninguna de París— y un cierto desdén por un país que echa de menos las corridas de toros prohibidas por Felipe V y sin duda está henchido de fanatismo porque tiene Inquisición. Organismo de control religioso-político que, al parecer, Saint-Simon considera con poderes e influencia muy por encima

---

203. Sobre esto véase Michel VOVELLE: *Ideología y mentalidades*. Barcelona, 1985.

204. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 146-147 y 149.



de la Cámara Ardiente francesa. La misma que cumplía funciones muy similares en su país en esos momentos...<sup>205</sup>.

Sin embargo, pese a ese detallismo, Pujol no se detiene en nada ni siquiera similar a lo que nos revela el documento del Archivo General guipuzcoano que vamos a examinar en profundidad en el siguiente apartado de este trabajo.

¿Es porque Saint-Simon nada dice de ese incidente? ¿O porque Pujol no lo considera relevante? Esa pregunta, naturalmente, sólo puede resolverse acudiendo a la fuente. Es decir, a las propias “Memorias” de Saint-Simon.

En cualquier caso, tanto sí, como vamos a ver directamente a través de esa fuente, el duque menciona, o no, el incidente ocurrido en enero de 1722 en la frontera guipuzcoana, ese hecho, como comprobaremos, no deja de ser relevante si lo consideramos a la luz de los que *sí* nos dicen las “Memorias”.

Es decir, por ejemplo si reparamos en el recelo constante de Saint-Simon respecto a que el ya cardenal Dubois hiciera lo imposible para convertir en un fracaso personal ese viaje a Madrid como embajador extraordinario de la Regencia; obligándole a quedarse en España una vez que haya entregado a la princesa remitida por el duque de Orleans...<sup>206</sup>.

La intervención directa del marqués de Grimaldo en ese incidente guipuzcoano que afecta al duque de Saint-Simon —en la persona de uno de los numerosos sirvientes de su largo y caro séquito— también da especial relieve al hecho de que el duque describiera el asunto —o no— en sus “Memorias”.

Así es, Pujol destaca especialmente las elogiosas palabras que Saint-Simon reserva para el ministro Grimaldo, que será uno de sus principales apoyos en la corte de Madrid, ayudándole a guiarse en ella, atemperando su carácter excesivamente quisquilloso y, en definitiva, actuando como el verdadero diplomático de esa misión. Algo que suscita en Saint-Simon sentimientos de amistad hacia el que, de hecho, es primer ministro español. Una que, por lo que respecta al autor de las “Memorias”, duró hasta que Grimaldo murió...<sup>207</sup>.

---

205. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 148-149. Sobre esto véase lo señalado en la nota 102 de este mismo trabajo.

206. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, pp. 143-144.

207. PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 148. Sobre la figura de Grimaldo, que sobrevivirá a la caída política de Alberoni, gracias a la cual regresa al poder como ese ministro casi omnipotente que describen las “Memorias”, véase Concepción DE CASTRO: *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*. Marcial Pons. Madrid, 2004.

Teniendo en cuenta todo esto, pasemos a considerar lo que puede decirnos, o no, el duque sobre ese incidente en los tomos correspondientes de sus largas “Memorias” (según la edición de Hachette del año 1873) que relatan los avatares del duque durante los años 1722 a 1723, para así comprobar la importancia que Saint-Simon dio a la desaparición, siquiera temporal, de ciertos papeles suyos dejados en manos de uno de sus criados que, mientras él ya estaba en la corte madrileña, todavía cruzaba la frontera guipuzcoana en pos de su amo.

La respuesta a esa pregunta es casi categórica, el tomo 18 de esa edición de Hachette que describe los sucesos del año 1722, en el que sucede el incidente guipuzcoano —aparte de la entrega de princesas y el sellado definitivo de la paz entre ambas coronas— nos dice que el duque de Saint-Simon no parece encontrar espacio alguno en esas páginas para dedicar a lo que sucederá a su criado una vez que cruce la frontera.

En el capítulo III de ese tomo 18, sí encontramos referencias al marqués de Grimaldo que, como veremos en el apartado siguiente de este mismo trabajo, va a jugar un importante papel en el esclarecimiento de los sucesos guipuzcoanos. Pero nada que lo relacione, por la parte que toca a Saint-Simon, con esos hechos<sup>208</sup>.

Los grandes personajes españoles, desde luego abundan en esa parte del relato de Saint-Simon. Es más, vemos, leyendo directamente la parte de las “Memorias” dedicada al invierno de 1722, que los pequeños roces por cuestiones de precedencia durante esta misión siguen ocupando una buena parte del tiempo del duque.

Así dedicará unas cuantas páginas de esas “Memorias” a describir la disputa del príncipe de Rohan con el marqués de Santa Cruz acerca de a quién correspondía el tratamiento de excelencia y excelentísimo en los momentos en los que se iba a proceder a la entrega de la infanta española en la frontera del Bidasoa, para intercambiarla por la princesa ofrecida por la corte francesa<sup>209</sup>.

Algo que da ocasión a Saint-Simon para despacharse a su gusto con la familia de los Rohan con la que, al parecer, ha tenido él mismo notables

---

208. Utilizo, como he señalado en el texto, la versión de la editorial Hachette para el año 1873, conservada en la biblioteca Koldo Mitxelena Kulturunea en formato de microficha bajo la signatura J. U. 2072. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*. Hachette. Paris, 1873, tomo 18, p. 161. Existe una traducción parcial al español. Véase María Ángeles PÉREZ SAMPER (ed.): *Saint-Simon en España. Memorias junio de 1721 - abril de 1722*. Universidad de Alicante. San Vicente del Raspeig, 2008.

209. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 239-241.

desencuentros cortesanos. Lo hará nada menos que a lo largo de cuatro páginas de esa edición de las “Memorias”<sup>210</sup>.

Saint-Simon es especialmente duro con el cardenal de Rohan, al que considera su enemigo personal en la corte francesa. Hasta el punto, dice, de regresar desde Roma a toda prisa a París al saber que Saint-Simon se encuentra en España. Algo que, en opinión del duque, sólo puede tener como fin, en sus propias palabras, ganarle a él por la mano...<sup>211</sup>.

Todo eso está ocurriendo, tal y como el mismo Saint-Simon nos va contando en esta parte de sus prolijas “Memorias”, a principios del ms de enero de 1722, cuando la infanta española se encuentra ya en tierras guipuzcoanas. Concretamente en “Oyarson”, que así transcribe Saint-Simon el nombre de la actual Oiartzun<sup>212</sup>.

Es también en ese momento, el 9 de enero de 1722, cuando la princesa francesa sale de la villa de San Juan de Luz hacia esa misma frontera para proceder al intercambio sobre las orillas del Bidasoa<sup>213</sup>.

Por tanto, ese hubiera sido un buen momento también para que Saint-Simon diera cuenta en las “Memorias” de cierto contratiempo experimentado por su largo —y caro— séquito mientras acompañaba a esa princesa a la frontera guipuzcoana en esos momentos. Algo que, como vamos a ver en el siguiente apartado de este trabajo, sí quedó recogido en documentos del Archivo General guipuzcoano<sup>214</sup>.

No deja pues de ser cuando menos curioso, y considerado todo desde esta altura, esa ausencia en las páginas de las “Memorias” del duque de toda referencia a la curiosa pérdida que sufrirá uno de sus criados pocos días después. Una que, tal vez, el duque, siempre tan preocupado por las intrigas cortesanas, como hemos visto hasta ahora, bien podía haber situado en el capítulo de las sordas conspiraciones urdidas en el París de la Regencia por manos tan poderosas —y tan en su contra— como las de los cardenales Dubois o Rohan...

Pero nada de eso parece a ir a ocurrir. Saint-Simon, mientras su séquito se va abriendo paso por tierras labortanas y guipuzcoanas en ese mes de enero de 1722, se limita a permanecer en el centro de la corte española trasladada a Lerma.

---

210. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 241-245.

211. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 245.

212. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 245.

213. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 245.

214. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 245.

Y lo que refleja de ese vuelo por las altas esferas de la corte que va a convertirse, de nuevo, en una de las principales potencias europeas del siglo XVIII combinada con la francesa, no puede ser más liviano, ajeno a cualquier conspiración en su contra.

Así Saint-Simon, cuando vuelve a traer a colación al cardenal de Rohan, no será para profundizar en alguna posible maquinación de éste en su contra, tal y como parece temer por lo dicho anteriormente en esta misma parte de las “Memorias”.

Todo lo contrario, lo único que dice del cardenal de Rohan es poco más que un malicioso chisme que, además, le contará el propio rey Felipe V en la intimidad, cuando sólo están en presencia, además del propio rey español, la reina Isabel de Farnesio y, claro está, el propio duque.

Tal y como dice Saint-Simon, a Felipe V le provoca verdadera hilaridad ese pequeño chisme sobre el cardenal de Rohan, pero la única condición que pone, tras obtener un cómplice —y también divertido— permiso de la reina, es que no cuente a nadie ese cotilleo sobre el cardenal. Algo a lo que, por supuesto, Saint-Simon accederá, conservando el secreto hasta el momento de plasmarlo en estas “Memorias”. Años después, como él mismo dice, de que el rey Felipe V haya muerto ya<sup>215</sup>.

La anécdota es verdaderamente maliciosa, pero, como vamos a ver, sin ningún efecto sobre nada que pudiera estar ocurriendo en esos momentos, en el mes de enero de 1722, que es el marco temporal en el que ocurren los acontecimientos que involucrarán al criado del duque de Saint-Simon, siempre tan receloso, en según qué ocasiones, de las intrigas palaciegas de gran calado.

En efecto, el rey le cuenta que el cardenal Borgia, llegado a Lerma para las ceremonias del casamiento del príncipe de Asturias con la hija del regente, le ha contado que, a pesar de que el cardenal de Rohan ha tratado de ocultarlo, corre por Roma la historia de que, pese a sus años y a sus maneras altivas y arrogantes, en la intimidad se hace bañar en leche para mantener, según se dice, la finura y belleza de su piel...<sup>216</sup>.

---

215. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 249. Sobre Felipe V la bibliografía es extensa, y, naturalmente, también sobre su controvertida relación con sus mujeres, en especial con Isabel de Farnesio que, una vez más, se trasluce en este fragmento de las “Memorias” de Saint-Simon. Sobre esta cuestión pueden consultarse, en español algunos títulos que tratan la cuestión de un modo verdaderamente explícito como Philippe ERLANGER: *Felipe V, esclavo de sus mujeres*. Ariel. Barcelona, 2003. Una visión más amplia en María de los Ángeles PÉREZ SAMPER: *Poder y seducción. Grandes damas de 1700*. Temas de Hoy. Madrid, 2003.

216. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 249.

A Felipe V. e igualmente a su mujer, esto les hace no poca gracia. Sin embargo, el mismo rey confiesa a Saint-Simon que en Roma ha causado tanto la hilaridad de muchos como la ira de los devotos, que encuentran escandaloso ese comportamiento en un príncipe de la Iglesia católica<sup>217</sup>.

Desde luego, Saint-Simon tampoco puede evitar reírse de esto, pero no va más allá en esa conversación, ni saca más conclusiones sobre el asunto. Salvo callar ante el rey y la reina lo que sabe del cardenal y su intrigante —en el mal sentido de la palabra— carácter. Nada apunta Saint-Simon, desde luego, a posibles maquinaciones en su contra por parte del cardenal en ese mes de enero de 1722 que, como veremos en el siguiente punto de este mismo trabajo, tan accidentado resultará para alguno de sus criados al que, al parecer, el duque había confiado la delicada misión de transportar algunos objetos personales de cierta importancia por un tramo del territorio guipuzcoano<sup>218</sup>.

Y la tónica no variará a lo largo de esa parte de las “Memorias” en las que debería haber tenido cabida, por lógica, lo ocurrido a ese criado en torno a la noche del 20 de enero de 1722.

Así es, el 29 de enero, nueve días después del incidente —tiempo más que suficiente para que le hayan llegado noticias de él— el duque de Saint-Simon sólo encuentra digno de apuntar en sus “Memorias”, para la posteridad, que había estado en la localidad burgalesa de Cogollos en compañía de otro de sus grandes rivales. A saber: el embajador francés en Madrid, Maulévrier, con el que ha ido a visitar a la princesa francesa<sup>219</sup>.

Y, curiosamente, ese mismo día Saint-Simon vuelve a estar en contacto con el marqués de Grimaldo, que, como veremos, es quien está gestionando —desde el 20 de enero— el esclarecimiento del incidente guipuzcoano durante el cual se perdieron papeles personales del duque. Sin embargo, nada parece haber habido en esa conversación sobre ese tema. No al menos nada que Saint-Simon considerase digno de ser plasmado en esas “Memorias” en otras ocasiones tan detallistas<sup>220</sup>.

Esta vez Saint-Simon sólo destaca que ve al marqués en una ceremonia que oficia el cardenal Borgia, Un asunto que parece de lo más liviano bajo la pluma acerada de ese impenitente cortesano que será Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon. En efecto, el duque sólo encuentra destacable de todo aquello, que Borgia lee mal la liturgia, que su actitud provoca la risa

---

217. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 249-250.

218. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, p. 250.

219. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 250-251.

220. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 251-253.

del personal de la Corte reunido para ver la ceremonia y que él, el duque de Saint-Simon, se alegra infinitamente de ver al marqués de Grimaldo por allí. Circunstancia que aprovecha para acercarse y darle las gracias de todo corazón (“avec grande effusion de coeur”) por lo mucho que le debía<sup>221</sup>.

Pero tanto ahí, como en posteriores ocasiones en las que Saint-Simon se reencuentra con el marqués de Grimaldo en Lerma, donde debían haber llegado las noticias sobre lo ocurrido en territorio guipuzcoano con uno de sus criados, no hay indicio alguno de que una de las razones específicas por las cuales el duque podía estar tan agradecido al marqués de Grimaldo tuviera alguna relación con ese extravío de sus papeles en tierras guipuzcoanas.

Nada se trasluce de eso, en efecto, después de que Saint-Simon vea al ministro tras haber estado tratando con los reyes sobre asuntos que parecen verdaderamente serios. Por ejemplo, el conseguir que las intrigas de las otras cortes europeas no vuelvan a separar a la de Francia y España, tal y como había ocurrido entre 1717 y 1721...<sup>222</sup>.

Así las cosas, habrá que deducir de la lectura directa de las propias “Memorias” del duque que o bien lo ocurrido con su criado, mientras atravesaba territorio guipuzcoano una noche de enero de 1722, no tenía importancia alguna, o bien el duque sabía que eso era importante pero, por alguna razón, no lo quiso destacar en sus “Memorias”. Ni siquiera aunque ya hubieran pasado muchos años de aquel suceso.

Pero convendría no adelantar conclusiones. No al menos hasta haber considerado, en toda su extensión y en todos sus detalles, lo que le ocurrió a uno de los criados del extenso séquito de Saint-Simon cierta noche de enero del año 1722 en el que se abrió camino por territorio guipuzcoano hacia Lerma. Previsiblemente al encuentro de su señor y cargado con documentos personales del mismo duque.

Eso es algo que haremos en el siguiente punto de este mismo trabajo gracias a un documento del Archivo General guipuzcoano que ha conservado, con todo detalle, los sucesos de aquellos días en los que las dos ramas de la dinastía Borbón volvían a unirse en una paz que, naturalmente, causaba ya inquietud entre las restantes potencias europeas.

Lo suficiente como para que el mismo Saint-Simon, como acabamos de ver, se lo dijera a los reyes de España en Lerma mientras las noticias de los acontecimientos guipuzcoanos ya habían llegado allí y a conocimiento del marqués de Grimaldo...

---

221. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 251-23 y 255.

222. Duc de SAINT-SIMON: *Mémoires du duc de Saint-Simon*, tomo 18, pp. 258 y 261.

#### 4. El pequeño (¿y revelador?) incidente guipuzcoano. Los hechos

La primera noticia real, palpable, que tenemos en territorio vasco del viaje del duque de Saint-Simon, más allá de las noticias que nos da él mismo en sus muy medidas “Memorias”, es una carta escrita por el marqués de Grimaldo, desde la localidad burgalesa de Lerma (donde, como ya sabemos por lo visto en el apartado anterior, un duque de Saint-Simon convaleciente de viruelas espera junto a Felipe V y su corte la llegada de la princesa de Orleans).

Esa carta llevaba fecha del 20 de enero de 1722 e iba dirigida al señor don Bartolomé de Enao y Larreategui. Un nombre al que el ministro no añade más títulos ni indicios de la categoría oficial ostentada por ese hombre que le hagan acreedor a recibir esa carta, en la que este personaje con alto ascendiente en la Corte Real de Madrid, reclama su atención y le encarga una misión cuando menos interesante. Y, de hecho, algo complicada<sup>223</sup>.

El asunto, en concreto, está lejos de las grandes líneas de lo escrito en las “Memorias”. Aunque no tanto de algunas menores en las que, como ya han señalado algunos especialistas en esta obra, el duque se deja caer por los escabrosos pasajes del sarcasmo y un humor algo negro y burlesco, pero humor al fin y al cabo. Como aquel en el que Saint-Simon describe a un grotesco personaje de la corte española que, después de todo, resulta ser el tío de nada menos que el duque de Liria...<sup>224</sup>.

Pero por lo demás, para la categoría de un aristócrata francés de la época de Luis XV, se podría considerar todo este asunto, incluso, una bagatela. Algo casi digno de novelas picarescas de la Europa del siglo XVIII como el “Tom Jones” de Henry Fielding. Un enojoso asunto doméstico que deberían resolver personas del abundante tren de servicio habitual en las casas de hombres como el duque de Saint-Simon.

Sin embargo, al asunto en cuestión tampoco le faltarían, como vamos a ver, algunos ribetes de la Alta Política de la época.

En efecto, la carta del marqués de Grimaldo señala que es el mismo rey, Felipe V, quien ha motivado esta carta, pues se ha enterado de que al

---

223. Archivo General de Gipuzkoa-Gipuzkoako Artxibo Orokorra (desde aquí AGG-GAO) CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. Sobre esa estancia convaleciente de Saint-Simon en Lerma en esas fechas, véase, además de todo lo señalado en el apartado anterior, PUJOL: *Leer a Saint-Simon*, p. 153. Enao, o Henao, era el corregidor de la provincia, claro está.

224. Sobre ese episodio y otros similares, véase Philippe HOURCADE: “Rire chez le duc de Saint-Simon”. *Cahiers Saint-Simon*, nº 34, 2006, pp. 85-86.

embajador enviado por su joven sobrino francés se le ha sustraído una serie de, en principio, más o menos valiosos objetos<sup>225</sup>.

Las circunstancias del hecho son descritas de manera precisa, como suele ser habitual en este tipo de documentos. Así, Grimaldo cuenta que los hechos ocurrieron cuando uno de los criados del señor embajador, descrito como “Juan del Munt”, tuvo la desgracia de caer “del caualllo” mientras pasaba por territorio guipuzcoano “corriendo la posta”. Es decir, traducido a términos más actuales: un jinete al servicio del duque de Saint-Simon tendrá una pésima caída de su montura mientras avanzaba a toda velocidad —a eso equivalen los términos de “corriendo la posta”— con el objetivo, previsible, de alcanzar a su señor, en Lerma<sup>226</sup>.

Según el marqués de Grimaldo, el llamado “Del Munt” cae en un precipicio entre Oyarzun (hoy Oiartzun) y Hernani. Es decir, en una de las zonas, todavía hoy, más accidentadas y boscosas de la provincia. Tras ese accidente relativamente grave, un arriero, del que sólo sabe Grimaldo que, al parecer, era guipuzcoano, se ofrecerá a llevar la valija que transportaba este jinete al servicio del duque de Saint-Simon...<sup>227</sup>.

Es en ese punto, tal vez, donde ésta —en apariencia— casi irrelevante anécdota, parece convertirse en algo más importante como ya hemos señalado en el punto anterior de este mismo trabajo. Así es, Grimaldo señala que en esa valija iban “diferentes Papeles y cartas”... Aunque el marqués nada más añade a eso, se puede empezar a deducir de ahí que los “Papeles y cartas” debían ser de materia cuando menos reservada o importante, ya que el arriero ha desaparecido con esos papeles y nada más se ha sabido de él...<sup>228</sup>.

Algo que, para la corte de Madrid, no puede quedar así, como se deja bien claro por las instrucciones que, a renglón seguido, Grimaldo da a Bartolomé de Enao y Larreategui. A saber: que averigüe qué ha podido ser de ese presunto arriero que sabe lo bastante del contenido de la valija como para desaparecer con lo que, a ojos de un simple transportista, no sería más que un montón de papel escrito en una lengua extranjera<sup>229</sup>.

Grimaldo, por otra parte, nada da por supuesto, indicando a Bartolomé de Enao y Larreategui que, de momento y para comenzar las pesquisas, se ponga en antecedentes de quién era ese arriero que, según se decía, había llevado la valija hasta Tolosa. Desapareciendo después sin dejar más rastros

---

225. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

226. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

227. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

228. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

229. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.



que la inquietud que había despertado en las altas esferas de la Corte de Felipe V esa desaparición de la valija del embajador enviado por Luis XV a restablecer las buenas relaciones entre ambas coronas; devastadas por la Guerra de la Cuádruple Alianza y por casi dos años enteros de ocupación de la misma provincia donde se había volatilizado ese montón de “Papeles y cartas” que tanto urgía volver a encontrar<sup>230</sup>.

El marqués de Grimaldo prudentemente sí mandaba a Bartolomé de Enao y Larreategui que “asegurase” la persona de ese arriero si llegaba a encontrarlo. Dicho en otros términos, la orden de Grimaldo era, de hecho, de busca y captura de ese supuesto arriero que había desaparecido inopinadamente con una valija repleta de lo que, por estos indicios, podrían ser graves asuntos de estado de dos potencias capaces —como se acababa de ver, entre 1717 y 1721— de poner en jaque el siempre volátil equilibrio de fuerzas europeo<sup>231</sup>.

El siguiente documento conservado junto con esta información judicial, ya nos sitúa algo más en el escenario en el que se van a desarrollar esas averiguaciones para dar con el arriero y la valiosa valija que había, en apariencia, sustraído.

En efecto, se trata de una cabeza de proceso que comienza a instruir en su sede de Azcoitia (hoy Azkoitia) Bartolomé de Enao y Larreategui, en calidad de corregidor de la provincia. Los comienzos de estas diligencias son sólo relativamente rápidos. La fecha de esta cabeza de proceso es de 24 de enero de 1722. Lo cual indicaría que el corregidor había tardado casi dos días en ponerse a la labor. Teniendo en cuenta que el marqués de Grimaldo había fechado su carta en Lerma en 20 de enero, y la posta debía haber tardado menos de un día en llevarla hasta Azcoitia, todo parece apuntar a que el corregidor Enao y Larreategui había tardado otros dos días en tomar la decisión de incoar la investigación para esclarecer los sucesos de que había sido víctima el correo del duque de Saint-Simon<sup>232</sup>.

Esta cabeza de proceso trae, sin embargo, muy pocas novedades con respecto a la carta del marqués de Grimaldo. A ese respecto señalaba el corregidor que había recibido el día 20 de enero de 1722 una carta-orden del rey firmada por su secretario de despacho universal —no otro que el marqués de Grimaldo— y que en ella se le mandaba esclarecer qué había pasado con la valija que, por la posta, llevaba el criado del duque de Saint-Simon, descrito en esta parte del documento como “Juan de Mont natural de Montpellier”. Valioso objeto aquel —más de lo que se podría pensar por

---

230. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

231. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

232. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

lo que hemos deducido hasta este punto de la lectura de las “Memorias” de Saint-Simon— que había desaparecido desde que cayó en manos del anónimo arriero que se había ofrecido a llevarla hasta Tolosa y del que nada se había vuelto a saber...<sup>233</sup>.

Oscuras circunstancias que el corregidor Enao y Larreategui mandaba ahora esclarecer ordenando al escribano numeral de la villa de Hernani que recibiera una información de testigos para aclarar todo lo ocurrido. Sin escatimar pesquisas en averiguar quién podía ser ese arriero tan misteriosamente desaparecido con la valija para que, naturalmente, una vez identificado y encontrado, se le pusiera bajo un arresto seguro<sup>234</sup>.

La información de testigos que pudieran arrojar algo de luz sobre lo ocurrido, se iniciará a partir de ahí en Irún (hoy Irun), cuatro días después, el 28 de enero de 1722<sup>235</sup>.

Es en esa fecha y lugar en la que el escribano real y del número de Hernani —Joseph de Ugalde— en compañía de Joseph de Berrotaran —escribano real y del número igualmente, pero en la ciudad de Fuenterrabía— comienzan a convocar a testigos que puedan dar cuenta, más exacta, de lo que le ocurrió al correo al servicio del duque de Saint-Simon<sup>236</sup>.

El primero en declarar será un postillón de las postas de Irún, Miguel de Arrampe. Su declaración es inesperadamente densa y descriptiva de la situación que se vive en territorio guipuzcoano desde que la infanta española (aquí descrita ya como reina Cristianísima de Francia) pasó por el Valle de Oyarzun camino de su nueva residencia en Versalles<sup>237</sup>.

Dice Arrampe que, desde ese momento, corren arriba y abajo cantidad de correos que, naturalmente, van a dar a la casa de postas emplazada en el Valle. De esas circunstancias, que muestran el territorio guipuzcoano bullendo de actividad diplomática en torno a este enésimo intercambio de princesas entre las coronas española y francesa, también recuerda este postillón irundarra que un criado —que dijo ser del servicio del duque de Saint-Simon— había llegado a esas postas de Irún estando allí la reina de Francia y que dicho criado venía en compañía del hortelano de la Casa y Palacio de Arbelaz<sup>238</sup>.

El criado pidió caballos para seguir corriendo la posta hasta el Valle de Oyarzun. Así se hizo y, de hecho, esa misma noche este sirviente del duque

---

233. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

234. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

235. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

236. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

237. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

238. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

salió de Irún con nuevos caballos y en compañía de otro de los postillones de Irún, Alejandro de Aguirre<sup>239</sup>.

El testimonio de Miguel de Arrampe añade que el criado del duque no llevaba valija alguna. Tan sólo un saco de lienzo crudo, muy parecido al que llevaría un “frayle demandante” (léase mendicante) y que en ese saco utilizado como alforja por el criado, él, Miguel de Arrampe, había visto muy poco contenido<sup>240</sup>.

El siguiente testigo es precisamente Alejandro de Aguirre, el postillón que acompaña al criado del duque de Saint-Simon hasta la casa de postas de Oyarzun<sup>241</sup>.

A lo dicho por Arrampe, Aguirre, que se refiere a sí mismo modestamente como “mozo” de la casa de postas de Irún, añade que el criado del duque de Saint-Simon llevaba en el pecho la insignia de correo. Efectivamente corrió con él la posta hasta Oyarzun y añade que el presunto mensajero del duque era hombre de mediana estatura y corrobora que ese sirviente de Saint-Simon no llevaba valija realmente, sino un “saco largo” y con muy poco contenido en las que él describe como ambas cabezas de dicho saco. Corrobora, eso sí, que ese criado del duque de Saint-Simon —al menos eso es lo que le había dicho que era— se mantuvo en la casa de postas mientras estaba por allí la reina de Francia y que él, Aguirre, lo volvió a ver en esa casa de postas otro día después de haberlo dejado en ella<sup>242</sup>.

El siguiente testigo convocado para saber qué había ocurrido a aquel criado de Louis de Rouvroy que, en principio, debía portar importantes documentos en su saco o valija, es otro francés: Juan de Lostauna, de la villa de Arauz en Beárn<sup>243</sup>.

Resulta ser que él es el ya mencionado hortelano al servicio de la familia Arbelaiz que, precisamente desde el siglo XVI, llevan el negocio de los correos en territorio guipuzcoano<sup>244</sup>.

---

239. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. Sobre el complejo sistema de postas en la época, véase Santos MADRAZO: *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*. Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Madrid, 1984.

240. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

241. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

242. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

243. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

244. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. Sobre esta cuestión, véase Ana GALDÓS MONFORT-Mertxe TRANCHE IPARRAGIRRE: *Los Olazabal. Un ejemplo de surgimiento, persistencia y transformación de las élites locales en Irún (siglos XV-XVIII)*. Ayuntamiento de Irun. Irun, 2013, p. 16.

El hortelano de los Arbelaiz dice que vio a ese hombre, al correo, en la Casa y Palacio de esa poderosa familia a la que él servía cuando el duque pasó por Irún con la comitiva de la princesa de Orleans ya convertida en reina de España y rumbo a Madrid. Sin embargo, dice que en esa comitiva ese hombre, ese sirviente del duque que había motivado toda esta requisitoria judicial, no tenía papel de correo, sino de cocinero...<sup>245</sup>.

Sí es cierto que le pidió ese hombre al hortelano de los Arbelaiz que le llevase a la casa de postas de Irún, porque quería ir por esa vía hasta el Valle de Oyarzun<sup>246</sup>.

Una petición a la que Lostauna accedió, acompañándole a eso de las diez de la noche a esa posta. En ella, el sirviente del duque de Saint-Simon pidió caballos y se le facilitaron sin mayor problema. Allí lo dejó el hortelano Lostauna en ese trance de montar los caballos para Oyarzun y sí recuerda que dicho criado de Saint-Simon no tenía en ese momento valija alguna. Tan sólo “unas alforjas de lienzo Crudo”, parecido a un saco y por lo que él deducía debía llevar muy poca cosa en él. Según este testigo, aquel saco contendría, como mucho, “Cosa de ropa, y algún Par de zapatos”...<sup>247</sup>.

Añade también Lostauna que el criado no había venido corriendo la posta desde Hendaya, sino a pie<sup>248</sup>.

El cuarto testigo convocado para esclarecer lo ocurrido es interrogado en Oyarzun. Se trata de Juan de Michelena. Dice recordar que cuando estaba allí la reina de Francia, vio en la casa que se había habilitado para servir de casa de postas un correo francés que había venido desde Irún y que pasó en esa dependencia unos dos o tres días. No sabe su nombre ni tampoco qué clase de criado era exactamente. Michelena sí recuerda que todo esto debió de ser hacia el viernes 9 de enero de 1722. Y que ese mismo día la mujer que se encargaba de esa nueva posta, —una vecina de San Sebastián— le pidió a él, a Michelena, por medio de Nicolás Antonio de Arburu, que acompañase a ese supuesto correo del duque en la siguiente etapa de posta<sup>249</sup>.

A partir de ahí la declaración sobre este criado del embajador francés empieza a hacerse más sustanciosa, desvaneciéndose, al menos en parte, la reclamación que había llegado hasta el marqués de Grimaldo que, como hemos visto, daba por bueno que el problema de todo este proceso derivaba de que un servidor del duque de Saint-Simon había sido despojado de una

---

245. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

246. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

247. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

248. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

249. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

valija con importantes documentos cuando corría ese tramo del territorio guipuzcoano como correo.

En efecto, la declaración de Juan de Michelena revela pormenores curiosos en relación a este correo.

Así indica que él se excusó de acompañarle y poco después vio cómo el presunto correo del duque montaba a caballo, ya en noche cerrada, pues eran las 9 de la tarde de un día de enero. Así, montado ya a caballo el criado de Saint-Simon, lo vio bajar por la plaza de Oyarzun y en esas latitudes se enteró, a través del alcalde del Valle, Joseph Ygnacio de Urbieta, de que el encargado de servir de guía al supuesto correo francés para la siguiente posta era un muchacho menor de edad, Joseph de Oyarzabal<sup>250</sup>.

De él Michelena pudo oír días después que aquel, al parecer, improvisado correo francés estaba borracho y por esa razón se había caído tres o cuatro veces de la silla de montar entre Oyarzun y la cercana población de Astigarraga<sup>251</sup>.

Viéndole en ese etílico estado, el joven Oyarzabal habría tratado de convencer al criado del duque de que parasen en la casa de postas de Urnieta, pero al negarse desistió y, asegura Michelena, lo dejó en una casa de Hernani<sup>252</sup>.

La siguiente persona en testificar es una mujer eminente del Valle de Oyarzun, doña María Ygnacia de Arburu, en cuya casa están instaladas, en la planta baja, las caballerías para servir las postas en ese tramo del camino, puestas a cargo del que ella llama “Maestro de postas de la ciudad de San Seuastian”. Como los demás testigos de este revelador proceso, doña María Ygnacia será testigo de los grandes acontecimientos históricos que están teniendo lugar en esos momentos en territorio guipuzcoano<sup>253</sup>.

Así recuerda esta joven dama guipuzcoana —pues declara tener 25 años— que el día de Reyes de ese año de 1722, la pequeña infanta española, ya convertida en toda una reina de Francia, estaba en Oyarzun. Justo en ese momento es cuando vio entrar en escena, también, al, como vamos viendo, algo sospechoso correo del duque de Saint-Simon que, como ya sabemos por otras declaraciones de este proceso, llegaba desde Irún corriendo la posta<sup>254</sup>.

---

250. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

251. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

252. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

253. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

254. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

A pesar de esas trazas, casi heroicas, de correo al servicio del duque, doña María Ygnacia recuerda que el jinete, al quedarse en su casa que servía de estación de postas, se refirió a sí mismo como cocinero del duque<sup>255</sup>.

A lo que ya sabemos, añade esta testigo que el correo, y cocinero, del duque de Saint-Simon estuvo detenido en esa casa, por propia voluntad, hasta el día 10 de enero de 1722. Fue entonces cuando, al anochecer, pidió a los oficiales de postas encargados de despachar los correos, que le facilitasen dos caballos con los que correr la posta hasta Urnieta. Los oficiales se negaron a dárselos porque alegaron carecer de monturas para ese viaje<sup>256</sup>.

El supuesto correo del duque insistió y, ante la cerrada negativa de los oficiales de postas, finalmente acudió a una de las altas esferas que en esos momentos se mueven en el escenario guipuzcoano de este fin de la Guerra de la Cuádruple Alianza<sup>257</sup>.

No otro que el marqués de Santa Cruz (con el que, como hemos visto, en el apartado anterior, el príncipe de Rohan, uno de los grandes rivales de Saint-Simon, tendrá una discusión por cuestión de rango). En este caso la gestión fue fructífera y este caballero de la corte de Madrid, mandó que se dieran los caballos que el criado de Saint-Simon pedía<sup>258</sup>.

Sin embargo, era cierto que había escasez de caballos en las postas de Oyarzun en esos momentos. Tan sólo se disponía de uno y así el criado del duque tuvo que requerir otro al propio alcalde del Valle que, en efecto, le prestó el suyo<sup>259</sup>.

A partir de aquí la testigo poco más sabe del asunto. Como otros testigos del proceso, ve salir ya de noche al supuesto correo portando un saco “o manga” de lienzo crudo que llevaba con él y en cuyo interior no debía haber gran cosa salvo algunos efectos de ropa<sup>260</sup>.

Eso era todo lo que esta dama guipuzcoana, testigo del cambio de reinas en la frontera de esa provincia, podía añadir a una declaración que firmará con una pulcra caligrafía...

El siguiente testigo para esclarecer esos misteriosos viajes y hurtos de los que presuntamente ha sido víctima un criado del servicio del duque de

---

255. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

256. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

257. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

258. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

259. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

260. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

Saint-Simon, será, precisamente, el alcalde de Oyarzun: Joseph Ygnacio de Urbieta<sup>261</sup>.

Para él todo lo relacionado con esos acontecimientos comenzará en la noche del sábado 10 de enero de 1722. Fue entonces cuando uno de los miembros de su Ayuntamiento, el jurado Félix (sic) de Zuaznuar, se acercó a él para decirle que el marqués de Santa Cruz había mandado “despachar un bolante” para que fuera hasta las postas de Urnieta. Como todos los caballos que tenía la posta de Oyarzun ya estaban ocupados en otros viajes a Urnieta y a Irún, le pidió dicho jurado que consiguiera dos monturas para ese correo al servicio del duque de Saint-Simon<sup>262</sup>.

El alcalde no se hará de rogar y, en compañía del jurado, pasará a casa de Sanjuan de Macuso para que les prestase su caballo. Macuso se excusará diciendo que lo tenía fuera de su casa. Algo que no detendrá la petición del alcalde oiartzuarra, quien añade en su declaración que, a la vista de ese inconveniente, mandó a Sanjuan de Macuso que pasase, de inmediato, a casa de María Martín de Aldaco a recoger de allí esa montura<sup>263</sup>.

Igualmente, el alcalde mandó a Pascoal de Michelena a su casa de Urbieta —que, como indica su nombre era de propiedad de este mismo alcalde— y cogiese allí su propio caballo. Justo en ese momento, en el que el alcalde Joseph de Urbieta recurría a sus propios recursos para que al servidor del duque de Saint-Simon no le faltase lo necesario, apareció el presunto correo<sup>264</sup>.

Este criado de tan noble casa, de irregulares perfiles, como vamos viendo a través de las distintas declaraciones, venía exigiendo. Concretamente que se le facilitasen cuanto antes los caballos necesarios que había pedido. Ante aquella demanda perentoria, el alcalde Urbieta señaló que ya había dado las órdenes oportunas y pidió al criado “tuviese paciencia”<sup>265</sup>.

Tras esa exhortación a cultivar esa virtud, el alcalde oiartzuarra pasó a la casa de postas con el criado de Saint-Simon y alguien más que el edil describe como un compañero de dicho presunto correo. Allí dio las instrucciones finales para que se aderezasen los caballos que se le habían solicitado de aquella manera algo imperiosa y versallesca<sup>266</sup>.

---

261. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

262. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

263. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

264. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

265. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

266. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

El alcalde Urbietta pensó que así habría llegado a su fin ese pequeño fragmento guipuzcoano de la Historia del fin de la Guerra de la Cuádruple Alianza. Nada más lejos de la realidad, pues cuando estaba en la casa llamada Batistanea, en compañía de algunos amigos, apareció el correo francés con un compañero diciendo que la mujer encargada de las postas no les facilitaba los caballos...<sup>267</sup>.

Eso obligó al alcalde a abandonar aquella amigable reunión y encaminarse, de nuevo, a la casa de postas oiartzuarra a averiguar qué pasaba. El resultado de esa pesquisa fue que la encargada de postas carecía de un postillón que acompañase al presunto correo del duque de Saint-Simon, porque estaba fuera sirviendo a otro correo<sup>268</sup>.

En ese punto de este pequeño drama histórico, el alcalde no puede ser acusado de no haber hecho todos los esfuerzos posibles para que el criado del duque, y embajador francés, pasase, como quería, hasta la siguiente posta del Camino Real<sup>269</sup>.

En efecto, el mismo alcalde Urbietta se dedicó a buscar a alguien que hiciera las veces de postillón. Al menos hasta Urnieta, que era el destino al que quería llegar el supuesto correo de Saint-Simon. Para ello intentó reclutar a Thomas de Echagoien. Pero este se negará a acompañar al criado del duque de Saint-Simon alegando que dicho servidor de tan alto señor “estaba muy benzido del Vino”, confirmando así lo que ya habían señalado otros testigos del proceso...<sup>270</sup>.

Algo más dispuesto a afrontar aquellos riesgos étlicos estaba otro vecino del Valle que ya había sido mencionado en este proceso. Es decir: Joseph de Oyarzabal, el menor, que señaló al alcalde Urbietta que bastaba con que se le mandase ponerse en camino con aquel correo para que lo hiciera de inmediato<sup>271</sup>.

Con esa oferta tan generosa y con el propio interesado que la había hecho, se dirigió el alcalde Urbietta hasta la casa de postas para zanjar, por fin, aquel asunto. Allí se encontró de nuevo con la encargada de ella, que, finalmente, entregó los caballos listos para salir<sup>272</sup>.

---

267. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

268. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

269. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

270. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

271. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

272. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.



Antes de que eso ocurriera, el alcalde pidió al criado del duque de Saint-Simon los derechos debidos por la carrera hasta la casa de postas de Urnieta. En ese momento el presunto correo dio muestras al alcalde Urbietta de que su situación en ese cuadrante histórico concreto no era precisamente muy ortodoxa. El alcalde, en efecto, comprobó que el supuesto correo del duque de Saint-Simon estaba bastante bebido y que, además, de un modo muy poco cortesano, se negaba incluso a pagar los derechos debidos por esa carrera entre Oyarzun y Urnieta. Abonando las cantidades debidas sólo con lo que el alcalde oiartzuarra describe como “alguna repugnancia”, buscando de manera bastante ebria el dinero en su faltriquera y manejándolo con bastante morosidad. Tanto que otro francés que le acompañaba y que, como señala el alcalde, sabía algo de castellano, le quitó las monedas de la mano para contarlas él mismo y aun le hizo sacar más dinero del bolsillo para que se llegase a la cantidad que se reclamaba por derechos de esa carrera de posta<sup>273</sup>.

Los desencuentros con el supuesto correo no terminaron ahí. Oyarzabal pidió al alcalde que exigiera al criado de Saint-Simon que pagase los derechos debidos por las correas que se daban a los postillones para facilitar el manejo de las monturas de vuelta. Unas cantidades que el improvisado postillón temía que el correo no le pagase, dado su estado etílico...<sup>274</sup>.

La reacción del criado del duque no desmerecerá esos temores. Dice el alcalde que, en efecto, empezó a meter “alguna bulla” en francés, que, según traducción del compañero que hablaba algo de castellano, hacía referencia a que el supuesto correo se negaba a pagar esos otros derechos hasta no haber llegado a Urnieta<sup>275</sup>.

No se sacó nada más en claro de este asunto. Dice el alcalde que, tras esto, a eso de las nueve de la noche, el presunto correo de Saint-Simon, montó, otro tanto hizo Joseph de Oyarzabal y así salieron los dos de Oyarzun, por la posta, hacia Urnieta...<sup>276</sup>.

A raíz de estos testimonios, todas las sospechas de lo ocurrido al correo del duque acabaron recayendo precisamente sobre Joseph de Oyarzabal, que fue detenido y entregado a la Justicia el 30 de enero de ese año de 1722 en el que se ponía fin a la Guerra de la Cuádruple Alianza<sup>277</sup>.

---

273. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

274. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

275. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

276. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

277. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

Para el 1 de febrero estaba ya en la cárcel del corregidor en Azcoitia y allí se ordenó que se tomase declaración a este principal sospechoso que, como decía el auto correspondiente, “corrio con el criado del señor Duque de San Simon” en calidad de postillón entre el Valle de Oyarzun y Hernani<sup>278</sup>.

A partir de ese punto las cosas parecen aclararse un tanto en torno a la controvertida figura del criado del duque que, en principio, parecía más bien un sirviente poco fiable y acaso desertor de la casa del caballero embajador después de haber sustraído algunos efectos valiosos de su amo...

En efecto, tras librarse las diligencias para interrogar al que parece el principal autor de las desgracias posteriores a la accidentada salida de Oyarzun, el corregidor recibe también la noticia —y el documento original— en el que Martín de Hirigoiti, médico de cámara del rey Felipe —que en esos momentos es el titular de la plaza municipal de Tolosa— da cuenta de lo que le había sucedido realmente al criado de Saint-Simon metido a correo con, al parecer, escaso acierto<sup>279</sup>.

Según lo que dice esa carta, un “moço” que había acompañado al criado del duque, le había sustraído una maleta y unas botas. En principio podría parecer que se trataba del joven Oyarzabal, pero en realidad, como dice el propio médico, éste debía ser otro que, además, servía de criado a un “fulano” que vivía en Vitoria y era literero. Es decir, alguien que alquilaba sillas de mano y literas. Poco más sabía el médico Hirigoiti, salvo que finalmente, con ayuda de la Justicia, se había recuperado la que él llama maleta sustraída y en la que él médico sabía había cartas y papeles del duque de Saint-Simon...<sup>280</sup>.

Del accidentado criado del embajador francés poco más podía decir, salvo que convalenció en Tolosa y, una vez recuperado, pasó a buscar a su amo. Aunque Hirigoiti se curaba en salud señalando que todavía estaba a la espera de que el propio duque le mandase un escrito en el que certificaba que, en efecto, su atribulado criado había regresado a su casa sano y salvo<sup>281</sup>.

Eso, sin embargo, no fue cortapisa para que Oyarzabal fuera, al fin, convenientemente interrogado sobre todos esos lances.

Su confesión se hizo en la cárcel de Azcoitia el 2 de febrero de aquel año de 1722. Lo primero que declara este presunto acusado es que era

---

278. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

279. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

280. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

281. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

natural del Valle de Oyarzun, que tenía 19 años y que su oficio era el de labrador<sup>282</sup>.

El joven Oyarzabal no tiene reparo en reconocer que, en efecto, sirvió como postillón a un hombre que, según él, dijo ser criado del duque de Saint-Simon, pero añade que dicho correo no sólo se cayó una vez del caballo. De hecho, debido a estar bastante bebido, se cayó hasta cuatro veces de su montura en el relativamente corto trayecto entre Oyarzun y Urnieta<sup>283</sup>.

La primera vez fue poco después de que salieran del Valle de Oyarzun, la segunda cerca de un puente, la tercera cerca de la casería de Larraburu, donde, además, rodó hasta un arroyo cercano, y la cuarta poco después de pasar esa casería<sup>284</sup>.

Dice el joven Oyarzabal que en todas esas ocasiones fue necesario que él ayudase al criado del duque a montar de nuevo, pues éste demostraba ser incapaz de una acción tan elemental. De hecho, según la declaración de Oyarzabal, el servidor del duque dio esa noche un espectáculo ciertamente lamentable. Así, cuando cayó hasta cerca del río, perdió el sombrero y tuvo que buscárselo el joven Oyarzabal.

Después tuvo que persuadirle de que no se quedasen en Astigarraga y lo condujo hasta una casa de Hernani en la que pidió alojamiento para el turbulento criado del embajador a un vecino al que, como dice esta declaración, se hizo bajar con una luz a la puerta tras sacarlo de la cama, pues abrió, como dice Oyarzabal, “en camisa”. Cosa nada extraña pues aquel pequeño escándalo, organizado a grandes voces por el correo del duque, en plena calle de Hernani (según la declaración de Oyarzabal), tuvo lugar en la medianoche de aquel día tan agitado de enero de 1722<sup>285</sup>.

Para rematar toda aquella escena digna de una ópera bufa de la época, dice Oyarzabal que, cuando se despidió del correo en ese punto, le demandó los dos reales de plata doble que se le debían como postillón. Algo a lo que se negó rotundamente el criado del duque, dando nuevas voces y lanzando votos que, pese a ser todo esto dicho principalmente en francés, Oyarzabal entendió perfectamente, alejándose de allí con las monturas y sin su soldada de postillón<sup>286</sup>.

Sobre la presunta valija robada, el joven Oyarzabal declara que, en efecto, el criado del duque de Saint-Simon llevaba una manga de lienzo

---

282. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

283. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

284. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

285. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

286. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

como equipaje, pero que antes de dejarlo —según su versión de los hechos— en Hernani, él se la entregó al hombre en cuya casa había dejado a aquel exaltado sirviente de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, autor de unas famosas “Memorias” en las que, como acabamos de ver en el apartado anterior de este trabajo, no tuvieron cabida estos sucesos que, sin embargo, llegaron a preocupar bastante al ministro Grimaldo y hasta al rey Felipe V...<sup>287</sup>.

A eso poco más podía añadir Oyarzabal, salvo que no conocía al hombre en cuya casa había dejado al insufrible correo del duque y que, después de eso, sólo sabía que había ido de Hernani a Andoain y allí había entregado su manga “o valixa” a un criado de un literero de Vitoria al que conocían por el apodo de “el aguado”<sup>288</sup>.

Con ese criado del “aguado” al parecer hubo un malentendido. El criado del duque quería que llevase esa valija que le entregó en una posada de esa villa de Andoain sólo hasta Tolosa, pero el sirviente del literero de Vitoria creyó entender que debía llevarlo hasta esa ciudad alavesa, donde finalmente había sido encontrada. Tal y como lo comunicó el médico de Tolosa, el ya mencionado doctor Hirigoiti<sup>289</sup>.

Nada más sabía Oyarzabal el joven. Únicamente que el criado del duque sólo se había quejado de los golpes recibidos por las sucesivas caídas y no por perdida alguna. Con eso concluía su sustanciosa confesión, que no pudo firmar por no saber escribir<sup>290</sup>.

De todo eso salía que las averiguaciones sobre lo ocurrido con el correo del duque y sus pertenencias debía ser averiguado interrogando a los que —según la declaración del joven Oyarzabal— lo habían alojado en una casa de Hernani<sup>291</sup>.

La Justicia guipuzcoana del momento se mostrará implacablemente eficaz. Pronto, en efecto, se da con el que podría haber sido el intempestivo anfitrión en Hernani del criado de Saint-Simon.

Se empezó preguntando a Tristán de Zauala, dueño de una posada que tenía en la calle principal de esa villa. La sexta entrando desde los portales de abajo a mano derecha...<sup>292</sup>.

---

287. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

288. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

289. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

290. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

291. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

292. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

Este posadero asegura que en su establecimiento sólo entraron aquel día unos ocho o nueve soldados de Caballería de la Real Guardia de Corps del rey de España, a los que facilitó, como era su obligación, el alojamiento que le pedían. Pero después de las 10 o las 11 horas de la noche, que fue cuando él se acostó, no supo de la llegada de nuevos huéspedes. Menos aún de correos o postillones<sup>293</sup>.

Los siguientes interrogados tras este maduro posadero de 58 años que, además, sabe firmar con bastante fluidez, son los vecinos de Hernani que vivían cercanos a esa zona. Sin embargo, nada se sacará de ellos, como constata Joseph de Ugalde, escribano del rey, que era quien recababa esa información<sup>294</sup>.

Así las cosas, se decide llevar las pesquisas a Andoain, donde, al parecer, la valija del correo del duque se había despistado definitivamente.

Allí, en Andoain, se interrogará el 5 de febrero de 1722 a Catalina de Erdozia que gestionaba la posada llamada Sorrozenea. Esta mujer dispone de información bastante precisa. Dice que el día 11 de enero de 1722 llegó hasta su posada un arriero criado del literero de Vitoria que conocen como “el aguado”. Luego llegó desde otra posada cercana a la suya, la de Izcosoberria, “un franzes, que Dijo hera Correo”. Portaba con él unas alforjas “ô manga de lienzo Crudo”, así como unas polainas o botas que llevaba en la mano<sup>295</sup>.

Fue entonces cuando dio a entender a ese arriero, servidor del “aguado”, que le llevase esa valija y botas hasta la casa de postas de Tolosa en una de las bestias de carga de su reata<sup>296</sup>.

La posadera andoaindarra vio con sus propios ojos cómo, en efecto, el arriero colocaba esa valija y botas en uno de los tres machos que estaban atados junto a la puerta de su establecimiento y cómo, después de eso, se fueron el arriero y el correo del duque hacia Tolosa, caminando a pie los dos<sup>297</sup>.

Después poco más supo. Salvo que el correo francés había llegado a la otra posada junto a la suya desde Hernani y que pocos días después de que

---

293. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

294. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

295. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

296. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

297. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

se fuera con el arriero alavés, el médico de Tolosa le pidió a ella que le contase todo lo que sabía al respecto<sup>298</sup>.

De la declaración de esta posadera de 53 años, analfabeta como ella misma reconoce —pero no por ello menos observadora— se pasa a recibir información sobre el cada vez más enrevesado asunto de la desaparición de esa valija cargada, según todos los indicios, de papeles del duque de Saint-Simon. El siguiente testigo será Sebastián de Garagorri, vecino que se encargaba de llevar la posada o mesón de Izcosoberria también en Andoain<sup>299</sup>.

Su declaración señala que el correo del duque, al parecer, tenía por costumbre llegar a horas intempestivas a las posadas y hacerse atender allí con modos aún más intempestivos.

En efecto, dice Garagorri que la noche del sábado 1 de enero, entre las 10 y las 11 de la noche, llegaron a su puerta un correo y “ôtro mozo o postillon”. Sin embargo, a partir de ese punto parece que, en realidad, Garagorri fue el hombre que alojó al embriagado correo del duque la noche en la que el joven Oyarzabal había asegurado que lo había dejado, en realidad, en Hernani<sup>300</sup>.

Así es, lo que describe Sebastián de Garagorri se ajusta perfectamente a lo que Oyarzabal había declarado. Con la única diferencia de que la escena ocurre, en realidad, en Andoain y no en Hernani.

Según esta declaración, el correo francés se había caído varias veces corriendo la posta desde Oyarzun, que es desde donde decían venir los dos jinetes nocturnos, tal y como declaró el muchacho que servía de postillón (no otro que Oyarzabal, por lo que se deduce de este testimonio) que habló con Garagorri y, asimismo, le entregó la valija del correo francés que venía colgada de la silla de su caballo<sup>301</sup>.

Es más. La declaración de Garagorri abunda en más detalles. Así dice que el postillón les acompañó dentro de la posada, donde metieron al correo que, en opinión del posadero andoaindarra, estaba bastante “rendido” por las sucesivas caídas sufridas. En ese trance también vio el posadero cómo exigía ese postillón —que no puede ser otro que el joven Oyarzabal— que el criado del duque le pagase los gastos de correos que se solía estilar pagar a los postillones. Algo a lo que el sirviente del duque se negó, alegando que, además de todo lo ocurrido en aquella accidentada noche, había perdido el

---

298. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

299. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

300. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

301. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

espadín en una de las caídas sufridas que, según parece, achacaba en su totalidad no al vino que habría trasegado sino a su postillón<sup>302</sup>.

Idea que le llevó tanto a negarse a pagar esos derechos —a pesar de que el posadero le reconvino a hacerlo— como a intentar acercarse a Oyarzabal para administrarle algún que otro golpe en justa venganza —desde su punto de vista— por haber perdido su espadín<sup>303</sup>.

Algo que no llegó a poner en hechos porque el posadero se lo impidió y, además, convenció al postillón de que dejase la pretensión de pedir sus derechos ya que el correo francés parecía hallarse “enojado y furioso”. Algo a lo que finalmente Oyarzabal accedió, conformándose con beber un trago que se le ofreció<sup>304</sup>.

Tras esto se marchó con los caballos y dejó al posadero Garagorri en compañía de su nuevo huésped, que se mantuvo hablando con él un buen rato, mientras entraba en calor en la cocina del establecimiento. Allí el accidentado correo le dijo que era criado y cocinero del duque de Saint-Simon y le pidió un paño de manos mojado en aguardiente para resarcirse de los daños sufridos en las sucesivas caídas del caballo. Tras esto se acostó y no se levantó hasta que en la ermita de Santa Cruz tocaron a misa<sup>305</sup>.

Unos oficios a los que acudió el correo, piadosamente, pues sólo desayunó tras oír la misa. Momento en el que también abonó los gastos hechos en la posada, recuperando tanto la valija como las botas que estaban en poder del posadero Garagorri<sup>306</sup>.

Así salió de la posada Izcosoberria, diciendo que iba a buscar a un calesero o arriero para que le llevase esa valija y las botas hasta Tolosa. Algo que consiguió, tal y como se lo comunicó, a cosa del mediodía, a Garagorri el propio correo<sup>307</sup>.

Con esa declaración que Sebastián de Garagorri firma diligentemente, se consiguió probar la inocencia prístina de Joseph de Oyarzabal, al que un auto del corregidor manda, en efecto, poner en libertad el 9 de febrero de 1722<sup>308</sup>.

---

302. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

303. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

304. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

305. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. Sobre ese y otros detalles de la Andoain del siglo XVIII puede resultar de interés Carlos RILOVA JERICÓ: “Un siglo de las luces con algunas sombras”. *Leyçaur* nº 14, 2017, pp. 271-329.

306. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

307. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

308. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

A partir de ahí el objeto de las atenciones de la Justicia del rey será ese arriero, criado del “aguado”.

Así, tras corroborar, por Real Orden, las declaraciones de ambos posaderos de Andoain, se manda que se detenga al criado del literero vitoriano.

El 25 de febrero de 1722, se acusa recibo de esas órdenes en la ciudad de Vitoria y su alcalde pone en marcha todos sus medios coercitivos para proceder al arresto del criado del “aguado”. Convoca, pues, a Matheo Beltrán de Salazar y a Juan Bautista de Yriarte y Segura, tenientes del alguacil mayor de Vitoria. En compañía de ellos, y asistido, como él mismo dice, por el escribano Joseph Antonio Ruíz de Luzuriaga y Pedro de Arroa y Francisco de Rubias, porteros de vara de Vitoria, pasa al mesón de María Cruz de la Peña, viuda de Pedro García de Perea<sup>309</sup>.

El objetivo de tan bien municionada expedición era determinar si en ese establecimiento conocían a un arriero que estuviera al servicio de un literero apodado “el aguado”. La respuesta de esta posadera y sus criados es que no conocían a nadie por esas señas, que deducían de ellas que se debía referir el alcalde a alguien que estuviera al servicio de Pedro González de Echauarri, que, en efecto, era conocido con ese apodo. Aunque su negocio no estaba en Vitoria, sino en Buruaga...<sup>310</sup>.

El alcalde gazteiztarra será, sin embargo, insistente. Volverá a preguntar a ver si conocían a un criado de dicho literero llamado Martín López de Arana. La respuesta tanto de la posadera como de sus criados, es que no sabían nada del amo ni de sus criados, que, en esos momentos, desde luego, no estaban en Vitoria<sup>311</sup>.

Poco más se hará, acabando en esas diatribas sobre el paradero “del aguado” y sus criados las pesquisas que el corregidor guipuzcoano hace para esclarecer lo que había pasado con aquel correo del duque de Saint-Simon tan baqueteado en el mes de enero de 1722 en el que, al fin, se firmaba —de manera más o menos definitiva— la paz entre las coronas de Francia y España.

Así, desde la casa de María Cruz de la Peña, el séquito del alcalde de aquella Vitoria de comienzos del Siglo de las Luces, pasa al mesón de Pedro

---

309. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. Sobre las fuerzas de orden público en esa ciudad alavesa, véase Iñaki BAZÁN DÍAZ: “La criminalización de la vida cotidiana, Articulación del orden público y del control social de las conductas”, en José María IMIZCOZ BEUNZA (coord.): *La vida cotidiana en Vitoria en la Edad Moderna y Contemporánea*. Txertoa. San Sebastián, 1995, pp. 113-168.

310. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

311. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.



de Urbina y se dedica allí a hacer lo mismo que había hecho en la posada de María Cruz de la Peña<sup>312</sup>.

Es decir, interrogar al dueño del mesón y a sus dependientes sobre el paradero del criado del “aguado”<sup>313</sup>.

El resultado de esa pesquisa fue que se lanzó la pregunta a Juan de Urbina, hijo del mesonero —y a otros criados suyos— y la respuesta que se obtuvo fue, más o menos, tan satisfactoria como la que se había dado en la posada de María Cruz de la Peña. A saber: que el “aguado” y sus sirvientes, cuando pasaban por Vitoria, se alojaban en el mesón de Francisco Antonio Pérez de Mezquia “mesonero vecino de esta dicha Ciudad”<sup>314</sup>.

Suficiente para que el alcalde, seguido de sus escribanos, alguaciles y guardas, pasase a esa otra posada e interrogase a su dueño sobre el posible paradero del criado del literero que, según todos los indicios, había distraído aquella valija del duque de Saint-Simon que, sin embargo, algo debía contener de bastante importancia como para que las pesquisas acerca de ella no se extinguieran con su devolución final...<sup>315</sup>.

Las preguntas que se hacen al mesonero Pérez de Mezquia que, al parecer no tenía servicio al que se pudiera también interrogar, son más o menos las mismas que las que se hacen en los anteriores casos.

Es decir, primero se le pregunta acerca de la existencia, en Vitoria, de un literero al que se conociera por el apodo de “aguado”. La respuesta de Pérez de Mezquia apunta, como sus colegas de profesión, que tal persona no existe en Vitoria, conociéndose por tal apodo y negocio de literero tan sólo a un hombre que vive en Buruaga. Sí afirma este tercer mesonero gazteiztarra que ese literero de Buruaga y sus criados, cuando han venido a Vitoria, en efecto, se han alojado, a veces, en su mesón<sup>316</sup>.

Pérez de Mezquia estaba incluso en condiciones de revelar los nombres de los criados del “aguado”. Dando con ello un giro cuando menos interesante a estas pesquisas alavesas sobre el paradero del hombre que se hizo cargo de una bolsa con papeles del embajador francés en el Madrid de 1722. Ese mismo año en el que se volvían a reunir los intereses de las dos potencias borbónicas.

---

312. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

313. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

314. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

315. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

316. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

Niega así que uno llamado Martín López de Arana fuera criado de ese literero de Buruaga. Francisco Antonio Pérez de Mezquia señala que criados de ese hombre sólo conoce a dos: Gregorio Hortiz de Ynchaurre y el otro sabe que se llama Prudencio, aunque ignora su apellido<sup>317</sup>.

Aun así, Pérez de Mezquia señala que tal vez sí tuviera el literero de Buruaga un criado llamado Martín López de Arana. Para descubrir si esto era así recomendaba al alcalde pasar a interrogar a Domingo y Cristóbal González de Echavarri. Hijos del literero conocido por el apodo del “aguado” y vecinos de la ciudad de Vitoria...<sup>318</sup>.

El edil gazteiztarra no se hará repetir dos veces ese consejo. Con su séquito pasará a casa de Domingo González de Echavarri, hijo del “aguado”, y allí lo interrogará sobre esa cuestión<sup>319</sup>.

Algo que no será hecho de cualquier manera, sino de un modo cuando menos interesante para el objeto de estudio de este trabajo que, como ya se ha señalado, trata de determinar qué importancia histórica pudo tener aquel pequeño incidente en que un criado y correo del duque de Saint-Simon, algo dipsómano y un tanto disperso a la hora de cumplir sus obligaciones, perdió durante un tiempo precioso una valija con papeles y cartas de aquel gran personaje.

En efecto, el alcalde gazteiztarra señala que, tras encontrar en su casa a Domingo González de Echavarri, “*con toda cautela y recato*” le pidió que le dijera si entre los que servían a su padre había un hombre que respondiera al nombre de Martín López de Arana<sup>320</sup>.

La respuesta a esa cautelosa pregunta del alcalde de Vitoria es cuando menos interesante. Según el hijo del “aguado”, éste sólo tenía dos criados: Gregorio Hortiz de Ynchaurre y Prudencio de la Ucurica (sic). Si bien González de Echavarri hijo señalaba que su padre, en ocasiones, contrataba a vecinos de Buruaga si tenía menester de ellos para sus servicios de literero<sup>321</sup>.

Con ello queda resuelto, al menos en parte, el cúmulo de sospechas que se alarga sobre Martín López de Arana. Domingo González de Echavarri lo

---

317. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

318. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

319. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

320. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar. La cursiva es mía.

321. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

conocía. Era uno de esos vecinos de Buruaga que su padre solía contratar ocasionalmente para el servicio de su recua y litera<sup>322</sup>.

Aparte de esto, Domingo González de Echavarrí reconoce que no sabe de él, pues no lo ha visto desde hacía días, no sabiendo por tanto si estaba de servicio con la recua del “aguado” o con la de otro arriero<sup>323</sup>.

Para el alcalde esto no será bastante. Necesita, en efecto, que se lo corrobore el otro hermano González de Echavarrí: Cristóbal. Así le lanzará las mismas preguntas que a su hermano<sup>324</sup>.

Sus respuestas, sin embargo, no variarán con respecto a las de Domingo. Con esto y con una visita a otros mesones de Vitoria —que no se detallan— para dar con López de Arana (al que ahora se llama Tomás y no Martín) el alcalde gazteiztarra daba por terminada sus averiguaciones sobre aquel hombre que, durante un tiempo sustancial, había tenido en su poder papeles del duque de Saint-Simon. Unos que, obviamente, alguna importancia debían de tener para haber alertado a la corte de Madrid y provocado todas estas detenciones e interrogatorios...<sup>325</sup>.

Con ello también se cerraba esta información que nada más parecía estar en condiciones de esclarecer sobre la importancia que podía tener ese incidente, en apariencia menor, que había ocurrido en el territorio de una provincia ocupada por las tropas francesas desde 1719 y que ahora, a comienzos del año 1722 —en el que se firmaba una paz ya casi definitiva entre Versalles y Madrid— se había convertido en el escenario de ese oscuro incidente. Uno que, sin embargo, como acabamos de ver, había disparado todas las alarmas de la corte de Felipe V...

## **5. A modo de conclusión. El pequeño (¿y revelador?) incidente guipuzcoano. El análisis de los hechos**

A lo largo de las páginas anteriores hemos considerado, en profundidad, tanto la historia personal de un gran personaje, Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, como el pequeño fragmento —la migaja si se quiere ver así— de la vida de uno de sus servidores, desplegada contra el telón de fondo de un territorio guipuzcoano que, hasta hacía tan sólo unos meses, había sido una provincia bajo fuerzas de ocupación militar del país que su amo, el duque de Saint-Simon, representaba como embajador en ese año de 1722.

---

322. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

323. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

324. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

325. AGG-GAO CO CRI 135, 10, hojas sin foliar.

El debate historiográfico en torno a cuál de esos dos hechos sería verdaderamente histórico y cuál de ellos prescindible, podría ser interminable. Como ya se habrá podido constatar con lo dicho en el primer apartado de este trabajo que aquí acaba.

Así, aquí podríamos volver a discutir si el linchamiento de un vendedor de golosinas en la época victoriana en un oscuro pueblo inglés llamado Stalybridge Wakes, o una pelea de gallos balinesa, son meras anécdotas sin ningún valor para interpretar el pasado o, por el contrario, herramientas verdaderamente útiles para esa ciencia que llamamos Historia<sup>326</sup>.

Podríamos también traer a colación ahora a historiadores como François Dosse, que consideran que el poner la atención en historias irrelevantes, en migajas, como podía ser la pequeña aventura guipuzcoana de Juan del Mont, criado del duque de Saint-Simon, no es más que un síntoma de una sociedad en crisis. Una que teme al presente y que, ante un futuro incierto, prefiere refugiarse en estas historias anecdóticas y, en definitiva, para la opinión de Dosse, irrelevantes para la Historia<sup>327</sup>.

Esa es una opinión nada desdeñable y compartida por historiadores de notable y contrastado prestigio. Incluso algunos como Carlo Ginzburg, que fueron de los más destacados en el impulso a esa forma de hacer Historia, en migajas, tratando con personajes en apariencia insignificantes como molineros, criados...<sup>328</sup>.

Sin embargo, si consideramos que la Historia es una ciencia no podemos pasar por alto la materia prima de cualquier saber científico. Es decir, las evidencias.

En el caso de lo ocurrido una noche de enero de 1722 en territorio guipuzcoano, teniendo como protagonista a un criado del duque de Saint-Simon, encontramos algunas de esas evidencias que no deberían ser pasadas por alto.

Como hemos visto, estudiando minuciosamente el ascenso cortesano de Saint-Simon, nada de lo que ocurriera a ese peculiar duque versallesco

326. Según el prólogo a la más reciente edición de “¿Qué es la Historia?”, ese incidente jamás llegó a ocurrir. O al menos no hay otras fuentes, aparte de la utilizada por Carr, que corroborasen que el hecho tuvo lugar. En cualquier caso, eso no resta valor al comentario de Carr sobre qué podría convertirse finalmente en un hecho histórico. Algo, como, por ejemplo, un linchamiento en una sociedad tan contenida y reprimida como la de la plena edad victoriana. Véase CARR: *¿Qué es la Historia?*, pp. 37 y 86-87. Sobre las hoy ya famosas —al menos en el mundo de la Historiografía— peleas de gallos balinesas, y casos similares, véase Clifford GEERTZ: *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona, 1992.

327. DOSSE: *La historia en migajas. De “anales” a la “nueva historia”*, pp. 181-187.

328. Me remito a lo ya señalado en torno a la nota 5 de este mismo trabajo.

debería ser considerado sin importancia. Incluso las accidentadas aventuras de uno de sus criados —algo dado a la bebida— en lo que algunos no dudaría calificar como un oscuro rincón del mapa de Europa, con nombres tan poco conocidos —fuera de ciertas latitudes— como Oyarzun, Urnieta, Hernani... que, dentro de las grandes corrientes de la Historia (como las llamó Jacques Pirenne), valdrían tanto —o tan poco— como Stalybridge Wakes...

En efecto, si se quiere podemos seguir considerando la embajada de Saint-Simon del año 1722 exclusivamente desde el punto de vista de lo que nos dicen sus “Memorias”, a partir de los grandes documentos de Estado. Pero, ¿realmente podemos considerar, cotejando unas fuentes y otras, que la desaparición de una valija del duque en territorio vasco careció de toda importancia, que eso es sólo una “migaja” de Historia sin más valor que una anécdota, bastante jocosa dado el carácter borrascoso del criado del duque que la protagonizó?

Si optamos por esa vía quizás deberíamos responder antes otras importantes preguntas. Por ejemplo, ¿qué nos aportaría ignorar los sucesos descritos en el documento AGG-GAO CO CRI 135, 10? Si así lo hiciéramos, ¿no estaríamos pasando por alto hechos muy significativos?

A saber: que el duque —y otros grandes personajes— no daban ninguna importancia a ese suceso en grandes documentos históricos como las “Memorias” pero, sin embargo, esos mismos grandes personajes —Saint-Simon, el marqués de Grimaldo, el propio Felipe V...— organizaron un impresionante despliegue judicial y policial para esclarecer qué había pasado con esa valija cargada de papeles del duque de Saint-Simon, embajador extraordinario de Luis XV, volatilizada —durante días— sobre una amplia porción de territorio vasco que iba desde Urnieta hasta Vitoria, pasando por Tolosa... Tal y como nos lo ha mostrado claramente el documento AGG-GAO CO CRI 135, 10.

Volviendo a las preguntas que podría suscitar este planteamiento de los hechos de enero de 1722, cabría también plantear —sin caer en una excesiva audacia— que, tal vez, lo narrado en ese proceso nos estaría ofreciendo una información verdaderamente valiosa sobre lo que en realidad implicaba la misión diplomática de Saint-Simon en la España de 1722.

En efecto, dada la importancia que se otorgó a esos papeles extraviados cabría considerar que la misión de Saint-Simon en la España de 1722 fue más delicada —y menos protocolaria— de lo que se podría deducir incluso de sus propias palabras plasmadas en las “Memorias”. La alarma creada por lo ocurrido a su criado a principios de enero de 1722, la exhaustiva —casi obsesiva— búsqueda de hasta la última persona relacionada con la valija del duque, desde Urnieta hasta Vitoria, el apelar nada menos que al marqués

de Grimaldo para que se hicieran estas pesquisas policiales... nos estarían diciendo, en efecto, que cualquier cosa, por nimia que fuera, que le ocurriera al embajador extraordinario de Francia en la España de 1722 era materia altamente delicada. Incluso aunque el duque considerase que no era algo que tuviera que consignar en sus “Memorias”.

Unas en las que, por otra parte, como también hemos visto, se apuntaron, durante años, multitud de intrigas palaciegas, golpes de mano en los salones de Versalles o el Palais-Royal, conspiraciones como la del príncipe de Cellamare o el intento de secuestro del pretendiente jacobita por agentes británicos consentidos y tolerados en la Francia de la Regencia...

Acontecimientos todos ellos de los cuales era perfectamente consciente el duque de Saint-Simon, así como de la gravedad de las consecuencias políticas que podrían acarrear. Como, por ejemplo, fomentar, otra vez, como en 1717 o en 1719, la desunión de las dos coronas borbónicas que él había venido a reunir en 1722...

Considerado todo esto, ¿es posible, o incluso conveniente, considerar como irrelevante para la escritura de nuestra Historia del siglo XVIII, la desaparición y posterior búsqueda desde las altas esferas del gobierno español de parte de los papeles de Saint-Simon, engullidos en una noche guipuzcoana de enero de 1722?

Realmente una respuesta afirmativa a esta última interrogante sobre el caso podría ser no precisamente prudente. Ni útil para lo que al fin y al cabo pretendemos: reconstruir nuestro pasado con la mayor fidelidad y número de detalles posibles...